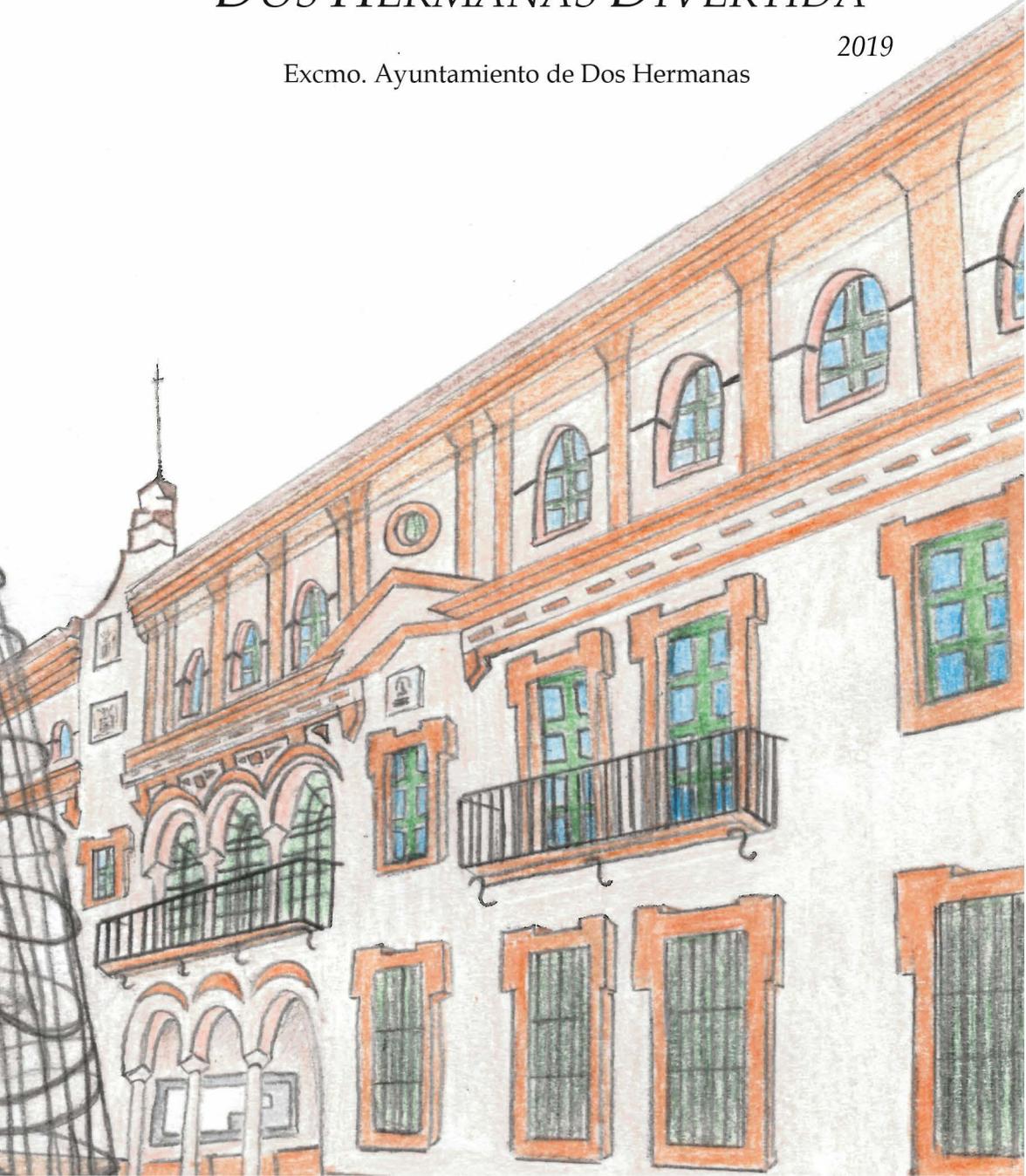


ANTOLOGÍA DEL
IV CERTAMEN LITERARIO
DOS HERMANAS DIVERTIDA

2019

Excmo. Ayuntamiento de Dos Hermanas



ANTOLOGÍA DE RELATO CORTO Y POESÍA

IV CERTAMEN LITERARIO

DOS HERMANAS DIVERTIDA



AYUNTAMIENTO DE DOS HERMANAS

DELEGACIÓN DE JUVENTUD, SALUD Y CONSUMO

DOS HERMANAS
DIVERTIDA

ANTOLOGÍA DE RELATO CORTO Y POESÍA

IV CERTAMEN LITERARIO

DOS HERMANAS DIVERTIDA

El Jurado del IV Certamen Literario 'Dos Hermanas Divertida' estuvo compuesto por Antonio Vileya Pérez, Rosario Torres López, Eva Muñoz de la Torre, Esther Torres Bazán, Rafael López Márquez, Álvaro Cueli Caro y Francisco Gómez López, como secretario.

Título: *Antología de relato corto y poesía IV Certamen literario Dos Hermanas Divertida*.
Primera edición: 2019.

© De los textos, sus autores.
© Excmo Ayuntamiento de Dos Hermanas.

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Dos Hermanas.
Corrector de estilo: Antonio Vileya Pérez.
Ilustración portada: Tamara Cherchesova.
Maquetación: J. Polo Zambruno.

ISBN: 978-84-95591-78-4 DL: SE 1820-2019

Impreso en España • Printed in Spain

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados



Para el Ayuntamiento de Dos Hermanas es un honor editar este libro que recoge los relatos cortos y poesías que resultaron premiados en la IV edición de nuestro certamen literario y con el que brindamos, a jóvenes escritores y escritoras, la posibilidad de ver publicadas sus obras por primera vez.

Cuando iniciamos esta andadura decidimos que nuestro certamen adoptara el nombre, provisionalmente, del programa de prevención de adicciones municipal y desde el que, desde hace varias décadas, venimos realizando una importante labor en favor del bienestar de la juventud nazarena. En esta V edición, que la presentación del libro que tenéis entre vuestras manos sirve para inaugurar, hemos decidido que, teniendo en cuenta el público al que va dirigido y la ciudad en la que surge, debe tener el nombre de la primera rectora andaluza, Rosario Valpuesta.

Además de servir como reconocimiento a quien fuera la primera Rectora de la Universidad Pablo de Olavide por su fuerte compromiso social y su activismo feminista, nos permite homenajear a una mujer que tuvo una vinculación importante con nuestra ciudad y con la universidad situada en nuestro término municipal.

Por lo que este certamen supondrá una nueva vía de colaboración entre nuestro Ayuntamiento y la UPO al abrirse a la comunidad universitaria tanto en la difusión del mismo como en el reconocimiento de las mejores obras presentadas. Dos instituciones referentes en sus respectivos ámbitos trabajando conjuntamente en beneficio de sus fines comunes y que pueden resumirse en el desarrollo personal y, por extensión, cultural de la juventud.

Como muestra de todo ello, de lo que significa este certamen, este volumen antológico que recoge obras seleccionadas de la IV edición. Siendo destacable que, existiendo una importante participación local a la que se han unido los centros educativos, existe una importante concurrencia a nivel nacional. Convirtiéndose este concurso en una cita obligada para multitud de escritores y escritoras nóveles o experimentados.

Solo me queda agradecer esta participación y al jurado su entrega en una labor muy difícil debido a la gran cantidad de obras presentadas y la calidad de las mismas. Para el Excmo. Ayto. de Dos Hermanas es un honor acoger en su publicación las obras de quienes, visto el nivel de las obras, tienen un gran futuro literario..

Juan Pedro Rodríguez García

Concejal Delegado de Juventud, Salud y Consumo

Y

Coordinador Municipal del Programa Dos Hermanas Divertida.

ÍNDICE

Obras premiadas en el IV Certamen Literario

Dos Hermanas Divertida

1.- RELATOS CORTOS

1.1.- Obra premiada en la Categoría General de Relato Corto

Páginas en negro, Juan Sánchez Gamino 19

1.2.- Accésit de la Categoría General de Relato Corto

Una moraleja obvia, Adrián Osorno Hernández 27

Crema de manos, Sergio Vázquez Jodar 37

1.3.- Obra premiada en la Categoría Local Mayores de 16 años de Relato Corto

La vida tras el espejo, Rocío del Valme Cala López 41

1.4.- Accésit de la Categoría Local Mayores de 16 años de Relato Corto

Prometo seguir bailando, Francisco Javier Ramos Daza 45

Faro, Andrea García Mora 49

1.5.- Obra premiada en la Categoría Local Menores de 16 años de Relato Corto

Mi Nana, Agustín José Mora Jiménez 53

1.6.- Accésit de la Categoría Local Menores de 16 años de Relato Corto

El club de las pinturas, Erika Gómez Maraver 61

Los ojos de un niño soñando ser cometa, Alejandra Carmona Vicente 65

2.- POESÍA

2.1.- Obra premiada en la Categoría General de Poesía

Nocturno, Iván Gonzalo Rodríguez 77

2.2.- Accésit de la Categoría General de Poesía

Viejos mapas para perderse en nuevas tierras, Jorge Luis Pérez Reyes 81

Pronombre desperfecto, Marina González Jurado 83

2.3.- Obra premiada en la Categoría Local Mayores de 16 años de Poesía

Conquisté este hogar, Narciso Raffo Navarro 87

2.4.- Accésit de la Categoría Local Mayores de 16 años de Poesía

Neminem Laedere, Maia Castro Slobinsky 89

Ambulancia Amarilla, Pablo Navarro Montes 91

2.5.- Obra premiada en la Categoría Local Menores de 16 años de Poesía

Atrapada, Laura Zambrana Plaza 93

2.6.- Accésit de la Categoría Local Menores de 16 años de Poesía

Preso de ti, Pablo Salguero Capitán 95

Amándonos, Claudia Miranda Saborido 97

3.- MENCIONES ESPECIALES

3.1.- Relato con el Mejor Mensaje por la Igualdad y contra la Violencia de Género

Nosotros siempre, Irene Reyes Noguerol 103

3.2.- Poema con el Mejor Mensaje por la Igualdad y contra la Violencia de Género

Ellas, Nuria Hernández González 109

3.3.- Obra con el Mejor Mensaje por la Prevención de Adicciones

Prometo seguir bailando, Francisco Javier Ramos Daza 111

4.- SELECCIÓN DE OBRAS DEL IV CERTAMEN LITERARIO “DOS HERMANAS DIVERTIDA”

4.1.- Relatos

La conmovedora historia de Hugo, Fernando Cala Sánchez 119

El globo volador, Ángela Parrilla Portillo, Alba M^a Labrador Mateo y Marina Salguero Rico 123

Acusando a una inocente, Lucía Gómez Rodríguez 125

La gran incógnita, Alejandro Plaza Hervás 131

Quisiera volver al pasado, Alba López Ortuño 135

Sueños de un acróbata, Antonio Benítez Berlanga 137

Pájaro o ángel de la guarda, Mar Baena García 141

<i>Atracción hacia la luna</i> , Verónica de Luna González	143
<i>Sueños de aventura</i> , Carmen Vela Iglesias	145
<i>Recuerdos olvidados</i> , Pablo Madroñal Sotomayor	151
<i>Corriendo hacia la igualdad</i> , Noelia Núñez Biedma	155
<i>La fría nieve</i> , Rodrigo Guerra Carbonell	161
<i>En busca de una sonrisa</i> , Andrea Martínez Ramos	167
<i>A través de una sonrisa</i> , Sandra Macías Anaya	175
<i>Nunca es demasiado tarde</i> , Bárbara Gómez Espada	185
<i>7 minutos</i> , Jesús Rodríguez Moreno	193
<i>Las luces que rielan</i> , Alejandro González Delgado	199
<i>La estrella</i> , Ester Salguero Amaya	207

4.2.- Poesía

<i>Aves</i> , Marta Ponce Romero	215
<i>Felicidad</i> , Angélica Aguilar Jurado	217
<i>Fútbol</i> , Alan García Santana	219
<i>Mi mundo</i> , Inés Sánchez Canet	221
<i>Bullying</i> , Manuel Orozco Vela	223
<i>Ella</i> , Ian Inurria Jiménez	225

<i>Lágrimas de sangre</i> , Minerva Camas Abadía	227
XVI, Ana Cano Salguero	229
<i>Sé tú mismo</i> , Martina Alfaro Plaza	231
<i>Andalucía, ¡Qué rica!</i> , Daniel López Gómez	233
<i>Me mientes</i> , Rocío Sánchez Pinto	235
<i>Tú me dices</i> , Andrés González Durán	237
<i>El reflejo del alma</i> , Paula González Durán	239
<i>Poema a los sueños</i> , Adrián Luis Bastardo Recarey	241
<i>Hacer el amor</i> , Sara Campillo Falcón	243
<i>Mi yo libre</i> , Alicia Marín Cumbreira	245
<i>Sesenta por ciento</i> , Fernando Jesús Romero Muñoz	247

1.- RELATOS CORTOS

Obras premiadas

PÁGINAS EN NEGRO

Juan Sánchez Gamino

18 años

Carmona (Sevilla).

El polvo suspendido cabalgaba la claridad del auditorio cuando el inspector quebró la quietud del lugar con sus andares apremiantes. Era un mediodía de frío inusual que hacía vacilar ligeramente el movimiento de sus extremidades. Bajo aquel techo, sin embargo, la atmósfera se tornaba bastante agradable. Se adentró en la sala pasando por un recibidor sin demasiadas pretensiones, a la vez que se desembozaba la bufanda de seda violácea que no habría llevado de no ser porque el rabillo de su ojo izquierdo quiso percatarse de que se le olvidaba sobre la cama al salir. La dejó a un lado y alzó la cabeza.

Aquel sitio le recordaba a la soledad que le encontraba de niño, cuando a media mañana se dedicaba a leer sobre leído en el pequeño salón de actos de su colegio porque su profesor hablaba más de fechas que de poesía. Sin embargo, en aquella estancia no sentía la congoja al volver a escuchar el eco de aquellos pasos por el pasillo, y es que el rumor que percibía provenía tan solo del recuerdo languideciente. Además, estaba solo. Cabía recordar que su departamento le había mandado sin demasiada fe a investigar aquella sala en el olvido para tratar de esclarecer la desaparición de tres personas, todas ellas vistas por última vez por los alrededores. A pesar de ello la posibilidad de hallar alguna pista justamente allí era remota, pues parecía claro que nadie podía estar interesado en entrar en aquel auditorio abandonado, y menos todavía que fuera el escenario de la volatilización, al mismo tiempo, de todas ellas. Recorrió con la mirada ambos lados del patio de butacas. Estaba compuesto por unas quince filas de diez asientos cada una, unidas entre sí por un mismo reposabrazos que en su estrechez negaba a cualquiera de los allegados descansar el antebrazo sin sentirse egoísta. La homogeneidad de las butacas negras oscurecía la estancia, como si la luz se perdiese entre su mullido. Dos grandes cortinas

cubrían las paredes laterales de arriba abajo, y en el techo un ventanuco circular dibujaba un pedazo de cielo como el ojo de buey que da a la inmensidad del mar. Hacia el frente, tres escalones emergidos al final del pasillo central separaban el escenario del resto del suelo de madera desnuda y sequedad grisácea. Y sobre el escenario, envuelto en un halo de mediocridad inherente, un pequeño piano se apoderaba de toda la atención que el eco sordo de la presencia pasada podía prestarle.

El inspector se extrañó de que el instrumento siguiera allí, como si no perteneciese a nadie, como si fuese parte vital del auditorio y nadie se atreviera a moverlo de su sitio por si dejara de latir. Se acercó paulatinamente mientras recorría con la mano derecha la pauta en el espacio que marcaban las butacas, regodeándose a cada paso en su sigilo. Siempre le habían gustado los lugares silenciosos, quizás porque los murmullos de su mundo interior casi parecían adquirir coherencia cuando nada le perturbaba, e incluso dejaba emanar parte de ellos sobre los exiguos versos que se atrevía a escribir. Le reconfortaba la soledad y la penumbra, quizá por eso nunca compartió las sábanas de su cama más de dos noches seguidas.

Continuó andando hasta subir a la tarima. Vacío. Vacío y sosiego se respiraban en aquel minimalismo triste. Miró de reojo al piano, que de cerca se veía más nuevo y pulcro de lo que debería. Pensó en todas las manos que habían debido deslizarse sobre aquellas teclas. Acercó la suya y casi las rozó con la yema de los dedos. Le atraía, no podía evitarlo, pero no quiso hacerlo sonar. Siendo más joven había fantaseado con aprender a tocarlo, aún a pesar de sus dedos cortos y oído llano. Nunca empezó. Le hubiera gustado tener a alguien allí sentado, derramando arpegios sobre su chaqueta y, con la última nota, disfrutar del momento mágico en el que el sonido acabara por sumergirse en la afonía del tiempo. Su trabajo, no obstante, pocas veces le ayudaba a compartir sus inquietudes, y él tampoco hacía un gran esfuerzo por relacionarse con sus compañeros, en un intento vago de distanciarse de la corrosión insípida que le envolvía desde que decidiera tomar el camino de la derecha cuando pudo haber dado marcha atrás. Un suspiro.

Dirigió la mirada hacia la banqueta del piano. El sol que se colaba por el techo hacía las veces de foco e iluminaba perfectamente el azabache del asiento, haciendo de aquel punto el único lugar de la estancia fuera del penumbroso hábito que envolvía todo lo demás. Quiso por un momento sentarse y sentir el reflejo de la luz diurna sobre su frente, pero en vez de eso se dio la vuelta y volvió a mirar a las butacas. También se había imaginado alguna vez recitando los versos coagulados que le palpitaban en el cuaderno. Sin embargo, cada vez que valoraba la idea de buscar aquel camino, de compartir sus preguntas enquistadas sin su reflejo observándole, se daba cuenta de que lo único que ansiaba realmente era embadurnarse las orejas de aplausos, inmerecidos, porque no era él quien escribía, sino su soledad, y a ella se debía.

Pasaron varios segundos hasta que, por alguna razón, estar de pie sobre aquel escenario le produjo una ansiedad insoportable, como si la nada le observara de manera inquisitiva. No se podía tener miedo escénico ante nadie, pensó, pero la incomodidad se hacía cada vez mayor y se vio obligado a dar los dos pasos y bajar los tres escalones que le separaban del suelo. De todas formas, no pretendía seguir allí por mucho tiempo, la falta de pistas tangibles era evidente, así que merodearía un rato más y volvería sobre sus pasos, sin nada. Pero fue al levantar el talón del penúltimo de los escalones cuando su mirada se topó con algo fuera de lugar. Sobre una de las butacas yacía una hoja. Frunció el ceño y se acercó. ¿De dónde había salido? Estaba encuadrada perfectamente en el asiento, como si alguien la hubiese colocado allí con mimo. La agarró por el borde inferior con la delicadeza que fue capaz de reunir. Una partitura. Los pentagramas recorrían el largo y el ancho del papel. No tenía título, ni anotaciones. Nada. Un pequeño estremecimiento le retorció la boca del estómago. ¿Por qué estaba allí? No tenía sentido. La volvió a colocar en su sitio y repasó el resto de butacas. Un par de filas más allá encontró otra, también sobre uno de los asientos, también sin explicaciones. Las comparó. No eran iguales, pero el formato, el trazo sobre el papel era el mismo. Y en la penúltima fila, otra más. Tres. El inspector miró en todas direcciones, tratando a la vez de ordenar sus pensamientos. Le exasperaba no saber qué significaba

todo aquello. No había nada, ninguna pista. De espaldas al escenario, barajaba los tres papeles con impaciencia. ¿Quién las había dejado? No le dio tiempo ni a asumir su absoluta inopia cuando súbitamente se le cristalizó la sangre en las venas. A su espalda, la primera nota de la partitura golpeó las paredes del auditorio ante la perpleja mirada de la solemnidad del silencio.

Fila 14, Butaca 5

Cruzó el umbral con el corazón asido a la adrenalina. Daba pasos cortos, vacilantes por las lágrimas que anegaban su mirada, mientras inútilmente trataba de recogerlas con el dorso de los dedos. La espalda le había dejado de lanzar quejidos, como absorta también por aquel recital, y cargaba ahora su guitarra con la misma alegría cansada con la que la aguantaba desde aquella misma mañana. Y es que él amaba la música, le acompañaba constantemente, como un ritmo incansable que le ahogaba la lengua hasta hacerla tararear. Pero las letras que rasgaba de su guitarra contra aquellos que doblaban su esquina no eran suyas. No se atrevía siquiera a terminar de componer sus propias canciones porque pensaba que no le gustarían a nadie, que versionar las más conocidas era su cometido.

Sin embargo, lo que escuchaba en aquel momento era diferente. Penetrante. Nada tenía que ver con las piezas de ningún repertorio que hubiera escuchado antes. Era mágico. Cuando vislumbró el escenario, no pudo creerlo. Tampoco necesitó hacerlo. Tan solo se sentó y disfrutó.

Fila 5, Butaca 11

Miles de palabras le revoloteaban la cabeza, pero ninguna era la apropiada. La frustración le martilleaba el cráneo al ritmo de sus pasos sobre la acera, y es que había nacido para manchar papeles de letras, pero aquella vez se había quedado estancado. Fruncía el ceño y le daba vueltas a las ideas hasta hacerlas desmayar, exprimiéndose. No podía más. Portaba bajo el brazo el manuscrito, reseco ya de tantas lecturas. Quizás lo que le atemorizaba era el ser incapaz de revertir

sus continuados fracasos editoriales, aun dedicando todo su tiempo a aquello que le llenaba y le vaciaba a partes iguales. Quizá por ello llevaba días ofuscado en aquella realidad que se trastabillaba entre sus pensamientos. Quizás debería de saber hacia dónde iba, porque se había perdido.

Paró y miró a su alrededor. Nada de lo que le rodeaba le resultaba familiar. ¿Cuánto tiempo llevaba caminando? Imposible saberlo. Fue entonces cuando un leve pero hermoso vaivén de sonidos le rozó las mejillas, e inmediatamente captó su atención. Movido más por su falta de destino que por curiosidad, tuvo a bien aproximarse al lugar de donde parecía provenir. Sin darse cuenta la ansiedad fue diluyéndose en su pecho, y ya no le quemaban las páginas en blanco en la retina. Encontró a pocos metros la entrada al auditorio. En su interior, el entusiasmo y la liberación se apoderaron de sus vísceras. Aquella música no tenía parangón, era miel que le inundaba los tímpanos. Sin más, fue a sentarse donde el corazón le demandaba, y rezó para que aquel momento perdurara en el tiempo.

Fila 3, Butaca 12

Ella sabía dibujar el desencanto en las pupilas de quienes no le apartaban la mirada durante el trayecto entre cada estación, pero nunca conseguía terminar sus retratos antes de que bajaran del metro. Uno tras otro los veía venir y marcharse, y al final del día solo le quedaban un puñado de ojos vivos sobre el papel exangüe. Nunca supo por qué lo hacía.

Caminaba a través de la noche serpenteante con sus bocetos pegados al costado, la mochila colgada del hombro derecho, dos lápices atravesándole el moño y el cansancio agarrado a las perneras. Se dirigió hastiada a la habitación donde su madre la había criado para comenzar de nuevo el ciclo repetitivo que la había estado acompañando aquellos meses. Trataba de no pensar en las vicisitudes de los caminos que habría podido tomar unos años atrás, cuando escogió buscar el dinero que ahora moría, poco, en el fondo de su cenicero. Siempre se reprochó

no haber confiado más en el talento que regurgitaba cada vez que bailaba sus pinceles sobre el lienzo, y ya poco se podía hacer ahora que su mochila no estaba llena de libros sino de piedras.

Había decidido dar un pequeño rodeo para llegar a su casa aquel día. La calle que atravesaba, aún a pesar de la nocturnidad, estaba demasiado silenciosa, como deshabitada. Aquella tranquilidad no hacía sino incomodarla, acostumbrada al trajín acústico de todos sus días, y aceleró el paso. Unos pocos metros más allá, cruzó por delante de una puerta. Algo la detuvo en aquel instante. Se frenó en seco y se giró a su derecha, desde donde la entrada a aquel auditorio abandonado la llamaba poderosamente. Sin dudarlo, como guiada de la mano por una confianza ciega, se adentró en aquel lugar, oscuro, solo. Un magnetismo férreo la empujaba cada vez más cerca de la armonía que estaba desfigurando sus inhibiciones. Aquella música, que solo había percibido como un rumor lejano desde la calle, ahora llegaba con claridad a sus extasiados oídos. Cuando llegó al patio de butacas, su mundo había quedado reducido a aquella fracción de espacio. No había relojes ni caminos de vuelta que recorrer. Solo el flujo de la melodía que le había devorado los sentidos. Se sentó en la tercera fila sin perder detalle de lo que ocurría. Ni tan siquiera se percató de la presencia de las otras dos personas que asistían inmóviles a aquel espectáculo. Sobre el escenario, aquel piano sonaba sin que nadie lo tocara.

De rodillas frente al escenario, y conforme la última nota vibraba sobre las ascuas de las demás, el inspector supo que no saldría de aquel auditorio. La melodía que acababa de escuchar lo envolvía todo. Todo aquello que había quedado en el limbo del arte inacabado. Todas las ideas que quedaron por plasmar en tinta y en óleo. Todas las lágrimas que no fueron derramadas y todas las palabras que quedaron sin asonantar. Todo. Las cadenas oxidadas por el afán de encerrar sus golondrinas negras se habían convertido en polvo de letargo, y ahora todas volaban libres y confluían sobre los pentagramas. Poco a poco el inspector pudo comprobar cómo sus dedos iban esfumándose y

se convertían en plicas, corchetes y cabezas que empezaban ahora a orbitar y reordenarse a su alrededor. Una sensación de paz absoluta le embargó. No había miedo ni tristeza. Era el peso de la vida lo que realmente lo había tenido atenazado. Cuando dejó de verse el torso, cerró los ojos y se esfumó.

En el suelo yacían las cuatro hojas que conformaban la partitura completa. Los investigadores las recogieron y se la entregaron a un pianista de un local cercano para que la interpretase, pero de aquella composición solo se desprendían una serie de acordes cacofónicos y desafinados. Reacios al principio por no contaminar el lugar de la desaparición, trataron de tocar la pieza en aquel piano tenebroso que lucía solo sobre el escenario. Sin embargo, cuando tocaron la primera tecla, nada sonó. Ni la segunda. Ni la tercera. Extrañados, se dispusieron a comprobar qué era lo que fallaba en el mecanismo del instrumento. No hicieron falta demasiadas elucubraciones. Bajo la tapa del piano no había martillos ni cuerdas, sino relatos, bocetos, canciones y poemas sin terminar.

Kvothe.

UNA MORALEJA OBVIA

Adrián Osorno Hernández

30 años

Sevilla.

La llama bailoteaba en el ápice de la antorcha, alejando a la oscuridad con cada golpe de cadera. En el extremo opuesto, un amasijo de dedos molletudos aferraba con firmeza el toско madero incendiario, manteniéndolo en alto como un faro que, con haces rojos y naranjas, alumbraba las paredes de lo que era una galería subterránea.

La luz de la antorcha recortaba sobre la perenne oscuridad la silueta de su portador. No se podría decir que fuera una silueta muy alta, pues apenas se alzaba una braza del suelo, pero sí se podría decir que era casi tan ancha como alta. También se podría decir que aquella figura pertenecía, sin duda alguna, a un enano de manual; de esos que nacían en el corazón de las montañas, se pasaban media vida esculpiendo su casa sobre la roca más dura que encontraban y vivían la otra media en su interior, regodeándose en su buen hacer.

Sin embargo, las generalizaciones son vagas e imprecisas y decir tal cosa de este enano en concreto sería equivalente a incurrir en un fatídico error. Este enano no era otro sino Dúrin, hijo de Blándin, conocido por todos como el Matabestias, un auténtico aventurero que abandonó su montaña natal cuando solo era un crío.

Se marchó con el objetivo de alcanzar el ideal de héroe y aquella búsqueda utópica le llevó a monetizar su actividad. Así nació *Gorwazzok* —algo que podría traducirse como *Bestia salvaje (introduzca el impropio que crea conveniente aquí)*—, una especie de empresa de control de plagas.

Efectivamente, Dúrin era de esa clase de seres que ven beneficios donde otros solo ven problemas y peligros. En otras palabras, era un

emprendedor nato. Los anuncios de *Gor wazzok*, impresos toscamente sobre hojas de pergamino de piel de cabra curtida en cal, inundaban toda la ciudad y, en ellos, se dejaba bien claro cuáles eran los servicios que la empresa ofrecía:

¿Tiene un trol en el jardín?

¿Su sótano ha sido invadido por un duende bromista?

¿Los aullidos del lobo huargo de su vecino el nigromante no le dejan dormir?

No lo dude más y contacte con...

¡Gor wazzok!

Matamos lo que sea.

Pero volvamos a la cueva, donde Dúrin se encontraba caminando muy despacio mientras, en un gesto de suma concentración, fruncía el ceño, llegando casi a unificar los dos frondosos bosques de pelo que crecían sobre sus pequeños ojos. La montaña de carne roma que confeccionaba su nariz se alzó, mostrando la tremenda envergadura que sus aletas nasales podían llegar a alcanzar.

Su labio también se arqueó, y ese gesto hizo temblar a la cascada de pelo dorado que fluía sobre su labio superior, se precipitaba por la comisura de su boca y se fundía en una barba vasta como un océano. Luego sacó a pasear su carnosa lengua, explorando la selva de vello facial circundante. Una miga se adhirió a su superficie y la llevó de vuelta a su cavidad bucal. "Queso", pensó mientras masticaba distraído, "muy rico".

No sabía muy bien por qué hacía todos esos movimientos con su rostro, simplemente era una forma de recordarse a él mismo que estaba

allí, en aquella galería, haciendo algo y que, probablemente, ese algo era algo importante.

Entonces recordó el momento en que aceptó el encargo de la señora Dénfora, una anciana viuda que habitaba una casucha a las afueras de la ciudad. La anciana contactó con él tras leer uno de sus anuncios y aquello fue lo que le llevó a adentrarse en el interior de la cueva subterránea donde se encontraba en aquel mismo instante.

Caminaba intentando hacer el menor ruido posible, lo cual, para un enano, era una tarea hartó complicada. Camuflado entre sus propios resoplidos y pisotones, escuchó un leve tintineo a lo lejos.

Se lanzó a correr a través de la galería tras la pista de aquel sonido, dejando de lado las paredes veteadas de gris y marrón. El túnel se abrió en una gran sala y la llama de la antorcha dejó al descubierto a un gigantesco ser peludo que se sentaba a una mesa tosca de piedra. El enano saltó sobre la mesa, blandió su enorme hacha de combate y bramó:

— ¡Mi nombre es Dúrin! ¡Prepárate a morir, bestia inmundada!

— ¿En serio, yo soy la bestia? Mira lo que has hecho con mi almuerzo — dijo la bestia, señalando hacia los pies del enano con un largo hocico rosado dotado de decenas de vibrisas.

Dúrin llevó la vista abajo, donde encontró un plato de rábanos pisoteados.

— ¿Por qué haces eso? — preguntó la bestia, entornando sus dos ojos minúsculos, prácticamente inexistentes, en una expresión de incertidumbre.

— ¿El qué?

— Eso de decir tu nombre y amenazarme.

– Ya sabes, en este tipo de situaciones existen ciertas convenciones.

– ¿Convenciones?

– Claro. El héroe debe presentarse, gritando su nombre, luego amenaza a la bestia y por último, después de una batalla épica, la decapita.

– Vaya, eso me deja a mí en una mala posición.

– Ya lo creo.

– ¿Quieres que te diga mi nombre también?

– No, se supone que la bestia ni siquiera debería hablar. Con un buen rugido estaría bien.

– No sé yo... la verdad es que no se me da nada bien rugir. Además, ya que quieres luchar conmigo, creo que estaría bien que, al menos, supieras cómo me llamo.

– No, verás, eso rompería con el clímax del momento. A nadie le gusta matar a una bestia con nombre. Eso las humaniza. La gracia reside en acabar con seres salvajes, amenazantes y alejados de todo rastro de civiliz...

– Me llamo Chuck.

– ¡Mierda, Chuck! Te dije que no hicieras eso.

– Lo siento. Mi madre siempre dice que soy un topo ogro de lo más inoportuno.

– ¿Tu madre? Lo que me faltaba, una bestia con madre. No podré contar esta historia a nadie.

— Lástima. Por cierto, ¿por qué has venido a por mí?

— Por un encargo de la señora Dénfora.

— ¿Quién?

— La anciana a la que robas las verduras — explicó Dúrin mientras señalaba las hortalizas aplastadas bajo sus pies.

— ¿Robar? — preguntó Chuck, confundido.

— Claro, asaltas su huerto a diario.

— ¡Oh! — exclamó con sorpresa—. ¡No tenía la menor idea de que aquello fuera un huerto! ¡Qué vergüenza! Iré a disculparme ahora mismo.

El topo ogro se alzó de su asiento con avidez. Multiplicaba por varias veces el tamaño del enano y, aun estando este sobre la mesa de piedra, le sacaba un buen puñado de cabezas.

Se trataba de un ser corpulento cuyos músculos se escondían tras una tupida capa de pelaje marrón. Los brazos acababan en unas garras tan robustas como el tórax de un buey y estaban dotadas por sendos abanicos de uñas gruesas como tobillos de caballo, largas como hojas de palmera y afiladas como cuchillas élficas.

— De eso nada — lo frenó el enano, agitando el hacha de manera amenazante por encima de su cabeza—. La señora Dénfora me ha pagado para que ponga fin a tu vida. Así que prepárate para luchar.

— Estoy seguro de que si hablo con ella y le pido perdón...

El enano no se lo pensó dos veces y descargó un tremendo golpe sobre el cuerpo de Chuck. El abanico de uñas se entrecruzó al frente

del topo ogro, frenando el impacto al mismo tiempo que una lluvia de chispas se precipitaba sobre ambos.

– ¡Eh, tío! – se quejó Chuck – ¡Que me vas a hacer daño!

– Claro que voy a hacerte daño. Voy a matarte.

– ¿No lo podemos negociar?

– De ningún modo.

– Está bien – resopló Chuck con hastío –. Vamos allá.

En los siguientes minutos se sucedió toda una serie de empujones, puñetazos, hachazos, arañazos, esquives, bloqueos e incluso lanzamientos. La acción saltaba de un lado a otro del habitáculo y se desarrolló hasta que ambos contendientes quedaron exhaustos.

– ¿Te parece que la pelea está siendo suficientemente épica? – preguntó Chuck, con un ojo morado y el hocico ensangrentado.

– No está mal – jadeó Dúrin, que tenía toda una colección de cortes mapeada sobre el torso.

– Pues a ver qué te parece esto.

De un salto se colocó frente al enano, que estaba con la guardia baja, y lo abrazó con firmeza. Luego flexionó las piernas y, con un movimiento explosivo, extendió sus cuádriceps para ejecutar un salto de campeonato.

Atravesaron la fina capa de tierra enraizada que hacía de techo a aquella cúpula subterránea y, al momento, se encontraron bajo el sol diurno, justo sobre el campo de la señora Dénfora. El agujero abierto se agrandó, propiciando el derrumbe de las dos terceras partes de la huerta, que quedó trasformada en un enorme cráter.

La señora Dénfora salió de su hogar y se llevó las manos a la cabeza al ver aquel estropicio. Se dirigió hacia el lugar accidentado y allí se encontró con los cuerpos tambaleantes del enano y de la bestia que le había estado robando verduras.

Chuck avanzaba hacia el enano con los brazos laxos caídos a ambos lados de su cuerpo. Tras de sí iba dejando surcos sobre la tierra disgregada. Dúrin lo esperaba, recuperando el aliento, y cuando se encontraban a tan solo unos pasos, el enano se lanzó a la carrera y ejecutó un placaje perfecto, hundiendo su fornido hombro sobre el abdomen peludo de la bestia.

Chuck cayó de espaldas al suelo y Dúrin alzó el hacha por encima de su cabeza, dispuesto a asestar el golpe final que acabara con el enfrentamiento y con la vida del topo ogro.

— ¡Detente! — le ordenó la señora Dénfora.

Dúrin obedeció a regañadientes y la observó mientras la anciana se agachaba a inspeccionar los surcos originados por las uñas de Chuck. Sin duda, aquellas garras eran unas herramientas perfectas para labrar la tierra y aquel cuerpo era el motor idóneo para ponerlas en marcha.

La anciana se acercó al mal herido topo ogro y le preguntó:

— ¿Trabajarías para mí, ayudándome a arar? Te pagaría con comida.

A lo que Chuck, sin pensarlo, respondió.

— Por supuesto.

Las cosas no podrían haber ido mejor para nuestros protagonistas.

Dúrin cobró su tarifa habitual — más una succulenta propina — y su reputación como exterminador y mediador de conflictos siguió en auge

gracias a la recomendación que la señora Dénfora hizo a sus vecinos granjeros.

Chuck encontró su verdadera vocación y ayudó a la señora Dénfora a restaurar su campo. Después de aquello, se ocupó de los cuidados de la tierra y aquel huerto se convirtió en el más productivo de la zona.

Ni que decir tiene que aquello supuso un gran alivio para la anciana, que al fin pudo olvidarse del sobreesfuerzo que el trabajo en el campo le suponía a su maltrecho cuerpo. Nunca más tuvo que utilizar la azada, ni empujar del arado ni volvió a pasar hambre en invierno.

Todos fueron felices y comieron perdices.

Sería bonito poder acabar así, pero esto es solo un final idílico —la forma en que se deberían haber desarrollado los acontecimientos si los involucrados se hubieran parado un momento a pensar en el modo en que podrían solucionar sus diferencias e incluso beneficiarse los unos de los otros— y, por lo tanto, a todas luces, totalmente inverosímil incluso para un cuento de fantasía. Para conocer lo que sucedió de verdad tenemos que rebobinar hasta el momento en el que Dúrin y Chuck provocaron la apertura del cráter.

En aquel mismo instante la señora Dénfora salió de su hogar, gritó desesperada y corrió hacia el cuarto de aperos para hacerse con la horca más afilada. Encontró a Chuck aturdido sobre el suelo, miró sus uñas y pensó que serían geniales para sustituir a las cuchillas de su arado. Luego alzó la horca y hundió sus cuatro puntas en el cuello de la bestia. La vida se le escapó en una última exhalación cálida que se evaporó a través de los orificios de su hocico.

Dúrin se levantó torpemente. El brazo derecho le colgaba inerte, doblado en un ángulo imposible que solo podía comprenderse al ver el trozo de hueso que asomaba de entre sus carnes. Quiso analizarlo para conocer la gravedad de la herida, pero antes de poder hacerlo sintió el frío del metal sobre su cuello.

– Largo de aquí, patán – le amenazó la anciana.

Resignado, Dúrin retrocedió y se marchó de aquel lugar. Volvió a su hogar y esperó a que la herida sanara, pero eso nunca sucedió. Perdió el brazo, su empleo y, poco después, la septicemia lo amortajó con ropajes ajironados y un semblante pálido y ojeroso.

La señora Dénfora perdió toda su cosecha y cuando el frío invierno llegó y la nieve perpetua la obligó a enclaustrarse en su hogar, no pudo hacer otra cosa más que esperar a la muerte por inanición, observando con rabia aquel cráter helado que antes había sido su huerto particular.

Y así es como realmente acabó, con todos muertos.

Seguramente, esta fábula debería finalizar con alguna moraleja obvia e innecesaria, pero ¿de qué sirven las moralejas en un mundo en el que las miradas no alcanzan a ver más allá de las fronteras de la propia piel?

A. Oser.

Accésit de la Categoría General de Relato Corto

CREMA DE MANOS

Sergio Vázquez Jodar

26 años

Barcelona.

La literatura, el flujo de la literatura, está hecho de plagios consecutivos. Todos estamos escribiendo el mismo libro. Y ese mismo libro, a fin de cuentas, es NADA, con mayúsculas, o tal vez con minúsculas.

Roberto Bolaños.

De mis 3981 seguidores en Twitter, hay uno que tiene la culpa de mi bloqueo mental. No le doy demasiada importancia a no haber publicado ningún libro en los últimos cuatro años y medio. Soy considerado un escritor de renombre, y eso conlleva un período de abandono de la literatura. Incluso puede darme caché cuando consiga salir de este laberinto y publicar de nuevo. “Rome su silencio tras casi cinco años de sequía”. Pero lo de que verdad me molesta es cómo he llegado hasta aquí.

Poco después de publicar mi último libro -20 relatos que giraban en torno a la figura del escritor- decidí apartarme voluntariamente de la literatura. Con *Crema de arrugas*, que así se llamaba mi último libro, había publicado cinco en los últimos siete años: dos libros de relatos en catalán, dos en castellano y una novela. Me sentía vacío, como si ya hubiera transformado toda mi vida en ficción.

A los pocos días me llamó uno de los mejores periódicos nacionales para que me convirtiera en una de sus firmas. Entre sus necesidades y mis aficiones, acordamos que escribiría tres artículos semanales: uno cultural, otro deportivo y el último sobre lo que me diera la gana. Con lo que me pagaban y lo que me iba llegando de los libros, me daba para vivir, mientras me oxigenaba de la literatura y escribía sobre cosas que me gustaban.

Mis artículos eran compartidos en Twitter, la nueva vara de medir que tienen los editores de los periódicos. Decidí abrirme una cuenta solo para distribuir lo que escribía. La fama de mis publicaciones y los artículos en el diario me hacían sumar seguidores e interacciones cada día. Por la calle me hubiera atemorizado que 25 personas en un día quisieran ser mis amigos, o que otras 137 me hubieran dicho que les gustaba mucho mi artículo. Pero detrás del ordenador todo parecía mentira.

Me llegaban notificaciones con bastante frecuencia de *Nicknames* y fotos que me parecían iguales. Nombres largos con números, selfis en el baño, admiración por deportistas, fotos en playas... de entre todos, solo recordaba a @Rubenblazquez26, supongo que por la reiteración. No había *tuit* mío que no replicara; igual que no había artículo escrito por mí que no recomendara. Incluso recuerdo uno que escribí en 25 minutos porque se me había olvidado enviarlo. Estaba de resaca y sin ideas, así que el artículo fue penoso. Solo tuvo un *retuit*: el de @Rubenblazquez26.

Esta es una historia que ha tenido muchos episodios, aunque si tuviera que elegir un momento disruptivo, sería el día en que seguí en Twitter a @Rubenblazquez26. Me sentía en deuda con él después de recomendar aquella mierda de artículo. Qué mal podía hacer que yo le siguiera en Twitter. No me arrepentí cuando me mandó un mensaje directo, a los pocos segundos de estar en contacto. Me dio las gracias como si yo fuera un mesías, me dijo que era una referencia y que había leído todos mis libros. Él era de Salamanca, pero aun así había leído mis dos libros en catalán. Hasta me responsabilizó de su dominio de esa lengua.

Durante unas semanas, no pasaba de ahí, así que todo seguía dentro de la normalidad. Seguía escribiéndome por mensaje privado, a veces para exagerar la alabanza hacia un artículo, o incluso en otras se atrevía a recomendarme alguna lectura. Fuera cual fuera su mensaje, yo tenía mi respuesta automatizada. "Gracias, Rubén". Ya había escrito la 'G' y la 'r' cuando vi que ni me felicitaba ni me recomendaba nada.

Me pidió mi correo electrónico para enviarme algo que había escrito. Ese “algo”, que fue literal, me produjo un escalofrío.

Se lo di con reticencias, creo que para no detener una trama que quería saber cómo acababa. Otro error. Me mandó cinco relatos. Los tres primeros estaban realmente bien, y los dos últimos eran simplemente perfectos. Solo tenían un fallo: parecía que estaban escritos por mí. @Rubenblazquez26 me había leído tanto que escribía como yo. Era un calco. Incluso había frases que juraría que había escrito yo, así que le di los consejos que me hubiera dado a mí mismo.

Estuvo tres meses sin escribirme. Retomó la conversación para decirme que una editorial iba a publicarle su libro, que finalmente iba a constar de 11 relatos. La crítica lo recibió muy bien, incluso mejor que a mí en mi estreno literario. Durante esos días me hicieron dos entrevistas en las que, sin saber muy bien por qué, acabé recomendando *Crema de manos*, el libro de @Rubenblazquez26.

Me escribió un nuevo mensaje para agradecerme las recomendaciones en las entrevistas. Percibí la emoción al otro lado de la pantalla cuando me decía que era muy importante para él, tratándose de un escritor novel, adquirir cierta fama a partir de alguien tan importante como yo. Acabó, como si fuera lo menos importante, diciéndome que el libro estaba en las librerías desde esa misma mañana. Me puse un pantalón de chándal y una chaqueta encima del pijama. Me chupé los dedos y me peiné en el espejo del ascensor. Fui a la librería más cercana, que no era a la que iba siempre. Se trataba de una emergencia.

Era una gran cadena de librerías, con los vendedores atildados con el mismo uniforme y los libros ordenados por número de ventas. Me repugnaba ese establecimiento, así que supuse que podría encontrar el libro de @Rubenblazquez26 sin problemas. Busqué en novedades, y ahí estaba, con un título muy parecido a mi último libro, y con un diseño prácticamente idéntico. Todo era más o menos como esperaba, menos el prólogo. Estaba escrito por mí. Yo tenía claro que no lo había escrito, por eso lo compré. Cogí el autobús para recorrer 150 metros y en el

ascensor empecé a leer el prólogo. Era tan parecido a mi estilo, que ya no estaba seguro de que el prólogo no lo hubiera escrito yo.

Cuando @Rubenblazquez26 vino a Barcelona, me pidió que fuera a la presentación. Era la primera vez que nos veíamos, aunque lo correcto sería decir que era lo primera vez que yo le veía a él. Me tenía estudiado. Mismo corte de pelo, mismas gafas, y lo que más molestó, misma chaqueta. A mí me la había regalado mi padre poco antes de morir. Aceptaba que copiara mi estilo, pero no mis recuerdos.

Después de tomarnos dos cervezas de forma amistosa, creo que esperaba que la noche continuara, y que incluso le ofreciera mi casa para dormir. Yo no le dije nada del prólogo, pero corté de raíz la noche que él imaginaba. Pagué lo mío, no dejé propina y me despedí sin fingir. Llegué a casa y me puse a escribir rematadamente mal a propósito. Eran historias sin pies ni cabeza, y me esforcé con todas mis fuerzas en que tuvieran un estilo penoso, sobrecargado, totalmente distinto a lo que había hecho hasta el momento. Iba a relato por día, así que en dos semanas ya tenía como para publicar un libro. Antes de ir a ninguna editorial, se los envié a él. Quería que me copiara esa basura.

Esperé durante dos días un correo de admiración y felicitación, pero nunca llegó. Me escribió otro, preguntándome si estaba bien o si, por el contrario, le estaba gastando una broma con los relatos que le había enviado. Me dijo que eran tan malos, que eso no podía ser mío. Le noté preocupado, porque me adjuntó lo último que estaba escribiendo él, y me dijo, de forma sincera, que quizás podría servirme de inspiración.

Así que aquí estoy, escribiendo sin dormir, tratando de tumbiar mi bloqueo mental con una novela que gira en torno a las herencias culturales. Los protagonistas son un escritor reconocido y otro novel, que le admira y le imita en todo hasta forzar la locura del escritor famoso. Tengo que acabarlo más rápido que él.

Doctor Pasavento.

1.3.- Obra premiada en la Categoría Local Mayores de 16 años de Relato Corto

LA VIDA TRAS EL ESPEJO

Rocío del Valme Cala López

27 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Obsesionada con su historia, escribía noche y día, acompañándola en su tristeza. Su vida me había absorbido por completo, dándole forma sin cesar a las múltiples aristas que formaban su personalidad y que la hacían sentirse tan abatida. No sé cuándo surgió esta historia en mi cabeza, pero conocer su final me perturbaba. No quería darle un final infeliz ni agridulce. Sin embargo, tenía la sensación de que la historia no acababa de ser del todo mía y me llevaba inexorable hasta terrenos que no quería pisar.

Su personalidad había salido a flote de forma curiosa. Y aunque no es raro que escriba sobre algo con lo que he soñado previamente, este personaje y su historia eran diferentes. Tenían una fuerza abrumadora, que me arrastraba a la deriva de todo cuanto había escrito hasta ahora.

Soñaba constantemente con una chica, un poco más joven que yo y de cabello negro azabache. Cuanto más la miraba más me hipnotizaban sus ojos y lo que con ellos transmitía. Tristeza, nobleza, seriedad. No lograba imaginar cómo sería su sonrisa, pero debía de ser algo así como la primavera aflorando en un desierto. Llena de vida y difícil de ver.

Parecía esconder un secreto y por eso era adecuada como personaje para una de mis historias. Me lleve meses dándole fondo, buscándole un contexto, un pasado que explicara esa tristeza en sus ojos. Y al fin, cuando lo daba todo por perdido, una idea brotó en mi pensamiento. La chica de ojos tristes que se había extraviado y vivía en una realidad paralela, en las suturas del mundo, atrapada en una telaraña de irrealidad.

A través de los espejos podía ver el mundo pasar. En el reflejo del agua veía al amor de su vida, sin poderle decir que seguía viva, perdida entre la negrura de una noche opaca e infinita. ¿Cómo, entonces, podía no estar triste? Llevaba demasiado tiempo en ese lugar, sin comunicarse con el exterior, sin poder hablar con nadie que no fuera ella misma. Algo así podría acabar por volverla loca. Por eso me decidí a escribir su historia. Tenía todos los componentes necesarios que me gusta plasmar cuando invento otra vida, cuando plasmo otros mundos.

Pero su historia me tenía obsesionada de tal manera que no lograba disfrutar de mi realidad. En todo momento pensaba en cómo hacerla salir de aquel lugar o en cómo había acabado allí. ¿Qué había pasado? ¿Cuánto tiempo llevaba perdida? ¿Podría algún día salir de allí? Eran preguntas que daban vueltas y vueltas en mi cabeza, intentando definir un rompecabezas que se negaba a encajar.

Retazos de su historia, de su difuso camino, se colaban entre las grietas de mi corazón. Pensaba, imaginaba, que su realidad se desmoronó en algún momento de su pasado, abriendo una fisura en el espacio-tiempo, que la absorbió por completo, haciéndola alejarse de su realidad. El miedo a sentir la alejó de aquello que quería, anulándola y desvaneciéndose, como consecuencia, del mundo. Pero está claro que llegó a otro sitio porque aún quedaba un resquicio de esperanza en ella.

La podía imaginar acurrucada en el suelo, pensando qué podía hacer para mantenerse cuerda. Salir de allí parecía inviable, a no ser que consiguiera comunicar su situación a alguien. Todos esos pensamientos debían de rondarle por la cabeza, intentando agarrarse a una idea que la mantuviera a flote.

Comencé a escribir lo que sabía sobre su historia en un cuaderno que siempre llevaba conmigo. Cuando me venía una idea respecto a esa historia, la escribía rápidamente en ese cuaderno. Podía ocurrírseme mientras que cenaba o tal vez dando un paseo por el parque. Daba igual el momento, cuando la idea surgía, la anotaba en la libreta para

más tarde unir todos esos puntos y darle forma a la historia de la chica de ojos tristes.

Según mis notas, debía de llevar perdida en esa realidad paralela aproximadamente tres años. El espejo del baño, cada vez que se reflejaba su imagen en él, había estado absorbiendo su tristeza. Este espejo había sido hechizado tiempo atrás, para ayudar a sus portadores a soportar sus cargas y superar la melancolía que arrastraban. Pero en este caso, ella era todo tristeza y pesar. Por eso, el espejo acabó por absorber hasta la última fibra de su ser, dejándola para siempre varada en el otro lado de la realidad. Y es que, no se puede salvar a quién no quiere sentir otra cosa más que pesar.

Su sino era oscuro y bastante difícil de cambiar. Pero tal vez había algo que aún se pudiera hacer por ella, para sacarla de aquel lugar vacío. Tal vez un olor o una melodía la pudieran sacar de allí, trayéndole sensaciones que aplacaran su tristeza, convirtiéndola en alegría.

Pensé que la historia realmente podía acabar así, con alguien que le llevara un recuerdo o una sensación agradable que la hicieran recordar las cosas buenas de la vida. Entonces, con suerte, el hechizo alojado en el espejo se revertiría poco a poco, alojando en su cuerpo buenas vibraciones, quedándose con los resquicios de tristeza y mandándola de nuevo a su realidad.

Pero no podía ser tan fácil. Estaba desprovista de cualquier resquicio de alegría. Los recuerdos, las sensaciones, debían de ser realmente potentes para conseguir revertir el estado en el que ahora se encontraba. Había tocado fondo y teniendo en cuenta el deprimente lugar en el que se encontraba, sería difícil transmitir tanta positividad como para hacer que la oscuridad que la envolvía desapareciera y soltara poco a poco su presa.

No sabía cómo conseguirlo, cómo conseguir darle un final a la historia de la chica de ojos tristes. Por eso, poco a poco, comenzaba a sentirme frustrada. Tenía que encontrar una solución, pero por más

que lo pensara no me venía ninguna idea que pudiera cuadrar y me agradara a partes iguales.

Los días comenzaron a pesarme cada vez más. Me sentía decaída casi la mayor parte del tiempo. No tenía ganas de salir a ninguna parte. Mis aficiones dejaron de ser importantes, mi vida personal y mi círculo social también. Solo quería terminar la historia. Terminar esa historia que me hacía sentirme tan sola y abatida. Mi vida no era la misma desde que había comenzado la historia. Todo me parecía cargado de una melancolía asfixiante.

Hasta que sucedió lo inevitable. Llegó un momento en el que me fundí con su historia de tal manera que su vida paso a ser la mía. Observaba mi reflejo en el espejo y llegaba un punto en que no me reconocía. Mis facciones eran las de ella. El pelo negro azabache, los ojos tristes que imploraban. Mis pecas desaparecieron y mi piel, antes casi traslúcida, se volvió tostada de un momento a otro. Mi mente también fue cambiando. Su tristeza pareció envolverlo todo en algún momento de esta travesía, haciéndome sentir abatida sin motivos. Derramando lágrimas que no tenían un sentido ni una razón de ser. Sintiéndome acorralada sin saber el porqué.

Mi mundo también se desvaneció poco a poco. Primero cambié yo hasta que un día cambió todo a mi alrededor, trayendo una oscuridad opaca que se lo tragó todo, dejándome sola en un mundo yermo. Sin edificios, sin personas, sin vida, en definitiva. El único ser vivo en aquel lugar. Atrapada en una obsesión que seguramente me había manipulado para poder escapar. Poco a poco, ella me había ido drenando la vida. Ahora, yo ocuparía su lugar. Una vida por otra. La libertad a cambio de un tributo. La chica de ojos tristes al fin había escapado del final agri dulce que le deparaba el destino. A mí, en cambio, me había jugado una mala pasada.

Lina Karsit.

1.4.- Accésit de la Categoría Local Mayores de 16 años de Relato Corto

PROMETO SEGUIR BAILANDO

Francisco Javier Ramos Daza

31 años

Dos Hermanas (Sevilla).

La noche es joven. Verónica baila como si nunca antes lo hubiese hecho de verdad. Todo su ser parece mecerse bajo un ritmo que juraría que está compuesto solo para ella. Siente el abrazo cálido de la música, como el amante perfecto que solo tendría vida en su imaginación. Todo le parece nuevo; el frío de la pista de baile bajo sus pies descalzos, las luces de colores que dispara intermitentemente, a su antojo, una bola de cristal colgada en el techo, el aire que arrastra vestigios de un agradable perfume que parece cortejarla para dejarle ser parte de su propio olor corporal...

Y así, con una sonrisa ínfima, tan imperceptible que casi se podría decir que nunca ha tenido lugar, ella lo acepta.

Es una noche especial, los focos parecen saberlo, y aunque guarden el secreto, derraman su luz blanca sobre su figura para que todo aquel que la vea pueda disfrutar de su coreografía, unos pasos orquestados por el retumbar de una lucha que libra en su alma. Cada movimiento es un golpe dirigido a su propio reflejo distorsionado, cada giro de cadera, cada salto de sus pies, es un rugido que intenta ahogar la voz que la incita a seguirla hasta los baños.

Y grita «¡no!», aunque su sonrisa no se diluya en ningún momento.

Su reflejo parece molestarse, una burla, una parodia, un cascarón roto de lo que fue ella misma no hace mucho tiempo...

«Solo será una última vez», le dice. «Una última vez»

Son mentiras, promesas sin peso alguno, excusas marchitas que podría recitar de memoria. Se las conocía todas, y su madre, mejor que ella misma.

Es un día especial, y aunque solo sea un viernes por la noche para todos los que la rodean, sumergidos en sus propios bailes, en sus propias historias, para ella lo es todo. Un bautismo, sus primeros pasos, sus primeras palabras... su primera noche sin drogas.

Mientras baila sobre una pista que la recuerda de la peor forma, le pide perdón. Siempre le ha gustado bailar, desahogarse de una forma donde las palabras no son nada, expresarse con cada parte de su cuerpo bajo el ritmo que le brindan los altavoces, disfrutar sin tener que pagar por ello...

Así que, bailando, le pide perdón. Le pide perdón por como la trató, sin respeto, sin ritmo, sin pensar en el daño que se estaba haciendo, sin ser consciente de que estaba mancillando lo único que más le gustaba hacer en este mundo.

La pista de baile parece responderle, pues nota que hay más sitio libre a su alrededor.

«Tranquila», parece escuchar. «Este momento es todo tuyo, no hay nada que perdonar».

Verónica aúlla, contenta, renacida y resplandeciente, cuando el volumen de la música parece prometer reventar cada vaso de cristal. Siente que el resto del mundo no importa, y quiere hacerse oír hasta desfallecer. Es un arranque de vida, un destello cálido que porta una sensación de triunfo, un susurro que lleva consigo una verdad desnuda... de que todo irá bien.

El camino será largo. Será duro. Dolerá. Pero todo irá bien.

Siente la vibración del móvil en el bolsillo de su pantalón. Es su madre. Hora de irse.

Pasa por la barra, y ni siquiera les dedica una mirada a sus antiguas amigas que la observan como si vieran pasar una criatura mitológica.

No son sus amigas, se recuerda. Las amigas de verdad no le hubieran ofrecido tomar nada en su primer día fuera del centro de desintoxicación.

El aire fresco del exterior es un bálsamo relajante para sus pulmones, para su cuerpo que guarda el calor latente de una prueba forjada en fuego. El fuego de un exadicto...

Necesitaba hacer esto. Volver a su antigua vida con nuevos pasos, sin huir ni sentir vergüenza.

Verónica ve el coche de su madre y se dirige a él como si reclamase ser el centro del universo. Se siente así. Con la cabeza bien alta, con una mirada radiante, se sienta a su lado y se abrocha el cinturón, lista para irse a casa.

—¿Todo bien, cariño? —le pregunta a su hija, con un hilillo de inquietud en su voz

—Todo bien, mamá.

Su madre la mira. Sus ojos buscan sus pupilas, sin querer encontrar nada del todo. De hacerlo, le rompería de nuevo el corazón.

Verónica agarra sus manos con ternura, un gesto que guarda una promesa silenciosa.

—Tranquila. Todo va bien —le dice Verónica, dedicándole una sonrisa sincera.

No la culpa por desconfiar. Tiene todo el derecho del mundo.

Mientras salen del aparcamiento, Verónica piensa en todas las veces que le ha dicho «Tranquila, mamá», palabras que ni ella misma llegó a creer, mentiras, que no podía evitar vomitar. Pero ahora, en esta noche, Verónica está empezando a creer de verdad...

Sus ojos observan las estrellas de un cielo despejado, retazos de luz que le devuelven la mirada con cierta alegría y esperanza.

«Puedo hacerlo» se dice a sí misma, y sonrío.

Mañana volverá a bailar.

Pepi.

FARO

Andrea García Mora

20 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Hace frío. Aunque estemos en agosto. Aunque por ahí se diga que es el verano más caluroso en años. La luna brilla hoy más que nunca en el cielo oscuro. Es un faro, que parece guiarnos, que nos ilumina con un tinte rojo. Nunca me había parado a observarla con tanto detenimiento. Quizá es que nunca me había sentido tan vivo y a la vez tan muerto como en este momento.

Hay silencio a mí alrededor. Solo el llanto de un niño al que acuna su madre con desesperación pone un poco de banda sonora al viaje. Las olas chocan con el frente de madera gastada de la barca. Las caras de mis compañeros pesan. Unos miran al horizonte, pensando en salvarse, otros se miran a los pies, recordando tal vez todo lo que han tenido que dejar atrás en la otra orilla.

— ¡Calla ya a ese niño! — grita alguien de repente.

Nos sobresaltamos. Todos nos giramos hacia aquel que grita. Tiene el ceño fruncido y su cara es una mezcla de angustia, miedo y rabia. Es un monstruo alimentado de desesperanza encerrado en una jaula con otras treinta personas que a la vez que son víctimas se pueden convertir en verdugos. La mujer lo mira con súplica.

— Lo intento, ¿no lo ves? Solo tiene hambre... — susurra.

— Me da igual, o lo callas o... — vuelve a decir gritando.

— ¿O qué? — lo interrumpe otro —, ¿no ves que solo es un niño?

Se enzarzan en una discusión a la que cada vez se suma más gente. De repente todo es un caos. Parece que el mar se ha vuelto bravío y la barca cada vez se mueve más. La gente grita. Hemos pasado del silencio, de la calma, al alboroto más absoluto. Ahora mismo somos una jauría de fieras acorralando a su presa. La mujer recorre la vista desesperada de una persona a otra. Se agarra con la mano derecha a la manga del hombre que la está defendiendo, como si fuera su tabla de salvación, con la izquierda, pega a su bebé contra el pecho, resguardándolo, protegiéndolo.

Al fondo de la barca, ajeno a toda la discusión, un joven cierra cada vez más los ojos, dando unas cabezadas que bien podrían ser fruto del cansancio o muestras de la deshidratación.

Se escucha caer un peso muerto. Todo se para.

— ¡No! — grita alguien.

Ese joven ahora flota inerte en el mar y, cada vez, se aleja un poco más de nosotros.

— ¡Ayudadle! — dice la madre del bebé.

— Es inútil, ¿no te das cuenta, mujer? — le rebate el mismo hombre que la increpaba.

— Pero ¿qué hacéis? ¡Salvadle! — ella no pierde la esperanza.

Pero nadie hace nada. Todos nos quedamos viendo cómo se va. Como si nos diera igual, como si él no fuera uno de nosotros. El silencio vuelve a instalarse en la barca. Incluso el bebé parece haber parado de repente. El luto se instala en tan poco espacio.

Unas luces empiezan a brillar en el horizonte. Pequeñas motas naranjas que manchan la tierra. La esperanza vuelve a brotar. Cierro

los ojos y respiro contando los minutos que faltan para llegar. Uno, dos, tres, cuatro...

Y vuelta al caos. Encallamos. La gente empieza a correr de un lado para otro. Algunos incluso se caen al saltar de la patera. Da igual que el agua esté fría, que las piernas nos flaqueen del cansancio. Cada uno toma un rumbo diferente, su propio rumbo a partir de ahora.

Empiezo a correr yo también, alejándome de todo cada vez más. Diciéndole adiós a la playa donde ya casi no hay nadie, hundiendo los pies en la arena de un continente diferente. Me giro para despedirme una vez más.

—¿Por qué, compañero? ¿Por qué no pudiste aguantar un poco más? ¿Por qué yo no hice nada por ayudarte? —Miro al horizonte oscuro con las lágrimas en los ojos—. Perdóname —susurro.

Un cañonazo de luz me recuerda que todavía no estoy a salvo.

—¡Quieto! ¡Policía! —escucho.

Cierro los ojos por última vez, embebiéndome de ese mar en oscuro que va a seguir apesándome en el pecho. Pido perdón, una, otra y otra vez. Y digo adiós. Yo sí tengo que salvarme.

Andrea Widobro.

1.5.- Obra premiada en la Categoría Local Menores de 16 años de Relato Corto

MI NANA

Agustín José Mora Jiménez

14 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Yo intentaba mirarlo a los ojos, una y otra vez, con la esperanza de que me transmitieran algo de tranquilidad. Deseaba más que nada en el mundo que de ellos brotara algo de cariño, pero las pupilas de tío Samir eran huidizas y nunca miraban a las mías. Vagaban por todas partes, como buscando perdidas algo que las vislumbraran, y esto me hace sentir tremendamente infeliz.

Dejó la bandeja encima de la mesa con dos trozos de pan y comprendo, sin palabras, que es la primera vez en cuatro meses que no quiere compartir conmigo la mesa del salón, entonces balbuceo unos segundos y le pregunto si sabe algo de mi madre y de mis hermanas y él, frío como el hielo, encoge sus hombros, como de costumbre, y me hace un gesto negativo con la cabeza. Al salir de mi cuarto da un fuerte portazo. En ese momento cierro los ojos apretando los puños y de un golpe lanzo la bandeja contra la pared, cayendo la comida al suelo y haciéndose mil pedazos.

Me siento en el filo de la cama sin saber qué hacer y miro a través de la ventana el cielo, te necesito tanto, mamá... Digo en voz baja.

Había oscurecido por completo y un puñado de estrellas titilaban en el infinito cielo, mis ojos se volvían cada vez más pesados y mi estómago cada vez más pequeño. Rugía como si tuviera dentro un león hambriento que me arañaba las entrañas. Un fuerte dolor me presionaba mis esqueléticas costillas cuando caí en la cuenta de que mi cena estaba esparcida por el suelo. Me puse de rodillas, arrepintiéndome de lo que hice un rato antes y lentamente voy cogiendo cada miga de pan que consigo encontrar. Estoy muy cansado y dejo caer mi cuerpo completamente sobre el filo de la ventana mientras

lloro desconsoladamente cuando recuerdo la nana que mi madre me cantaba:

Duérmete pequeño,

duérmete mi vida.

La luna te quiere,

la luna te cuida...

Y esto me hace sentir tremendamente infeliz.

Después de un tiempo que no supe calcular, despierto envuelto en un frío sudor, con la sensación de no haber descansado nada, como si mi mente no me hubiese dado tregua. Siento tanto frío que de vez en cuando, tiemblo con cada escalofrío y tengo que sujetarme las piernas para acurrucarme. Entonces, escucho que ha empezado a llover y al girarme veo que las gotas de lluvia caen demasiado deprisa y resbalan por el vidrio de la ventana creando una opaca cortina a través de la cual no puedo ver nada con claridad, todo me parece difuso. Todo es tan diferente...

El sonido de una armónica me sorprende y salgo de mi habitación a ver de dónde viene aquel eco. En el salón están Mohamed, el amigo de tío Samir y el viejo doctor Assim que está tocando una preciosa melodía. Al escucharme, se giran hacia mí y el viejo me esboza una leve sonrisa mientras sale apresuradamente. Mi tío me pide que me acerque y es cuando veo que encima de la mesa hay muchas armas, de formas diferentes y de muchos tamaños, me asusto y un desagradable calambre recorre mi nuca y me obliga a dar un paso hacia atrás. Mi tío me coge de un hombro y me susurra al oído que no debo temer nada, que debo entender lo que ocurre porque ya soy un hombrecito, mientras me sujeta la mano con brusquedad y me extiende los dedos para ponerme justo en medio una gran pistola negra. En ese momento es cuando siento más miedo aún que antes y mis dedos se vuelven

rígidos y entumecidos como piedras y dejan caer la pistola sobre mis pies. Él me empuja con furia y me llama necio mientras me grita que me ocurrirá como a mi padre que, por no llevar armas, por no querer defenderse, al final...

Me tapo los oídos con mis manos, no quiero escucharlo, no lo soporto más y salgo corriendo por la puerta, mis lágrimas caen desconsoladamente mientras pienso que el alma de mi tío está llena de odio y rencor y esto me hace sentir tremendamente infeliz.

Habían transcurrido unas horas y no podía soportar más aquella lluvia fina y menuda que me había calado hasta los huesos, entonces, decido volver a casa.

Cuando me voy acercando veo algunos camiones muy grandes, con muchos hombres que van armados y visten con unos trajes verdes oscuros y grises. Me imagino que son militares porque llevan sobre sus espaldas unas grandes metralletas. Me asusto mucho y sin saber qué hacer, me escondo detrás de unos arbustos y observo con cautela a través de la ventana de la casa. Veo a unos hombres uniformados que están removiendo todos los muebles y lanzan sin piedad nuestra ropa e incluso nuestros colchones vuelan por los aires; en ese momento los cuatro militares que ponían patas arriba nuestro hogar, salen gritando muy alto y empujando por los brazos a mi tío, creo que él intuye que ando cerca porque grita que busque al viejo Assim. *Búscalo, búscalo*, dice sin parar, mientras su voz se pierde cuando lo meten en un camión y salen a gran velocidad dejando una cortina de arena y polvo la cual me produce una nerviosa e incontrolable tos.

Salgo corriendo a la casa del viejo doctor, haciendo caso a las palabras de mi tío y veo la puerta que está totalmente arrancada de cuajo, todo está tirado por el suelo, los muebles están destrozados y la ropa hecha añicos cubre todo el pasillo, llamo al doctor, pero nadie me contesta.

Cuando llego al salón veo al señor Assim que permanece sentado en una silla con su armónica plateada en la mano, inmóvil y con la mirada pérdida en la nada. Pero con una pasmosa tranquilidad que sorprende porque parece que ha detenido el tiempo. Al acercarme, me sonrío y da un gran suspiro, dando la sensación de que me estaba esperando. Con un tono de voz apagado y en momentos, entrecortado, me dice que debo ir a la cocina y retirar la mesa que hay justo en medio, levantar algunas baldosas y bajar por una trampilla para reunirme allí con otras familias que están escondidas desde la noche anterior. Intenta cerrar sus ojos, pero se esfuerza por no hacerlo y me pide que no me preocupe ya que la señora Jalila cuidará de mí, concluye diciendo que debemos de huir rápidamente y no mirar hacia atrás nunca.

Las lágrimas enturbian mis ojos al comprobar que, de la espalda de Assim, brota un chorro de sangre que no había visto desde lejos y, justo en ese momento, una exhalación profunda sale de su garganta y cae desplomado en el suelo dando un fuerte y sonoro golpe. Me arrodillo junto a él, temblando, y mi mano recorre sus flacos brazos huesudos, parecen tan frágiles... Su piel es casi transparente y sus venas azuladas y abultadas recorren desde sus muñecas hasta los codos. Un fino cordón de sangre mancha un orificio de su nariz y mis dedos palpitantes cierran delicadamente aquellos viejos párpados. En ese momento me dejo caer al lado de él. No entiendo porque tenemos que huir, porque tengo que dejar atrás mi casa, mi colegio, quiero seguir yendo a jugar con mis amigos, quiero seguir dibujando, quiero que mi madre esté conmigo ahora y nunca se separe de mí, no entiendo nada. Y no puedo dejar de llorar mientras le canto:

Duérmete pequeño,

duérmete mi vida.

La luna te quiere,

la luna te cuida...

Y esto me hace sentir tremendamente infeliz.

A la mañana siguiente cuando los primeros rayos despuntaban el día, emprendimos la marcha. La señora Jalila me echó sobre mis hombros una vieja manta y me dijo que debía cuidar durante nuestro viaje de su hijo Asraf, que apenas tenía tres años. Un largo camino nos esperaba por delante antes de llegar al puerto para coger el barco. Aún recuerdo el peor día de aquel caótico viaje. Una tarde cuando ya el Sol no picaba en la cabeza y después de caminar durante más de cinco horas, un fuerte hedor invadió el ambiente y tuve que parar para sentarme sobre una piedra, el pequeño Asraf no me quería soltar el pantalón ni incluso cuando comencé a vomitar desesperadamente. Casi pierdo el conocimiento, el estómago se me revolvió por el fuerte olor a putrefacción y la señora Jalila se acercó a mí para ayudarme y me explicó que estábamos pasando por una fosa común de cadáveres, lo que me dejó perplejo y con el cuerpo todavía más hecho polvo.

Sacó de su bolsa un gran trozo de pan y me lo dio para que lo tomara cuando llegara la noche. Mientras me abrazaba, ella me decía al oído, que era un chico muy responsable y que lo estaba haciendo muy bien, que no me preocupara porque pronto encontraría a mi madre. La señora Jalila no lo sabe, pero ese día alimentó mi corazón con su abrazo y eso nunca lo podré olvidar.

Por la noche buscamos un lugar seguro para dormir y cuando extendí mi saco y puse encima la vieja manta para protegerme de la humedad, me tumbé y respiré profundamente mirando como todas las noches el cielo. Un fuerte golpe me sacudió la pierna, al principio me asusté, y levanté la cabeza, sobresaltado, pero cuando me incorporé, vi que era el pequeño Asraf que se tumbaba encima de mi pecho buscando algo de calor. Saqué el trozo de pan de mi bolsillo y sus ojos se clavaron en los míos fijamente, de una manera casi mecánica y desesperada abrió su boca como un polluelo cuando espera su comida. Mi mano apretaba con fuerza el pan. Yo no quería darle mi comida, no era justo, tenía tanta hambre como él, y no estaba dispuesto a compartir nada, pero él extendió sus manos y me arrebató el pan en menos de un segundo

delante de mi mirada. No me dio tiempo a reaccionar, mientras ahora el que abría la boca con la mandíbula descolgada era yo. Un gran nudo en mi garganta me oprimía la respiración mientras mis ojos comenzaban a llorar desconsoladamente cuando le cantaba:

Duérmete pequeño,

Duérmete mi vida.

La luna te quiere,

la luna te cuida...

Y esto me hace sentir tremendamente infeliz.

Después de dieciséis días de angustioso viaje llegamos al puerto, todos nos abrazamos por fin, nuestro calvario parecía que empezaba a terminar. Esa tarde me quité de encima un gran peso porque ya no tendría que caminar horas y horas, estaba agotado y exhausto, sin fuerzas y si hubiese tenido que dar un paso más, me hubiese desplomado en el camino, también, porque ya no tendría que esconderme de Asraf para comer. Y, sobre todo, porque desde ese día, la señora Jalila se encargaría del pequeño, yo lo quería con locura, pero a veces, se ponía tan insoportable, que no sabía qué hacer para calmarlo.

El buque era mucho más grande de lo que parecía. Al subir la rampa descubrí una mezcla de olores nuevos para mí. La cubierta crujía al pasar y había mucha gente por todos lados, cuando miraba de un lado para otro y veía tanta agua alrededor, me sentía muy mareado. Esa tarde, nos dijeron que aquel inmenso buque era el Aquarius, que nos llevaría a Italia y allí podríamos desembarcar. La primera noche, las mujeres bajaron a dormir abajo y los jóvenes y los hombres nos quedamos en la cubierta.

Un murmullo incesante de gente se escuchó durante toda la noche, pero yo en algún momento, perdí el conocimiento y caí en un profundo

sueño. A la mañana siguiente algunos voluntarios se acercaron a nosotros a darnos bebida caliente y nos comunicaron que al final y después de intentarlo varias veces, el gobierno de Italia se negaba a que desembarcáramos en su puerto, nos enviaban a Malta. La gente enfadada levantaba la voz y gesticulaban con sus manos, incluso se escuchaban llantos, sinceramente, nos pusimos muy nerviosos y fue una gran decepción para todos. Recuerdo como un joven intentó arrojar al mar, ante la desesperación, y unos hombres se lo impidieron, fueron unos momentos muy desconcertantes. Esa imagen quedará grabada para siempre en las retinas de los que allí estábamos. Y esto me hacía sentir tremendamente infeliz.

Cuando el buque se encontraba a pocos kilómetros del puerto de Malta, escuchamos el altavoz del buque, el capitán nos comunicaba que, ante su incertidumbre y asombro, no nos permitían atracar en Malta. Ya eran dos noches dando tumbos en pleno mar, sin saber que sería de nuestras vidas. El viaje se tornaba cada vez más oscuro igual que nuestro futuro.

Decidí dar un paseo por la cubierta para relajarme y mientras caminaba con la cabeza agachada a lo lejos oí una canción, a la cual no di ninguna importancia hasta que me aproximé unos metros.

Se trataba de una nana, mi corazón en ese momento se estremeció y mi pulso comenzó a acelerarse estrepitosamente mientras mis labios terminaban la última estrofa. Me quedé paralizado, pensando que mi mente me jugaba una mala pasada, y que en realidad lo que escuché fue solo fruto de mi imaginación. Después de unos minutos, seguía inmóvil en el mismo sitio, cuando el canto se volvió a escuchar y salí corriendo sin pensarlo dos veces, en el fondo al lado de un gran grupo de mujeres, estaba mi madre sentada en el suelo, cantando mi nana, con mis hermanas alrededor. Grité con todas las fuerzas que me quedaban y mi madre se puso inmediatamente de pie. Nos fundimos en uno, me besaba la cara, me besaba las manos y me tocaba el cabello, consternada, como sin creerse aún que estaba junto a ella y yo simplemente, dejaba caer mi cuerpo en sus brazos con un perturbador y ruidoso llanto.

Ya sabíamos al día siguiente que España se comprometía con nosotros y podríamos atracar allí, esa fue la mejor noticia para todos. Siempre hay personas maravillosas con buen corazón, decía mi madre mientras mis hermanas y yo nos abrazábamos. Llegamos al mediodía al puerto de Valencia y desde allí nos atendieron en varios centros de acogida. A nosotros, junto con doce personas más nos llevaron a un pueblo de Sevilla donde actualmente vivimos y donde hoy escribo este pequeño relato de mi viaje, para participar en un concurso literario de Dos Hermanas. Son trozos de mi historia, son retazos de mi vida. Me imagino que, como muchas otras experiencias, de tantos niños y jóvenes que por motivos siempre incomprensibles tenemos que huir de nuestras vidas, de nuestros hogares, por las malditas y absurdas guerras; para decirles que al final todo puede cambiar para mejor, y tener una vida llena de amor y esperanza, con personas extraordinarias a nuestro lado que nos ayudan y nos quieren. Con el corazón en la mano digo que esto me hace sentir tremendamente feliz.

El violinista.

EL CLUB DE LAS PINTURAS

Erika Gómez Maraver

12 años

Dos Hermanas (Sevilla).

En un pequeño pueblo vivían un grupo de cinco niños que se hacían llamar *El club de las pinturas*. Ese grupo surgió porque todos eran muy aficionados al arte y los domingos se reunían para ir al museo a ver las obras, e incluso, en algunas ocasiones, se llevaban un lienzo en blanco para intentar imitar los cuadros que veían.

El club estaba formado por tres niños y dos niñas. A todos les unía la misma ilusión por el arte, pero al mismo tiempo, eran muy diferentes entre sí. Juan, el más grande de todos, era el más deportista, siempre iba vestido con chándal y le encantaba jugar al fútbol. La niña más pequeña se llamaba Silvia y le encantaba bailar. En el grupo también había dos hermanos mellizos, Damián y Gloria. A ellos les gustaba hacer muchas travesuras y siempre estaban gastándoles bromas a sus amigos. Carlos, el último integrante del grupo en apuntarse, sorprendió a sus amigos por su inteligencia. Se le daban muy bien las ciencias y le encantaba hacer experimentos.

El domingo anterior, como de costumbre, fueron todos al museo y Damián se quedó fascinado al ver una imagen que representaba un precioso paisaje. Comenzó a imaginar lo bien que estaría allí, escuchando el cantar de los pájaros y el movimiento de las hojas de los árboles. Se quedó tan impactado que, viendo que el guardia no lo veía, decidió tocar el cuadro. Para su sorpresa, sintió que su mano podía traspasar la imagen. Decidió probar e introducir todo el cuerpo para comprobar si lo que estaba sintiendo era verdad o producto de su imaginación. Cuando se dio cuenta, se encontraba dentro de ese precioso lugar.

El resto del grupo no se dio cuenta de que no estaba Damián entre ellos hasta que no pasó un buen rato; fue su hermana Gloria quién

se dio cuenta de que Damián no estaba. Pensó que podría haber ido al servicio, así que fue hacia allí a buscarlo, pero no lo encontró. Esto provocó el miedo del resto de sus amigos y se pusieron a buscarlo por todo el museo hasta que el guardia de seguridad dijo que ya era hora de marcharse pues el museo cerraba sus puertas a las ocho de la tarde.

Al siguiente día, al salir del colegio, todos los niños se reunieron para volver allí, pues estaban seguros de que Damián no podría haber salido del museo. Comenzaron a recorrer todas las salas y fue Juan quien al pasar por el cuadro donde se había introducido Damián se dio cuenta de que él estaba dibujado en esa imagen. Al ver eso, decidió llamar a Carlos pues era el más inteligente del grupo y seguro que se le ocurriría una idea para averiguar por qué estaba Damián dibujado en ese cuadro.

Carlos y el resto de niños fueron enseguida y Gloria como era tan traviesa como su hermano, se le ocurrió tocar el cuadro. Al igual que él, pudo traspasarlo. Luego, lo intentó Carlos y dijo que eso no era ciencia, sino magia y descubrió que solo a los que le apasionaba el arte podían pasar.

Todos entraron en el cuadro y empezaron a buscar a Damián; lo encontraron dormido debajo de un árbol. Fueron corriendo a despertarlo y así poder volver juntos al mundo real. Damián se puso muy contento de ver a sus amigos y sentir que no lo habían abandonado.

Los niños decidieron seguir el camino que habían recorrido para encontrar a Damián y así llegar al punto del paisaje en el que habían entrado. Estuvieron andando durante un buen rato, y cuando llegaron a ese sitio, descubrieron que no había ninguna ventana ni puerta mágica por la que pasar y volver al museo.

Estaban muy asustados porque pensaban que no podrían salir del cuadro y se tendrían que quedar ahí para siempre. Juan estaba aburrido, así que, como le encantaba el fútbol, comenzó a jugar con una manzana que se encontró en el suelo. Para su sorpresa, cuando le dio

una patada, esta desapareció. Había descubierto la salida, la manzana había salido del paisaje y había llegado al museo. Decidieron, antes de salir, dejar una señal que les indicara por qué parte del paisaje podían volver al mundo real, así cada vez que quisieran entrar en el cuadro, sabrían cuál era la salida.

Estaban muy sorprendidos de lo que habían descubierto, habían encontrado un cuadro mágico. Como les había encantado la experiencia, decidieron ahorrar para poder comprar ese magnífico cuadro. Para eso tuvieron que vender todos los que habían pintado. Consiguieron mucho dinero y finalmente pudieron cumplir su deseo: poder entrar cada tarde en el cuadro y pintar algún paisaje que en él veían, pues como se comentó al principio, se trataba de un paisaje maravilloso.

Piruleta.

LOS OJOS DE UN NIÑO SOÑANDO SER COMETA

Alejandra Carmona Vicente

15 años

Dos Hermanas (Sevilla).

«No puede ser...». Axel arrugó la frente extrañado y observó de nuevo por el telescopio que había colocado estratégicamente en uno de los extremos del terreno en el que se encontraba la casa rural de sus padres. Había escogido ese sitio porque tenía una menor contaminación lumínica, no había ni farolas ni ningún otro objeto que ofreciera luz y que pudiera impedirle realizar la acción que se disponía a hacer.

Sí, efectivamente, los cráteres de la Luna eran diferentes. Se sabía de memoria los nombres y posiciones de estos, había estado observándolos desde que le regalaron su primer telescopio en su séptimo cumpleaños y todavía ahora, a sus quince, observaba todas las noches el espacio y sobre todo la Luna. Por lo que no era de extrañar que se hubiera dado cuenta de algún cambio sobre su superficie.

No recordaba haber oído en las noticias que se previera el encuentro de algún asteroide con el satélite terrestre que pudiera haberlos modificados y no obstante las pruebas estaban ahí, no había duda, y sabía perfectamente que el asteroide que hubiera hecho eso no podía haber pasado desapercibido.

Tapó el telescopio lo más rápido posible con la tela que lo cubría mientras no lo usaba, y corrió hacia la casa para informarse de lo ocurrido.

Entró por la puerta principal y sus padres, que estaban tranquilamente viendo una película en el salón, giraron la cabeza asustados por el repentino ruido.

«Cráter... nuevo... Luna...» fue lo único que Axel pudo decir mientras subía las escaleras de dos en dos intentando no chocarse con los cuadros que había alrededor, pero a sus padres solo les bastaron esas palabras para entender lo que pasaba. Siempre habían sabido de la fascinación de su hijo por el espacio y de todo lo relacionado con él, así que no les extrañó su comportamiento.

Axel llegó a su cuarto y cerró la puerta más fuerte de la cuenta, lo que provocó un segundo estruendo.

«¡Perdón!», gritó en dirección a la escalera y corriendo encendió el ordenador. De inmediato comenzó a buscar algún tipo de noticia sobre la Luna en todas las páginas que conocía, y en las cuales sabía que había datos fiables pero... en ninguna de ellas encontró nada.

«Qué raro». Axel comenzó a extrañarse y decidió hacer una búsqueda general. «Tal vez aún no se ha registrado nada, lo estarán analizando», dijo intentando convencerse a sí mismo. Pero no había ninguna página de internet que diera información sobre un asteroide impactando en la Luna recientemente.

Decepcionado cerró el ordenador y decidió buscar en sus cuadernos de anotaciones algún dato o información que pudiera darle una pista de lo que estaba pasando. Llevaba escribiendo sus conocimientos sobre astronomía más tiempo del que podía recordar, por lo que no era de extrañarse el hecho de que si alguna vez hubiera leído algo relacionado con el tema lo hubiera apuntado en alguno de ellos. Pero no, por más que buscó en cuadernos, archivadores, documentos... No encontró ningún caso similar.

«¿Cómo es posible?, un asteroide de esa magnitud tendría que haber sido visto desde hace días y estoy seguro de que su impacto hubiera causado mucho más revuelo del que está causando. ¡Todas las cadenas de televisión estarían dando noticias las veinticuatro horas del día!». Después de revolver todo su cuarto en vano decidió llamar a su amigo Natt, ambos compartían una afición por lo extraterrestre, por lo

que le preguntó si sabía algo sobre lo que había visto, pero él tampoco supo contestarle.

Ambos eran amigos desde pequeños. Natt se mudó a Sevilla a los cuatro años, lo que fue una coincidencia porque Axel se había mudado a la casa de al lado tan solo un año antes, y desde entonces habían sido inseparables. Al conocerse, lo que más le llamó la atención de Natt fue el significado de su nombre.

“Mi nombre significa noche en noruego”, le dijo cuando ambos estaban hablando de su interés por el universo. “Pero eso no vale, tú tienes un nombre con significado, el mío creo que no tiene”, le había contestado él. “Bueno, pues a partir de ahora te llamaré *mapache*, los mapaches son animales nocturnos y son ágiles en tierra, agua y por las ramas de los árboles. Así que supongo que también serán ágiles en el espacio”. A Axel le pareció una buena idea, y desde entonces ese se había convertido en su apodo.

—Ni idea tío, yo tampoco lo entiendo, pero... ¿Estás seguro de lo que has visto?

—Que sí, te lo prometo, compruébalo tú mismo. —como acto reflejo se asomó por la ventana mientras Natt miraba por el telescopio que tenía en su habitación al otro lado de la ciudad.

—Pero, ¡si está todo igual!, no sé qué habrás mirado, pero la Luna no era —era imposible, Axel no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—No puede ser —respondió y comenzó a dar vueltas por la habitación con nerviosismo—. Lo comprobé varias veces y habían cambiado, ¡lo juro!

—Oye, seguramente te despistaste o simplemente por el cansancio creíste verlo, intenta dormirte temprano hoy y ya mañana vuelves a comprobarlo, ¿vale?

– Está bien. Buenas noches, mañana hablamos.

– Hasta mañana.

La conversación se terminó, pero Axel no podía dejar de pensar en lo sucedido. No pudo pegar ojo y cuando por fin comenzó a quedarse dormido el Sol comenzó a hacer acto de presencia.

A partir de ese día nada fue lo mismo. Todas las noches que siguieron a esa, Axel veía una continua luna llena permanente, que además no tenía el aspecto que él había estado acostumbrado a ver. Cada noche la Luna cobraba un nuevo aspecto, sus cráteres cambiaban de tamaño o aparecía y desaparecían de forma aparentemente aleatoria y se creaban extrañas formas que Axel no alcanzaba a comprender, le costó varias semanas aceptar que esos acontecimientos no eran causados por ningún agente externo, sino que era la propia Luna la que cambiaba y solo él podía verlo.

Cuando era pequeño a veces se encontraba a sí mismo preguntándose cómo era posible que el impacto, de lo que a gran escala eran rocas espaciales, pudiera repercutir en otro astro rocoso de mucha más magnitud; y cómo de enigmáticas podían ser sus consecuencias. Sin embargo, eso no volvería a ocurrir, o al menos parecía que para él no.

Pero lo que Axel no sabía era que aquello que estaba sucediendo se acercaba más a ser un don que a ser una de las peores cosas que le podía pasar.

– ¿Te han contado alguna vez la historia del hombre que vivía en la Luna y que hablaba con una niña mediante mensajes en cartas que eran transportados por globos? Porque estoy empezando a pensar que está basado en hechos reales – Natt terminó de hablar y miró a Axel, que le devolvió la mirada con una mueca de fastidio.

– Muy gracioso, pero me estoy empezando a preocupar de verdad y lo que más me asusta es que puede que tus suposiciones tengan algo de cierto. Dudo que un hombre en la Luna me esté hablando, pero parece como si la Luna quisiera comunicarse conmigo. ¿Me explico?

– Bueno, no mucho, la verdad.

– Es decir, tengo la sensación de que, en cierta forma, soy yo el que estoy produciendo eso en la Luna, como si dibujara en ella de forma inconsciente –Natt no sabía que decir, así que Axel decidió seguir hablando—. Creo que partes del universo se manifiestan a través de dibujos y formas en la Luna. Sin ir más lejos, hace una semana volvieron a cambiar y creí distinguir una forma en uno los cráteres: era la silueta de una estrella. Lo que no sé es el porqué de su cambio y por qué solo yo puedo verlo.

– ¿Esa fue la última vez que cambiaron? –respondió Natt y cogió un lápiz y una hoja para apuntar su respuesta.

– Sí, me acuerdo porque... –en ese momento Axel cayó en la cuenta de algo—, porque fue cuando me dieron la noticia de que había pasado el primer examen para la beca que te dije y estuve de buen humor durante todo el día.

– Está bien, Axel, intenta buscar el factor común de todas las noches en las que la imagen de la Luna cambió –le propuso Natt. Axel reflexionó durante un rato y finalmente obtuvo la respuesta que estaba buscando.

– Las emociones –contestó abriendo mucho los ojos—. Todas esas veces tienen en común que durante ese día había recibido una buena noticia.

– Ahí lo tienes –Natt sonrió y elevó un poco sus gafas, que habían comenzado a resbalarse por el puente de su nariz—. No sabemos el porqué, pero de alguna forma estás viendo partes del universo. A lo

mejor no lo habías descubierto hasta ahora porque los cuerpos que se habían estado mostrando no han sido descubiertos todavía y tú has sido la primera persona en poder verlos. Aun así, una estrella es un buen comienzo, prepárate porque esto te puede hacer llegar lejos. Axel, no lo olvides.

Dicho y hecho, Axel desistió en su intento de averiguar el porqué de la situación y decidió sacar provecho de sus “poderes”. Siempre que había tenido un buen día convencía a sus padres para ir a la casa rural y poder mirar por su telescopio. Si sus padres accedían, cogía todos los libros de astronomía que poseía y los colocaba alrededor de sí mismo mientras miraba por el telescopio. Cuando creía ver alguna cosa apuntaba en un cuaderno sus características: tamaño, manchas, formas... Pese a que no identificaba a muchos porque solo podía ver su silueta, si había algunos que pudo encontrar en sus libros fácilmente y otros que no logró identificar pero que decidió registrar por si les servían en el futuro.

Axel fue creciendo, consiguió la beca de astronomía a la que había intentado optar, que consistía en un pasar un año fuera del país teniendo unas asignaturas especializadas en el estudio del Universo y años más tarde, tras mucho esfuerzo consiguió dedicarse a la que había sido su pasión durante toda la vida. Se hizo profesor en una de las mejores universidades de Astronomía de España y se convirtió en uno de los astrónomos más reconocidos en todo el mundo, pero nunca nadie supo de su secreto. Nadie excepto Natt.

Natt no corrió la misma suerte que Axel y tuvo que mudarse a Noruega para realizar allí la carrera de medicina, pero ambos mantuvieron el contacto. Allí formó una familia con una joven que conoció en la carrera y ambos tuvieron dos gemelas. Él siempre disfrutaba relatándoles a sus hijas las anécdotas de dos jóvenes que hablaban sobre asteroides, estrellas y descubrimientos de planetas con el sueño de poder ser ellos algún día los que los descubrieran. Pero, pese a todas las historias que contó, Natt jamás le dijo a nadie la realidad de ese famoso astrónomo que salía día tras día por la televisión.

Pasaron muchos años, ambos amigos se veían a menudo y sus familias se conocían bastante bien, pero entonces Axel empezó a tener problemas de salud y cada vez sus encuentros fueron menos frecuentes. Su corazón hizo amagos de dejar de funcionarle varias veces, pero por suerte siempre había logrado sobreponerse. Pero el día desgraciadamente llegó.

Una tarde de verano, su hijo le llevó a una casa rural a las afueras de Sevilla, estaba deshabitada y se notaba por las pequeñas plantas que crecían sin control en la entrada que nadie había estado allí desde hace tiempo, pero Axel no pudo evitar sonreír nada más apareció en el camino. Ambos entraron en la casa y vieron que a pesar de las apariencias la casa había tenido un buen mantenimiento, Axel se había encargado personalmente de ello.

Ambos subieron despacio la escalera y llegaron a su antigua habitación, en dónde había decidido conservar sus primeros libros y cuadernos, aquellos en los que había volcado sus primeros conocimientos. Y en el fondo del cuarto, recubierto por una vieja tela se encontraba un telescopio, su telescopio. Justo cuando empezó a caer la noche le dijo a su hijo los pasos que debía seguir para montar el telescopio, y este, siguiendo las instrucciones de su padre, consiguió desempolvarlo y montarlo en menos de veinte minutos. Cuando todo estuvo listo y ya la Luna llevaba un rato posicionada en el cielo, Axel cerró uno de sus ojos y se dispuso a mirar por su antiguo telescopio, su hijo nunca llegó a saber lo que ocurrió al otro lado de la lente, pero una lágrima solitaria cargada de sentimientos se deslizó por los ojos de su padre y una sonrisa triste se asomó en su cara.

La Luna, musa de pintores y amor prohibido de los lobos. Partícipe de obras de autores como Bécquer y testigo de suspiros y llantos. Protagonista de canciones múltiples, canciones antiguas con toques de nostalgia que se escuchan en bares olvidados de ciudades cualquiera.

Ella estaba ahí, en cuarto menguante. Había recuperado todas sus cicatrices originales, aquellas que contaban sus historias y lloraban sus

desastres y las que, de alguna forma, fueron censuradas a un joven que ahora no podía más que sonreír.

Axel se tumbó en la cama del cuarto, la cual parecía haber encogido con el paso de los años y cerró los ojos con cansancio, despidiéndose de su hijo con un “buenas noches”.

Aquella fue la última vez que Axel pudo mirar la realidad de la Luna a través de su telescopio, porque esa fue la noche en la que sus ojos se cerraron para siempre. Aquellos ojos que compartían color con el satélite terrestre y que tenían su mismo brillo; aquellos ojos que el día en el que todo empezó, olvidaron comentarle a su mejor amigo cómo de cerca había visto con su telescopio un cuerpo celeste que no pudo reconocer.

En un lugar al otro extremo del continente, ajeno a lo que acababa de ocurrir, Natt había salido a dar un paseo por la noche en la compañía de sus nietos.

—¡Mira abuelo!, ¡una estrella fugaz! —Natt sonrió con dulzura y dirigió su mirada hacia donde estaba la vista de la pequeña.

—No, cariño, eso es un cometa —le corrigió, y ambos se quedaron mirándolo fijamente, hipnotizados por él, hasta que su nieto de siete años gritó:

—¡Abuelo, mira las estrellas! Si las unes parecen un...

—Mapache —dijo Natt asintiendo y sonrió de forma casi imperceptible. Miró con nostalgia la constelación que se elevaba sobre sus cabezas, que era tan grande que parecía ocupar todo el cielo, y sus ojos adquirieron un brillo inexplicable, un brillo, tal vez, hasta lunar.

Little Things.

2.- POESÍA

Obras premiadas

2.1.- Obra Premiada en la Categoría General de Poesía

NOCTURNO

Iván Gonzalo Rodríguez

27 años

Alcobendas (Madrid).

Mis manos son arena de lápida y me nombra el salmo de los insectos.
La unción del cuerpo sobre las zarzas
me llama por mi padre,
me llama del color ceguera de otros ojos:
la astilla en el hueso que es creación.

Hay música en los labios cortados de un cerezo,
la predicción de la fiebre en las uvas:
promesa y tierra.

Confieso.

La arcilla tras la lumbre es un discurso. Derramo mi nombre,
desconozco por qué soy cera vertida en sal.
Hablo sobre la brújula de Ulises en la garganta verde del suicida.
Existo; la prematura ironía. Olvido.
La última certeza: la cruz, la duda.

Puse trigo de gato en los ojos a las hienas y los caballos.

Se tornan en el beso, eternos, el zarandeo invisible, la nieve:
nadie quiere nacer de una libra de carne.

Se ha hecho tarde, ya es otro tiempo,
ya no es otro mi tiempo.
Me he vuelto inmóvil desde otra música que vuelve en tormenta
como la verdad que reside en la herida incontenible.
Fuera de mi carne todo es culpa, una enfermedad del ser.

Hablo del temor de la memoria
y la necesidad de lejanía de unas manos secas de mercurio.

Yo no sé perdonar.

Hablo de la culpa y no sé estar vivo desde la engañosa lucidez del llanto.
Noto el frío como el pórtico de las iglesias donde mendigo la sed del baptisterio
y me hago enjambre.

Mi rostro tiene una súplica en nombre de mujer.

es la niñez entre el aceite de las moscas
y la pérdida que celebra la edad del hombre al óxido.
Sé que hay luz en la mujer de Jacob por un salmo a la tristeza;
la ebriedad del exilio
es un beso en la costilla herida y hay olvido en la tierra encharcada.

Todo cuanto sé es la ofrenda de un ateo convaleciente.
Me desconozco en la deserción y hablo desde la mendicidad del pan vertido,
la palabra que haría perdonarse a Dios.

Nadie habita en las lágrimas por la sed, nadie.

Se me han vuelto infieles los años.

El hueso cubre la carne que niega tres veces,
el hueso ve palidecer el aroma a cemento y cebada en el ámbar
y envuelven los desprendimientos térmicos
que desunen mis manos:

Aquel año sólo murió mi padre y todavía acuden las agujas al espacio límite
entre la huida impronosticable de un testamento
y la voluntad de las sombras de azufre platónico.

Un sudario desértico aúlla de mortalidad entre los círculos de su médula,
estoy hablando a las semillas púrpura que son soga y alivio:
luz que yerra.

He aprendido de un lenguaje
donde van a morir los vientres de las orugas ocres
desnacidas en su error.

Estoy oculto en la vigilia del animal primitivo,
invisible en la fatiga de la plegaria.
Me reconozco en el regreso y su perfección,
la segunda venida que vuelve redentor al conocimiento
y alivia los párpados sobre la piel de otra tristeza.

Mi nombre es el de una edad efímera y se estremece
como la semilla sangrienta de los otros hombres
que hablan de las formas de espesura ante el silencio.

Tiemblo al gesto propio.
Hay tierra frente a mí para sacrificar ciervos entre la menta
y estoy solo frente al dibujo de los desaparecidos.
Así resplandecen las aguas frente a la carne húmeda.

Estoy solo.

Habito un sonido que tiñe de sangre los dinteles. La hora
que confiesa sobre la leche fría de los signos.

Todo es nieve bajo mis uñas
y queda el sabor del cuervo entre las sábanas deshechas.
Avergonzarse
para que las moscas doblen su peso,
para que la muerte entorpezca la culpa, para que olvide.

Desconozco lo aprendido por el pulso
que mece el abandono en los olivares:
mi cuna
fue piel de almendra amarga y desciende de la pobreza inútil del placer,
del peso de los clavos en la carne abierta.
Me da miedo la certeza, aunque abrevio de sus llagas.
Elijo la liturgia de una huida para quien la traición no tiene un nombre,
elijo hacer madre a la vergüenza
como se hace madre a la nodriza, como se hace orfanato

una ciudad de hombres como yo,
como también hay cenizas mansas bajo la música.

Me da miedo la longevidad de la memoria frente a la carne.

Estoy despierto en los contornos de las fotografías que conservo:
su aroma último cruje cansado y es fértil mi indiferencia.

El miedo a la digna inexistencia de ser mi eterno extraño.

Me acuesto entre ladridos que suenan a llanto materno.
Existe aún un fragmento de habitación
donde no se posa mi aroma arrepentido,
señalo las cenizas entre los cristales
y lo llamo hogar.

Conservo la fiebre de la hierba seca, el padecimiento de las pérdidas,
la ira de la fruta rasgada
y llego, tardío, a la piedad y las palabras, y ya sólo queda muerte.

Me parece justo.

He negado nacer de una úlcera
frente al espejo frutal que adolece en mi memoria.

Ya no sé mover del azar el descanso, no sé habitar la juventud.
He descreído toda agonía ajena por el agua estancada en mi sangre.
Saberse silencio en incomprensible. Olvidar.
Soy una ideología errónea:

esta es mi apostasía.

Juan Nadie.

VIEJOS MAPAS PARA PERDERSE EN NUEVAS TIERRAS

Jorge Luis Pérez Reyes

32 años

Salamanca.

Abro sobre la mesa de trabajo
los planos del año que corre
y los coloco con cuidadosa exactitud
sobre los planos de años transcurridos.
Uno sobre el otro
deslizo la mano hasta sentir
que la superficie de cada página
abraza su predecesora
con fechas concordantes.

Entonces junto la carta y la grafía
de los planos que quedan sepultados
sugiriendo rasgos e instrucciones
que copio en la lámina en blanco,
reproduciendo promontorios que sobresalen
desde las profundidades de otros días,
y haciendo ajustes en el balance
de los mapas dibujados al paio, sin cuadrante.

Recorro con curiosidad el desenlace
de otros años, y observo cómo el calendario
se abrió a la primavera de sus antojos.
Cómo este martes, este enero,
ya pasó por aquí, varias veces,
con cuerpos que corren diminutos
bajo las hojas de pergamino
que sostengo con la yema de los dedos,
como queriendo romper la superficie
de un presente que los encierra

en una cárcel de immaculado lienzo.

Copio con tinta permanente
los errores de otros años
con afán de repetirlos,
como quien busca
viejos mapas
para perderse en nuevas tierras,
como quien iza la bandera de corso
que un día lo saqueó,
como quien busca en tratados de Ptolomeo
países descubiertos,
como quien aguarda
el arribo de un aniversario
con la esperanza de persuadirlo a disolverse,
como quien juega, con euclidana efarmocencia,
a editar el desenlace
de algo que las cartas planas de otros años
anuncian ineludible,
sagaz,
como quien ama incluso con la certeza
del desamor.

Andrés Maltiempo.

Accésit de la Categoría General de Poesía

PRONOMBRE DESPERFECTO

Marina González Jurado

19 años

Alicante.

Tenía una bomba con cuenta atrás en el pecho.

Mi primer error: cable rojo.

Mi segundo error: cable verde.

Un enredo de alambres inerte

que nunca me pude perdonar.

Sobre los ojos, una densa niebla,

una venda negra

formada por desprecios,

derrotas,

traiciones,

trampas

y falsos juramentos

a los que nunca me pude enfrentar.

Siempre me até las manos con el temor a no ser suficiente.

Me anclé a la estúpida cobardía

de la que me habían acusado tantas veces.

Viví demasiados años bajo un cielo negro

que yo ayudaba a crear

como se construye la guillotina

con la que te quieren matar.

Las miradas furtivas al espejo,

las lágrimas amargas,

el terror emergiendo.

Decidí creer la voz de la mentira

por no aceptar mi piel,

mis huesos,

mi peso,

a mí,
yo: pronombre desperfecto.

Acuchillé mi alma con el filo de mis miedos
y me escondí tantas veces acurrucada en el suelo
que mi cuerpo adoptó la forma de la desconfianza.

Pinté con mi sangre un escudo de silencios
y traté de protegerme en mi propio pensamiento.
Qué ingenua.
No me di cuenta
de que mi peor enemigo
eran mis ideas.

Quererme se convirtió en recelo,
valorarme fue sustituido por palabras de hielo.
Miné con falsas imágenes cada reflejo en el que mirarme;
saboteé mi percepción, aun sin quererlo, pretendiéndolo.

Decidí creer que el aumento en la báscula
era inversamente proporcional a lo que valía,
caída sin frenos por un acantilado de inventivas.

Puse señales de prohibición ante cada gesto amable
por temer que fueran el lobo engañando a Caperucita.
Acabé creyendo que no podía ser bonita
y empecé a acumular polvo
con el que enterrar mi autoestima.
Fabriqué una tumba para mi yo niña
con todos los vendajes que tenía
en lugar de proteger mis heridas.

Enfermé por culpa de la infección
que me provocaban mi propia mente
convertida en arma.
Fui revólver

y tragué demasiadas balas
sin apenas dejarme tiempo para digerirlas
tratando de llenar un precipicio interior
que había cavado yo misma.
Apagué la alarma y no encontré la forma
de despertar de la pesadilla.

Pero hoy puedo brindar
por encontrar la manera de romper mis barreras
y salir del círculo de toxicidad.
Por encender la luz
y socorrer a mi yo niña,
que se había estado ahogando entre tanta tierra.

Por dedicarme una sonrisa,
aunque fuera pequeña;
por prometerme quererme,
aunque no supiera cómo,
como manera de sacudirme el polvo
para permitirme sanar,
para poder mirarme al espejo
y no apartar la mirada,
para no tener que reprimir el llanto
subiendo por la garganta,
para poder volar
y hacerlo sin culparme,
libre de todo,
libre de odio,
y no a pesar de mí,
sino conmigo.

MaiSorel.

2.3.- Obra Premiada en la Categoría Local de Mayores de 16 años de Poesía

CONQUISTÉ ESTE HOGAR

Narciso Raffo Navarro

26 años

Dos Hermanas (Sevilla).

CONQUISTÉ ESTE HOGAR sin derramar sangre
como se adueñan los niños del verano.

No hace mucho yo también construía
mi sed en un altísimo palacio, allá en las ramas.
Retaba a pájaros nocturnos.

(Cualquier pliegue de la tierra es un cobijo
para quien se sabe solo).

Pero uno crece y después comprende:
los monstruos nunca acechan desde fuera.

Nick Drake.

2.4.- Accésit de la Categoría Local de Mayores de 16 años de Poesía

NEMINEM LAEDERE

Maia Castro Slobinsky

23 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Incinérame; siempre tuve frío,
aun en las cálidas noches veraniegas
debí estrujar mi corazón en busca
del hervor de la sangre,
sólo para asegurar que me hallaba viva.
Genera en mí duda cada verso que escribo
y sospecha cada sombra que me acompaña;
inspiro, no consigo dominar a la bestia
que me utiliza de estufa,
que devora mi voluntad.
Enjuicio en sueños mis acciones,
víctima de mi inocencia;
traición;
fui entregada en bandeja de plata,
servida en mesa de hienas hambrientas
que desgarraron sin anestesia mi carne
y engulleron sin degustarme.
Quizás el rencor que guardo
provoque en mí llama candente,
una ignición en potencia;
quizás se borre de mis recuerdos
el frío;
cuando arda, buscaré tu mano,
seremos eternamente ceniza.

Heimweh.

AMBULANCIA AMARILLA

Pablo Navarro Montes

22 años

Dos Hermanas (Sevilla).

En la fría y profunda cuchillada
de una noche sin mañana,
me subí a un taxi cualquiera
y empecé a hablar del tiempo,
de la soledad de los cuerpos
y de la injusta balanza del amor.
Le hablé de rosas desangradas,
de las golondrinas de Bécquer,
del perfume de la ausencia
y de las veces que me equivoqué
al despejar la incógnita del deseo.
Lo cierto es que el taxista solo
quería saber el destino del viaje
y yo, que trataba de encontrarlo,
tan solo supe hablarle de ti.

Navarro Montes.

2.5.- Obra Premiada en la Categoría Local Menores de 16 años de Poesía

ATRAPADA

Laura Zambrana Plaza
14 años
Dos Hermanas (Sevilla).

Abro los ojos.
"Duerme",
susurra mi oído
a mi alma.
Cierro los ojos.
"Despierta",
grita mi boca
a mis alas.
Levanto la cabeza
de la almohada
y chillo silencios
por mi cama.
"Guarda las palabras",
repito vez tras vez,
"mantén las olas del mar
en calma".
Respiro en el fondo
esperando encontrar
una respuesta,
pero solo puedo pestañear.
Incito a mis párpados a pecar.
El arco de mi cara
insiste en desistir
esta desoladora tarea.
"Levanta,
niña,
levanta",
repiten mis labios
cuando caminan.

Duele, desgarrar mi interior,
pero debo aguantar
hasta el final de mis noches.
Veo ilusiones rotas
esparcidas en vestidos,
y mis blusas
ya no saben mentir.
"Va a darse cuenta, huye".
Avanzo sin aliento
hacia mi cama,
de nuevo.
"Terminó por hoy",
me siento aliviada.
Abro los ojos.
"Despierta",
susurra mi oído
a mi alma.
Cierro los ojos.
"Muere",
grita mi boca
a mis alas.

Asfixia.

2.6.- Accésit de la Categoría Local Menores de 16 años de Poesía

PRESO DE TI

Pablo Salguero Capitán

12 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Soy un preso de tus labios,
preso de tu amor,
preso de tu alma y
tu corazón.

Mi prisión es tu alma,
mi prisión es tu ser,
mi prisión es tu vida y
tu amanecer.

El niño de azul.

AMÁNDONOS

Claudia Miranda Saborido

14 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Acaríciame el alma
hasta quedarme dormida,
y cuando lo haga, grítamelo bajito.
¿Me quieres?

Entonces te odiaré, te odiaré lindo,
por competir con mis sueños,
porque en ellos eres tuyo y no mío,
y mío y no tuyo.

¡Y qué absurdo y bonito
que resuene la misma pregunta
al hacerse el silencio!

Aunque no haya
más grito que este amor,
susúrrame que competirás de nuevo.

Entonces bésame la vida,
y dame amor con sexo,
y sexo con amor.

Entonces ámame mejor
y no tanto,
pero no tanto y mejor.

Y entonces rómpeme
todas las corazas
y no el corazón.

Así de locos querámonos
por encima de todas
nuestras posibilidades.

Porque querer

es mucho más importante
que las consecuencias.

Porque un equipo de dos
nunca fue tan completo.

Guíame.

3.- MENCIONES ESPECIALES
DEL

IV CERTAMEN LITERARIO
DOS HERMANAS DIVERTIDA

3.1.- Mención especial al Relato Corto con el
Mejor Mensaje por la Igualdad y contra la Violencia de Género

NOSOTROS SIEMPRE

Irene Reyes Noguerol

21 años

Sevilla.

Cristalito a cristalito entre los dientes.

Cristalito a cristalito y tan pequeño, indefenso, leve, casi aliento.
Cristalito a cristalito te me vuelves niño, paloma, violeta, reflejo.
Cristalito a mediodía, cristalito por las noches. Cristalito a cristalito
entre las sombras.

La tarde henchida de pasado y nosotros juntos, nosotros siempre,
tuya la mano sobre el hombro y yo en silencio, yo callada, yo dulce, yo
a tu lado. El mirlo encima de la rama abriendo la garganta en sinfonía
y nosotros uno, nosotros siempre. Sus alas sin peso sobre el aire, sobre
la brisa cuajada de nostalgia, sobre el viento ansioso de inocencia y
nosotros uno, nosotros siempre. Su cuerpo negrura suave, su pico de
primavera, sus ojos indecisos que nos miran —nosotros uno, nosotros
siempre—, nos miran y no quieren vernos, mirlo ligero que alza su
vuelo sin palabras, nos da la espalda y escapa sobre la duda de una
hoja que cae.

En la terraza, nosotros uno, nosotros siempre. Tu perfil alumbrado
de estrellas. Tu rostro esquivo bajo la noche y su pulmón sangrante, su
pecho encharcado de bruma, su boca entreabierta a la espera. Dentro, la
lámpara que parpadea, se apaga, se enciende, titila con celos de la luna,
nos advierte, nos hace señas que no veremos nunca.

La misma escena cada día y cómo no volver atrás, a la primera
piedra de esta rutina que no nos deja ir, nos toma del brazo y nos
reconduce de vuelta a la vida, a nosotros mismos, a esta felicidad que
vendemos, a esta perfección en equilibrio. Cómo no abandonarnos a los
principios, a las historias que contamos siempre, a los relatos que hacen

sonreír a los amigos, a la memoria manoseada y llena de arrugas que modificamos de nuevo, rejuvenecemos a nuestro gusto, maquillamos sin criterio para sacarla a pasear en público. Cómo no volver a imaginarte joven, a repasar tu figura de los dieciocho –qué son dieciocho años-, a rozarte sin dedos el pómulo hoy escondido, a recordar tu mirada a lo lejos, tu mirada quieta, tu mirada sin ondas, jamás irisada, dos pupilas que observan desde abajo, dos cristales huecos –cristalito a cristalito entre los dientes –.

Cómo no regresar a la ingenuidad de aquellas tardes recién casadas, a la ternura de un hombre todo orden, al cariño de la mano sobre mi espalda pequeña, mi cuello mínimo y frágil. Cómo no amar los horarios, la medida de la vida juntos, vida toda control, toda armonía. Cómo no recordar los pequeños detalles, el calendario enredado de consejos, la maraña líquida de la agenda reglada y siempre cumplida, las notas en la mesa que dicen *acuérdate*, dicen *frutería a las once y media*, dicen *dentista*, *hoy pasta*, *cerrajero*, *peluquería*, *basura*, *no te olvides*. Dicen todo y lo dicen siempre, la letra recta y afilada, pura disciplina, como tú, el trazo seguro y esmerado.

Cómo no regresar a la dulzura del hombre que se preocupa tanto, que lo gobierna todo, que regala sensatez y firmeza, opiniones justas, censuras con sentido. Me entrega su tiempo sin pedirlo, me trae el día estable y la sonrisa, me ofrece el juicio y la razón, su compañía, su presencia que llena la casa e impregna los muebles, las camas, el techo, lleva el control hasta el tejado, lo rocía, lo alicata, lo martillea al colgar los cuadros, lo aspira en la última mota de polvo, el último resquicio que grita aterrado, intenta huir, patea con fuerza sobre los pies grises y desaparece, es eliminado, pura expresión artística de la angustia que no se nos permite.

Cómo no volver atrás, cómo no revivir los momentos que no contamos, los días sola tras los visillos que se balancean, la luz de sombras, las aristas que la brisa no moldea. Las esquinas sospechosas de una casa ahora toda mía, el llanto de un niño que quiere comer y no es oído, las notas acumuladas en la mesa, los ángulos punzantes

del orden, el pinchazo vertical de la cuadrícula. Y esos ojos que dejas cuando vas al trabajo —cristalito a cristalito entre los dientes—, esos ojos bajos lo vigilan todo, controlan el tiempo y el espacio, me aconsejan amables si no estás, me siguen a la cocina, al baño, a la terraza, me sonríen y me animan desde lejos, donde no hay piso ni niño ni encierro, me palmean el hombro comprensivos, me recomiendan lo mejor y lo más práctico. Lo más conveniente siempre.

Cómo no verte de nuevo joven, bello, la imagen perfecta, incorruptible, el hombre solo vivo en la memoria, el esposo siempre pendiente, siempre atento y tan (por) encima de todo porque esto es lo que hemos elegido, esta losa en la espalda, este petróleo en las alas que decidieron no volar más, esta acidez en el pecho a cada sorbo, este corazón hundido en la marea.

La noche con su boca como un tajo y nosotros aquí, nosotros uno, mano a mano, sin mirarnos. Sus dientes de anciana amarilleando a lo lejos, su sonrisa vieja que observa de nuevo. Nosotros uno, nosotros siempre.

Hay un niño que me llama, hay un niño que grita, aúlla, muge, chillar, hay un niño que pide, pide, pide y que me mira con sus dos cristales quietos desde abajo, con sus pupilas que son también tú, con sus párpados vagos que también dicen sin decir nada, que también se me clavan tiernos y vigilan y acechan y dejan caer su peso en las costillas.

Tú lejos, tú ausente, tú fuera y sin embargo aquí a cada segundo, en el reloj y su metrónomo incansable, en los espejos que deforman y amenazan, en la cocina y sus cuchillos bajo llave que te sienten volver al caer la tarde, te huelen desde la escalera, te anuncian en el rellano, tiemblan impacientes cuando la cerradura cruje y por fin tú conmigo, tú siempre, tú a mi lado, la mano sobre el hombro que consuela, apoya, critica, la mano dura que habla con verbo de terciopelo, la mano y su advertencia entre los labios. Por fin tú para revisarlo todo y señalar el desperfecto, el polvo en aquella esquina que no he querido limpiar, la

mancha en la pared del pasillo, el roce de pintura en el salón. Por fin la seguridad y tú, la protección y tú, el consejo y tú, que vuelves cansado y nunca abrazas al niño que llora sin saber tu nombre, tu nombre plata y oro, tu nombre de padre imaginado, tu nombre susurrado bajito, bajito para que no te escuche, bajito y cuidadoso, bajito, me dices, bajito, más bajito y resuena bajito en mis entrañas tu voz de navaja.

Mi niña, mi cielo, mi amor, me dices, me arrullas y todo es perfecto, todo se parece a otros tiempos, todo sube al escenario y repite una vez más el monólogo cotidiano sin respuesta, luces, cámara, acción, la sala de cine o el patio de butacas, el público nos mira desde primera fila, nos ve y nos aplaude pero no nos toca ni nos besa ni nos siente como quiero. Hay gente en todas partes, hay ojos repartidos por la casa, ojos abiertos como una flor a medianoche, ojos líquidos que reptan hasta el cuello, ojos opacos que vuelven a esperar, sedientos de lo que nunca ocurre, el puño alzado, el rostro fijo, el grito ahogado en la sombra. Mil ojos insomnes al borde de la cama, en el techo, entre las sábanas, su blandura agarrada a la garganta que no habla porque no pasa nada, mi niña, mi cielo, mi amor, qué linda eres, qué chiquilla, qué sensible, nada, nada, nada, no sucede lo que tiene que suceder, no hay cardenales ni arañazos ni hinchazones porque todo está bien, mi niña, mi cielo, mi amor, respiramos juntos y no ocurre nada, tontita, estoy contigo, nada, la palabra basta, es suficiente, el veneno en el nombre humilla y esclaviza, es limpio, todo es limpio, no deja rastro, no hay defensa posible contra el miedo que solo palpita grave, marca la hora, no tiene huella ni oído ni manos que golpeen, solo son palabras y tus ojos, siempre ojos, solo ojos. Cristalito a cristalito entre los dientes.

La voz de un niño pide insomne. En la habitación, nosotros uno, nosotros siempre. El sol agujerando las persianas. El polvo acumulado, la mancha en la pared, el roce en el salón, el gris en las esquinas con su manto que me cubre mientras sueñas, me protege, me hace suya, mujer sucia llorando entre la bruma, mujer desecho bajo el polvo, la mancha, el roce, mujer despojo de ilusiones rotas.

Ahora la mañana y su obelisco rasgando el cielo y la esperanza. La casa despierta con sus ojos sin cuerpo, con sus ojos sin alma sobre el corazón pequeño, con sus ojos de vidrio que vigilan desde la lámpara encendida –parpadea, se apaga, titila con celos de la luna-, desde la lámpara que tiembla y que se rompe sin palabras, lentamente, dulcemente, cristales raídos que restallan, que machaco, que hago míos, cristalito a cristalito entre las sombras, cristalito a cristalito mientras duermes.

A lo lejos, el maullido de un niño. La luz tras los visillos. La casa tuerta que me mira y que no habla. El desayuno esperando en la cocina. La sonrisa de un mirlo en la ventana. El bocado que te aguarda soñoliento, el bocado que masticas sin saberlo.

Cristalito a cristalito entre los dientes.

Ángeles Guerreros.

3.2.- Mención especial al Poema con el
Mejor Mensaje por la Igualdad y contra la Violencia de Género

ELLAS

Nuria Hernández González

35 años

Leganés (Madrid).

Un aplauso a las voces disidentes
a los atardeceres
llenos de gargantas
que gritan a la luna para que salga
e imponga
 su inclinada
 sensatez.

Un aplauso al valor
de aquellas que se bañan
en las nerviosas aguas del presente
con la lengua empapada
de la noche.
A las que dicen basta
a las valientes
a las que no pudieron
y a las que se defienden.
A las que con sus manos
de trabajo incansable
alentaron la lucha
de todas las demás.
Una ovación al viento
de niñas y mujeres
que con su impulso mueven
las hendidas paredes
de la autoridad.

Leonora Klint.

PROMETO SEGUIR BAILANDO

Francisco Javier Ramos Daza

31 años

Dos Hermanas (Sevilla).

La noche es joven. Verónica baila como si nunca antes lo hubiese hecho de verdad. Todo su ser parece mecerse bajo un ritmo que juraría que está compuesto solo para ella. Siente el abrazo cálido de la música, como el amante perfecto que solo tendría vida en su imaginación. Todo le parece nuevo; el frío de la pista de baile bajo sus pies descalzos, las luces de colores que dispara intermitentemente, a su antojo, una bola de cristal colgada en el techo, el aire que arrastra vestigios de un agradable perfume que parece cortejarla para dejarle ser parte de su propio olor corporal...

Y así, con una sonrisa ínfima, tan imperceptible que casi se podría decir que nunca ha tenido lugar, ella lo acepta.

Es una noche especial, los focos parecen saberlo, y aunque guarden el secreto, derraman su luz blanca sobre su figura para que todo aquel que la vea pueda disfrutar de su coreografía, unos pasos orquestados por el retumbar de una lucha que libra en su alma. Cada movimiento es un golpe dirigido a su propio reflejo distorsionado, cada giro de cadera, cada salto de sus pies, es un rugido que intenta ahogar la voz que la incita a seguirla hasta los baños.

Y grita «¡no!», aunque su sonrisa no se diluya en ningún momento.

Su reflejo parece molestarse, una burla, una parodia, un cascarón roto de lo que fue ella misma no hace mucho tiempo...

«Solo será una última vez», le dice. «Una última vez»

Son mentiras, promesas sin peso alguno, excusas marchitas que podría recitar de memoria. Se las conocía todas, y su madre, mejor que ella misma.

Es un día especial, y aunque solo sea un viernes por la noche para todos los que la rodean, sumergidos en sus propios bailes, en sus propias historias, para ella lo es todo. Un bautismo, sus primeros pasos, sus primeras palabras... su primera noche sin drogas.

Mientras baila sobre una pista que la recuerda de la peor forma, le pide perdón. Siempre le ha gustado bailar, desahogarse de una forma donde las palabras no son nada, expresarse con cada parte de su cuerpo bajo el ritmo que le brindan los altavoces, disfrutar sin tener que pagar por ello...

Así que, bailando, le pide perdón. Le pide perdón por como la trató, sin respeto, sin ritmo, sin pensar en el daño que se estaba haciendo, sin ser consciente de que estaba mancillando lo único que más le gustaba hacer en este mundo.

La pista de baile parece responderle, pues nota que hay más sitio libre a su alrededor.

«Tranquila», parece escuchar. «Este momento es todo tuyo, no hay nada que perdonar».

Verónica aúlla, contenta, renacida y resplandeciente, cuando el volumen de la música parece prometer reventar cada vaso de cristal. Siente que el resto del mundo no importa, y quiere hacerse oír hasta desfallecer. Es un arranque de vida, un destello cálido que porta una sensación de triunfo, un susurro que lleva consigo una verdad desnuda... de que todo irá bien.

El camino será largo. Será duro. Dolerá. Pero todo irá bien.

Siente la vibración del móvil en el bolsillo de su pantalón. Es su madre. Hora de irse.

Pasa por la barra, y ni siquiera les dedica una mirada a sus antiguas amigas que la observan como si vieran pasar una criatura mitológica.

No son sus amigas, se recuerda. Las amigas de verdad no le hubieran ofrecido tomar nada en su primer día fuera del centro de desintoxicación.

El aire fresco del exterior es un bálsamo relajante para sus pulmones, para su cuerpo que guarda el calor latente de una prueba forjada en fuego. El fuego de un exadicto...

Necesitaba hacer esto. Volver a su antigua vida con nuevos pasos, sin huir ni sentir vergüenza.

Verónica ve el coche de su madre y se dirige a él como si reclamase ser el centro del universo. Se siente así. Con la cabeza bien alta, con una mirada radiante, se sienta a su lado y se abrocha el cinturón, lista para irse a casa.

—¿Todo bien, cariño? —le pregunta a su hija, con un hilillo de inquietud en su voz

—Todo bien, mamá.

Su madre la mira. Sus ojos buscan sus pupilas, sin querer encontrar nada del todo. De hacerlo, le rompería de nuevo el corazón.

Verónica agarra sus manos con ternura, un gesto que guarda una promesa silenciosa.

—Tranquila. Todo va bien —le dice Verónica, dedicándole una sonrisa sincera.

No la culpa por desconfiar. Tiene todo el derecho del mundo.

Mientras salen del aparcamiento, Verónica piensa en todas las veces que le ha dicho «Tranquila, mamá», palabras que ni ella misma llegó a creer, mentiras, que no podía evitar vomitar. Pero ahora, en esta noche, Verónica está empezando a creer de verdad...

Sus ojos observan las estrellas de un cielo despejado, retazos de luz que le devuelven la mirada con cierta alegría y esperanza.

«Puedo hacerlo» se dice a sí misma, y sonrío.

Mañana volverá a bailar.

Pepi.

4.- SELECCIÓN DE OBRAS
DEL

IV CERTAMEN LITERARIO
DOS HERMANAS DIVERTIDA

4.- Selección de obras del IV Certamen Literario Dos Hermanas Divertida

4.1.- RELATOS

LA CONMOVEDORA HISTORIA DE HUGO

Fernando Cala Sánchez

12 años

Dos Hermanas (Sevilla).

En un piso muy pequeño, vivía Hugo con su familia.

Hugo nació muy, muy pequeño, era prematuro, tenía el pelo rubio como un limón, ojos grandes que no le cabían en la cara, su piel era blanca como la leche.

Hugo era un niño muy especial le encantaba correr y saltar. Siempre estaba muy inquieto, no paraba ni un segundo, le costaba mucho mantener la atención, no era capaz de estar sentado, no sabía cómo relacionarse con otros niños o incluso con adultos, cuando le querían dar besos y abrazos reaccionaba pegando.

Cuando Hugo fue al colegio, le gustaba ir en bicicleta con sus padres. En clase no era capaz de hacer fichas, colorear, sostener el lápiz, coger pegatinas, hacer puzles, pintar con los dedos, jugar en los rincones y no era capaz de estar sentado en la asamblea.

A la salida del colegio, la mamá de Hugo le preguntaba: “¿Qué has hecho en el colegio Hugo?” y Hugo decía “comer el bocadillo”. Hugo, aunque era un niño con necesidades especiales, charlaba por los codos, aunque a veces no se le entendía nada.

Todas las tardes después del colegio Hugo tenía como asignatura obligatoria desfogar, correr, saltar, montarse en el columpio, tirarse por el tobogán, jugar en la tierra. Hugo siempre jugaba solo cuando no había nadie en el parque. Casi siempre jugaba con papá, mamá, su hermano mayor, pero con la que más jugaba era con su perrita Zara.

Hugo estaba jugando en el parque, y aunque había otros niños, jugaba en solitario.

Hugo, cuando llegaba a casa del parque, se lavaba las manos con ayuda de mamá. Para que se quedara sentado no había más remedio de amarrarlo en la trona para almorzar y que estuviera quieto mientras que mamá le servía la comida. A Hugo le encantaba comer de todo, menos la fruta y algunas texturas diferentes como la gelatina.

Por las tardes, Hugo iba a terapia para mejorar el lenguaje, aprender a jugar y relacionarse con otros niños. Las terapias siempre eran individuales, pero en algunas ocasiones hacía secciones grupales con otros niños con las mismas características que Hugo. En las terapias Hugo no reaccionaba bien, era mejor suprimirlas, puesto que no avanzaba la sección, ya que trabajaba mejor en solitario, aunque era muy necesaria la sección grupal para mejorar las conductas de Hugo.

Hugo de vuelta a casa iba en coche con mamá y papá. En el coche mamá jugaba con Hugo: “¿Qué ves, Hugo?”. Hugo decía: “Veo un coche rojo”. Mamá: “Yo veo puente”. Papá: “Yo veo un camión”. Hugo: “Yo veo un círculo azul”. Era una señal de tráfico. Así hasta llegar a casa.

Aunque a veces iba andando, el camino era muy largo. Hugo iba en el carro con mamá, pues mamá no tenía coche. Mamá tenía que ir andando desde Montequinto hasta Dos Hermanas de vuelta a casa. Hugo no quería montarse en el carro, decía “pipí, pipí, mamá tengo pipí. Me quiero bajar, por favor”.

Mamá paraba el carro para bajar a Hugo, hacía pipí en un árbol, pero luego no se quería subir. Entonces mamá le decía “Hugo, ¿quieres merendar?”. Hugo decía: “Sí, zumo, zumo”. Mamá decía: “Si quieres zumo te tienes que subir al carro”. Con mucho trabajo, mamá conseguía montarlo de nuevo en el carro. Hugo se tomaba el zumo en dos segundos, mamá abría el paquete de galletas, le daba dos galletas, una en cada mano. Hugo se las comía de dos en dos. Entonces

mamá aprovechaba para meter el turbo en el carro, porque sabía que cuando Hugo se quedara sin galletas estaría perdida. Entonces a Hugo lo tendría que volver a bajar y como último recurso tenía gusanitos naranjas, le encantaban a Hugo.

Por fin llegaba a casa. Entonces había que trabajar con Hugo la psicomotricidad fina, con juegos educativos para agarrar la pinza, intentando que hiciera puzzles, pintar líneas verticales, horizontales, usar el punzón, hacer bolitas con la plastilina, pintura de dedos, cada actividad no duraba más de dos segundos... mamá tardaba más en preparar la actividad que en Hugo decir "a recoger, cada cosita a su lugar".

Cuando llegaba la hora del baño, Hugo disfrutaba mucho del agua, le llenábamos la bañera y Hugo decía: "quiero el barco grande, el barco pequeño, el pulpo, el nene, el libro de plástico".

Y se llevaba jugando un ratito, charlando solo. Mientras, su mamá lo enjabonaba. Al terminar, mamá lo secaba con una toalla de tigre.

Hugo ayudaba a papá a preparar la cena o a poner la mesa. Ahí aprovechaba mamá para bañarse y dedicarle tiempo a su hijo mayor al salir del baño, ya que mamá tenía su corazón dividido. Entonces era cuando charlaban, reían, sacaban a su perrita Zara juntos, ya que Hugo acaparaba toda la atención de mamá, mientras que estaba junto a papá.

Al subir a casa, mamá estaba junto a su hijo mayor y su perrita Zara. Hugo decía: "Zara bonita" y "mi Zara". En cambio, a mamá y a su hermano mayor les daba un empujón al acercarnos a darle un beso.

Papá ya tenía preparada la cena, entonces nos lavamos las manos y nos sentamos a cenar. No queda más remedio que amarrarlo en la trona para que permanezca sentado. A Hugo el pescado le encanta. Mamá con mucho cuidado le quita las espinas y las va repartiendo a cada uno en su plato.

Hugo siempre decía “quiero más” a mamá. No le daba tiempo de pelar el pescado cuando Hugo pedía más. Para tragar, a veces se le hacía una bola, así que le dábamos un trozo de pan y Hugo decía: “Agua, quiero agua”. Entonces mamá le daba su botella de agua. Cuando Hugo se ensuciaba no soportaba estar sucio, continuamente decía me he manchado dame una servilleta. Hugo decía: “Quiero un *petit*”. Una vez había terminado, mamá le traía el postre.

Una vez terminada la cena recogíamos la mesa todos juntos. Las sobras Hugo siempre se las daba a Zara. Cuando ya lo habíamos recogido todo a papá le encantaban las películas. Entonces Hugo y yo, su hermano, íbamos a por gominolas: gusanitos, palomitas, algodón de azúcar, etc. Había veces que mamá se quedaba dormida incluso antes de ver la película de lo cansada que estaba.

Hugo terminaba de ver la película, incluso papá podía leerle nueve cuentos y seguía con los ojos abiertos de par en par, le costaba mucho dormirse. Otras veces se los leía yo, el increíble hermano, pero no servía de nada y todo para que mis padres tengan un rato de descanso. Hugo necesitaba unas gotas para dormir, llamadas Melatonina. Era natural, no era ningún sedante. Pero desgraciadamente esas gotas no hacían milagros.

Cuando por fin Hugo se había dormido, se escuchaba un inmenso silencio. Entonces nos íbamos a descansar, incluso Zara. Pero muy, muy tarde, todas las noches, Hugo se ponía a llorar. Él seguía dormido, pero chillaba, lloraba, daba patadas, sin saber muy bien qué le pasaba. Él continuaba dormido, tenía como miedos o pesadillas nocturnas. Entonces, de repente, con solo tumbarte junto a él, por fin se dormía y el silencio de la noche por fin aparecía.

Kevin Warrior.

EL GLOBO VOLADOR

Ángela Parrilla Portillo
Alba María Labrador Mateo
Marina Salguero Rico
13 años, 13 años y 12 años.
Dos Hermanas (Sevilla).

Érase una vez un globo llamado Globi que dio la vuelta al mundo en menos de un segundo con su amigo Raimundo.

Era una mañana soleada. Globi salió a dar un vuelo para despejarse, cuando...

—¡Oh! ¿Por qué no dar la vuelta a la Tierra con Raimundo, el vagabundo? Él sabe muchas cosas del mundo.

—Oye, don Raimundo, ¿vienes a dar la vuelta al mundo?

—¡Sí, claro, Globi! Será nuestro hobby.

A la mañana siguiente ya tenían sus maletas llenas de aire, hechas y derechas.

Primero fueron a China, donde compraron muchas pasminas.

Después, a Roma. Allí parecía que grababan una toma, con su amiga la paloma que se desploma contra la farola y gana muchos diplomas.

Más tarde, a Estados Unidos, donde estaban reunidos sus amigos, los periquitos. En una calle se escuchaban crujidos, chirridos y bufidos hasta que...

—¡Oh! Es mi amigo el caballo que ya no quiere seguir callado.

Luego, a Australia, donde estaba su amigo que venía de Italia, que llevaba una sola sandalia.

Seguidamente, a África, donde estaba su amiga la rana Juana, de Triana.

Por último, a las islas Canarias, lugar de residencia de su amiga la millonaria.

De esta manera, Globi da la vuelta al mundo con su amigo Raimundo, el vagabundo, que le enseña cosas del mundo.

Así acaba esta historia giratoria, escrita por mi amiga la zanahoria.

Globo.

ACUSANDO A UNA INOCENTE

Lucía Gómez Rodríguez

13 años

Dos Hermanas (Sevilla).

— ¡Protesto! — me levanto y apunto con el dedo a la pobre mujer que está sentada en la silla del acusado.

Sé que ella no ha hecho nada, no sé cómo demostrarlo, pero simplemente lo sé. Me fustigaré toda la vida maldiciendo la hora en la que acusé a una chica inocente, pero me habían contratado para ello. Ella no para de temblar y comienza a llorar otra vez, la gente le grita cosas que prefiero no contaros, la tensión en el ambiente podría cortarse con un cuchillo.

— La acusada no tiene pruebas de dónde estuvo en la hora del crimen, no puede demostrar que...

— Protesto. — Su abogado defensor entra en escena y me salva de decir las fatídicas palabras que pesarían en mi conciencia como una losa.

— Mi cliente puede demostrarlo, a la hora del crimen estaba con su madre. — Sonrío para mis adentros, menos mal que tiene pruebas. Pero no puedo darles tregua, tengo que hacer aquello para lo que me que me han contratado.

— Disculpe Señor... ¿Smith? Bueno, es igual. Su cliente puede demostrar eso, vale, pero ¿qué hay del arma del crimen? Le recuerdo que se encontró en su mochila, ¡manchada con la sangre de la víctima!
— El jurado lanza una exclamación de horror, el abogado defensor enmudece, la acusada no para de llorar...

— ¡¡Asesina!! — una voz se alza desde el jurado, luego todos corean este horrible himno. Parecen romanos gritando por la muerte del gladiador, y yo me siento un César maligno que con gran disfrute baja el dedo para informar sobre su sentencia.

Veo que el abogado se echa las manos a la cabeza y empieza a tirarse del pelo, está histérico. ¡Por Dios y todos los ángeles del cielo! ¡Espero que se saque una prueba de la manga! La gente sigue gritando, pero yo casi no les escucho, estoy como en un sueño, no puedo reaccionar.

— ¡Orden, orden! — pide el juez mirando a la pobre mujer con una mirada que podría haberla matado en el acto, si las miradas matasen. Levanta el mazo y aporrea la mesa como si no hubiese un mañana, está muy enfadado, quiere meter entre rejas a esta pobre chica que no para de llorar y decir que es inocente, que no hizo nada. La observo, las lágrimas le surcan el rostro, el pelo negro se le pega a la frente en mechones rebeldes que quieren ocultar esos llorosos ojos ambarinos. ¡Ay, si tuviese pruebas de que es inocente! Pero no las tengo, y esta chica será llevada al corredor de la muerte si su abogado no se saca de la manga algún truco, algún impedimento legal, algo, cualquier cosa con la que ella pueda quedar libre y busquemos al verdadero asesino.

— Fiscal Murdock, proceda con la acusación.

— Por supuesto, señoría.

El silencio es sepulcral, se me ha puesto la carne de gallina, ¡no puedo seguir con esto! Siento que mis ojos se llenan de lágrimas, ¡debo controlarlas! A mi jefe no le gustará verme llorar en medio del caso, pero yo sé que ella le amaba, ¡ella es incapaz de matar a nadie, y menos a su hermano! Pero sigo adelante, y me odio por eso.

— Bien, según estas fotos, la señorita escondía el cuchillo en su mochila. Como pueden ver, está manchado de sangre, y según este examen genético que le hicimos al arma, ¡el ADN concuerda con el de la víctima! Bien, señorita Whitelaw, ¿cómo nos explica esto?

Ella está en shock, no puede hablar, su abogado me mira con odio. Observo con impotencia cómo ella se echa a llorar mientras grita que ella no mató a su hermano, que le amaba más que a nada en el mundo, que ella no hizo nada, que es inocente. La observo impasible mientras en mi interior estoy gritando de dolor, convencida de que ganaré el caso. ¿La victoria puede saber a ácido sulfúrico? Porque es el sabor que tiene para mí.

— ¡Orden, orden! — el juez sigue intentando calmar a los asistentes, pero sin éxito. El asunto es demasiado grave. Todo el mundo tenía aprecio a ese bombero, ya que salvó a un bebé de un incendio, solo tres días antes de su muerte. Un momento, ¿lo matarían por eso? No, es imposible, demasiado inverosímil. Aquello fue un acto heroico, ¿por qué iba alguien a querer matarlo por un acto tan valiente, tan respetable? Espera, ¡ya lo tengo! ¡Por eso ella es inocente! Ella se sentía orgullosa de su hermano, y si lo mataron por eso... ¡Ya lo tengo, sé quién es el asesino!

— ¡Espere un momento, señorita! — El corazón me va a mil por hora, mi dedo se dirige hacia el juez, que me mira con una cara que mezcla las expresiones de asombro y enojo.

— ¡Ohhhhh! — el jurado se horroriza, me miran como si me hubiese vuelto loca.

— ¿Qué le ocurre, fiscal?

— Hay un asunto que se nos ha pasado por alto al juzgar a la acusada. — El abogado defensor alza sus ojos hacia mí, un atisbo de esperanza asoma en ellos. La señorita Whitelaw levanta la vista del suelo y deja de llorar durante un instante.

— ¿Cuál, señorita? — pregunta el juez realmente interesado.

— Mataron al hermano de la acusada tres días después de que salvase al bebé de ese incendio, hecho por el cual recibió una medalla

al valor. Yo les planteo una cuestión, señoras y señores del jurado, ¿y si ese fuese el motivo por el cual le mataron? — El juez me mira extrañado, la sala enmudece.

— No me parece lógico, fiscal, ese fue un acto que demostró la integridad del fallecido, ¿por qué le matarían por eso?

— Se le olvida algo señor juez, o mejor dicho, alguien.

— ¿Alguien? ¿Quién se nos olvida según usted, fiscal? — Mi jefe me mira con una mirada asesina, pero no me importa, necesito demostrar que ella es inocente.

— Tomas Cobain

— ¿Cobain? ¿El mejor amigo de la víctima?

— Sé que puede parecer extraño, señoría, pero recuerde su testimonio.

Tomo la ficha del caso y la abro por el testimonio de Tomas Cobain, desde el principio me había parecido extraño, pero ahora entiendo qué es lo que no cuadra.

— «Estaba en casa de mi novia, Kat, luego salí a tomar el aire. Fui a comprar y luego volví a casa». Bien, según Tomas fue a comprar a las diez y media de la noche, veinte minutos antes de que se produjera el crimen. Le dio tiempo, perfectamente, de ir a casa de su amigo, matarlo y luego entrar en el supermercado para no provocar sospechas. Aprovechando que tarda cuarenta minutos en ir al supermercado donde dice que se encontraba a la hora del crimen, pudo matar a su amigo, y luego dirigirse al supermercado. Con la simple excusa de que había mucha gente, se puede apartar de toda sospecha. A la hora a la que llegó a su casa fue a las... ¿Doce de la noche? ¿Estoy en lo cierto? — Kat, la novia de Tomas, que se encuentra entre los asistentes, asiente lentamente con la cabeza —. Bien, ahora, señoría, ¿ve lo que yo

veo? Tomas y Ryan entraron juntos al edificio en llamas, con el mismo propósito, pero solo Ryan se llevó el mérito. Eso pudo enfurecerle, ya que él también entró. ¿Por qué iba su hermana, su inocente y adorada hermana, a matarle cuando su mejor amigo le odiaba por lo que hizo? ¿Me equivoco, Tomas? – Tomas enrojece de ira y se levanta. Comienza a avanzar hacia mí, toda la fachada de hombre inocente y respetable que tenía el día en el que le interrogaron, destruida completamente. Al llegar hasta mí, alzó los brazos y aplaudiendo sarcásticamente gritó:

– Bravo, señorita Murdock. Es usted más inteligente de lo que me había imaginado. Sí, tiene razón, ¡yo le maté! – El jurado enmudece –, ¡era un idiota! Al salir del edificio, con el bebé en brazos, triunfante, yo, yo, ¡me enfurecí! ¡Yo había seguido el llanto del niño, yo le encontré! Y él se llevó toda la gloria, la atención. Sin mí hubiera seguido siendo un cero a la izquierda, ¡todo lo que consiguió lo consiguió gracias a mí! Ahora, señoras y señores del jurado, ¡atrévase a decir que soy un criminal! – Los guardias le arrestaron, mientras él gritaba que Ryan se lo merecía, que él solo hizo lo correcto.

Al día siguiente, en el New York Times:

FISCAL DESCUBRE AL VERDADERO ASESINO

La fiscal del caso “Ryan”, Leticia Murdock, descubrió ayer, durante el juicio, que la señorita Anna Whitelaw era inocente de los cargos de los que se le acusaba. En un momento de inspiración divina, se dio cuenta de que el mejor amigo de la víctima, Tomas Cobain, había asesinado a su amigo por los méritos obtenidos por el acto heroico que este realizó al salvar a ese bebé de las llamas. Leticia se percató a cuenta de que había algo extraño en la hora a la que Tomas fue al supermercado y la hora en la que Ryan Whitelaw fue asesinado. Según la fiscal, Tomas, mataría a su amigo y luego iría al supermercado para no levantar sospechas. Todo Nueva York está de luto por la muerte de este héroe y agradecida a esta intrépida mujer por descubrir la verdad. ¿Será el último gran logro que efectuará esta maravillosa joven? Seguro que no, su carrera se dirige hacia lo más alto, todos lo predijimos.

Gracias, Leticia Murdock, por haber sacado de las calles de Nueva York a un asesino tan terrible como Tomas Cobain. Le aseguramos una carrera llena de éxitos, mucha suerte.

Lucía Bootello Galindo.

LA GRAN INCÓGNITA

Alejandro Plaza Hervás

13 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Aquella mañana, el amanecer dejó sentir el silencio y la humedad que, con el rocío de la madrugada, bañaba infinidad de plantas en aquel jardín maravilloso.

Poco a poco, todas las aves llegaban sigilosas junto a aquel viejo tronco, el mismo que serviría de trono o sillón para la dueña y ama de aquellas tierras. Fueron formando un círculo junto a aquel acebuche centenario a la espera.

Los primeros rayos de sol penetraban entre las hojas y ramas, que junto con aquel suelo frío, se convertían en una bruma multicolor.

Pronto, el silencio quedó roto al contemplar a la Reina del lugar, que sin medir palabra alguna, recorrió con su mirada cada rincón de aquel círculo. Comenzó una fiesta de cantos sonoros, todos queriendo contentar a la dueña del más hermoso jardín que haya existido.

Aquellas aves le regalaban sus mejores cantos, formando una sinfonía marismeña. Sus plumajes parecían un telar lleno de colorido, para la mejor Reina de aquel paraíso.

Entre tanto canto, color y rayos de sol, la Señora fijó su mirada detrás de una pequeña rama de eucalipto, donde tímidamente aparecía una bolita de plumas con un pico grande.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la Señora.

—No tengo nombre.

—¿Tú qué me traes? —preguntó muy bajito la Gran Señora.

—Yo no puedo ofrecerte nada, no canto como los demás y mis plumas no tienen tanto colorido, lo único que puedo hacer es ofrecerte yo —respondió después de guardar silencio.

La Señora quedó pensativa.

—Como eres pequeño, tus plumas son grises y marrones y tienes un pico chico y gordo, te llamaras Gorrión —le dijo después de mirarlo una y otra vez.

Aquel pájaro empezó a dar trinos de alegría uniéndose a los demás, pues la Gran Señora le había dado un nombre.

De pronto, el ladrido de unos perros ahuyentó a todas las aves allí reunidas, ¿a todas? A todas no, pues el pequeño gorrión permaneció a los pies de la Gran Señora.

—¿Y tú, no te marchas con los demás? —le preguntó la Gran Dama.

—Yo me he entregado por entero a vuestra persona, así que no tengo miedo y permaneceré a su lado para cuando usted me necesite —respondió el pequeño gorrión.

—Mi pequeño de plumas grises y pico gordo, desde ahora en adelante serás mi fiel guardián y esto pasará de padres a hijos, de generación en generación —sentenció la Señora.

Han pasado muchos siglos desde entonces y donde todo era verde, el hombre construye y construye en nombre de la Gran Señora. Así, donde se reunieron todas las aves, hoy existe una gran ermita blanca y junto a ella, un pequeño pocito donde los pájaros suelen beber.

Todo está cambiado, excepto el pequeño gorrión que sigue fiel a su palabra. Desde cualquier espadaña, tejado o rincón de la ermita seguirá siendo el guardián silencioso de la señora.

No se lo cuentes a nadie. Este será nuestro gran secreto.

Garabato.

QUISIERA VOLVER AL PASADO

Alba López Ortuño

13 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Mi nombre es Noelia y tengo muchos complejos, bueno, demasiados. Además, no me gusta mi vida, estoy demasiado estresada: los exámenes, mis compañeros y compañeras de clase no quieren estar conmigo, mis padres me riñen mucho, no tengo apenas amigos...

Un día decidí que no quería vivir más. Cogí un cuchillo y me corté las venas. Lo que yo no sabía es que iba a aparecer en un nuevo cuerpo, en una nueva vida, con una nueva casa, en una nueva ciudad... Cuando me di cuenta de que tenía un nuevo aspecto físico comprendí que me había reencarnado en una nueva persona. Yo confiaba en que esa nueva vida iba a ser mucho mejor que la anterior. Ahora me llamo Miriam, vivo en una casa modesta, voy a un colegio público, tengo varios amigos... En fin, estoy súper contenta con mi nueva vida.

Sin embargo, un jueves por la tarde, oí a mis padres llorar. Fui corriendo a ver qué pasaba porque mis padres nunca lloran. No me querían decir nada, decían que ya me daría cuenta. Así que, frustrada, me fui a mi habitación porque quería saber lo que ocurría.

Como soy un poco cotilla, volví al salón donde estaban mis padres pero no entré, me escondí detrás de la pared y escuché:

—No, Luis, no quiero... Nunca pensé que nos pasaría esto... —decía mamá.

—Ni yo Ana, ni yo... pero tenemos que salir de aquí pronto y no tenemos ningún sitio donde ir... Nuestra familia por desgracia ya no se encuentra en este mundo... —añadía papá.

— Hay que decírselo a Miriam de alguna manera...

— Ya... voy a ir a decírselo... — concluyó papá.

Cuando escuché esa última frase empecé a correr a mi habitación para que no me pillaran, y por suerte, lo logré. Llegué a mi habitación y empecé a pensar en qué habría podido pasar. Cuando mi padre entró, se sentó en la cama y se quedó callado. Parecía que no sabía cómo contármelo. Lo primero que me dijo fue que nos teníamos que mudar y yo me creía que nos íbamos a una casa mejor pero no, nos quitaban la casa y nos teníamos que ir a vivir a algún lado y no sabíamos dónde.

Ahora, en este mismo instante, me encuentro en el centro de mi ciudad, Villaote, sentada en el suelo, al lado de un supermercado, con la mano extendida pidiendo dinero. Sí, estoy sola. Mis padres han ido a otros sitios de la ciudad a intentar conseguir algo de dinero. Yo, por ahora, solo tengo algunos céntimos que no me sirven para nada, porque toda la comida es muy cara... Lo único que tengo es esta libreta vieja, un lápiz, una mochila con alguna ropa y una manta.

Ahora lo pienso y debería haberme quedado en mi antigua vida, en esa vida no pasaba hambre y los problemas que tenía los podía arreglar o al menos intentarlo. En cambio, los problemas que tengo ahora no se pueden arreglar tan fácilmente.

Si alguien lee esto, quería decirle que no se queje de lo que tiene, le podría haber tocado una vida mucho peor.

Señora Right.

SUEÑOS DE UN ACRÓBATA

Antonio Benítez Berlanga

13 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Era una tarde de lluvia. Me encontraba en casa solo, debido a que mis padres estaban de viaje de negocios. Ese día muchas cosas pasaban por mi cabeza. Me notaba muy raro, sentía cómo cada movimiento que hacía era cada vez más lento. Mi cuerpo era súper pesado.

Pasaban las horas y parecía que me encontraba mejor. Al rato sonó el teléfono. Lo cogí: “¿Nieto?”. Fue la primera palabra que escuché. Me dispuse a hablar, cuando de repente colgaron. No le di importancia. Seguidamente, escuché cómo alguien golpeaba la puerta. Me dirigí hacia allí y volví a escuchar: “¿Nieto?”. Contesté con un “¿abuelo?”. Nadie dijo nada. Me aproximé a la puerta y, antes de llegar, volvieron a llamar. Pensé dejar entrar definitivamente a quien fuera. Me armé de fuerza y valor. Era mi abuelo, pero notaba algo raro en él. Una expresión poco habitual en su cara. Me dijo una frase en inglés. Se acercó a mi oído y me susurró: “Believe in yourself”. En cuanto lo hizo, sin echar la vista atrás, se fue corriendo.

Fueron pasando los días y cada vez sabía menos de mis padres ni ningún familiar. Estaba extrañándolos un poco. Me sentía triste por no saber qué hacer. También estaba muy agobiado, ya que tuve que dejar el instituto por temas de bullying. Pasé un verdadero infierno y desde entonces me he fortalecido como persona y he sabido controlarme en las situaciones difíciles.

Como continuaba sin saber nada de mis padres, decidí ganarme la vida por mí mismo. Mis progenitores, desde pequeños trabajaban de acróbatas, al igual que mi abuelo. Eso de las acrobacias siempre me ha llamado la atención y me ha gustado. En ese momento decidí aprender algunas para trabajar en un circo o dando clases, lo que fuese

para poder permitirme algunas cosas básicas, como comer. Ese mismo día empecé a practicar, a ver vídeos en redes sociales y por Internet. Cada vez que algo no me salía bien pensaba en lo que me dijo mi abuelo Believe in yourself. Eso me daba ánimos para seguir.

Pasaron cinco meses y seguía sin saber nada de mis padres. Seguía a mi rollo. Sabía lo suficiente para poder trabajar en un circo. Pero después de dos semanas me di cuenta de que eso no me rentaba. Me pagaban menos por no tener contrato, ya que era menor de edad y echaba más horas que los demás trabajadores. Decidí irme y buscar algo mejor. Opté por dar clases de acrobacias, ya que era lo único que tenía, a diez euros la hora.

A los dos meses recibí una carta en mi domicilio que decía: “Si quieres ver a tus padres de nuevo, acude a la vieja fábrica de la ciudad”. Sin pensármelo dos veces decidí ir. Al llegar allí, vi a mis padres en una especie de jaula, inconscientes. De repente, de una puerta salió mi abuelo. Nada más verme, me dijo: “Has tardado demasiado. Si quieres ver a tus padres con vida, me vas a tener que ganar en un duelo de acrobacias. Si vences, te dejaré ir; si no, morirás con tus padres”. Acepté, movido por la violencia y brutalidad que noté en sus palabras, pero no estaba muy seguro de si debía hacerlo. Mi abuelo no era el mismo de siempre. El color de sus ojos había cambiado a un tono rojizo y su color de piel, a un tono más oscuro. Nos enfrentamos y acabé perdiendo porque mi abuelo llevaba practicando desde muy joven, ya que en esa época no podía permitirse otra cosa para ganarse la vida. Me retuvo y me dijo, ahora sí con un tono muy amable: “¡Has superado la prueba!”. De repente, mis padres se levantaron y me explicaron lo que pasaba. Era una prueba de autosuperación donde debía demostrar qué sería capaz de hacer en una situación donde no tuviese a nadie. No salía de mi asombro. Todo me seguía resultando muy extraño. Después de todo eso, nos dirigimos a casa.

Algún tiempo después, mis padres, sin oponerse lo más mínimo a mi abandono de los estudios, me consiguieron un trabajo de acróbata. Seguía sin creérmelo. ¡Qué raro era todo!

Ahora sí era razonable el trato que recibía, la cantidad de dinero que ganaba y las horas que echaba allí. Me parecía increíble tener un trabajo donde hacía lo que me gustaba. Pero...

“Hijo, hijo, despierta. ¿No has oído la alarma del despertador? ¡Vas a llegar tarde al instituto!”, sonaba la voz de mi madre como si estuviese al final de un túnel muy, muy largo.

No salía de mi asombro. Poco a poco me daba cuenta de que todo había sido un sueño. Nada era verdad...

No me quedó más remedio que seguir con mi vida tal cual era y actuar como si nada hubiera sucedido. En definitiva, los sueños, sueños son.

El reloj del tiempo.

PÁJARO O ÁNGEL DE LA GUARDA

Mar Baena García

14 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Aquel caluroso día de verano, me levante con el ánimo un poco bajo, sin razón ninguna. Miré por la ventana y en pocos segundos vi pasar a un pequeño pajarillo; Era blanco, blanco brillante, desprendía felicidad y al verlo pensé: «Qué libre debe de sentirse, sin una rutina la cual debe seguir, que no tenga que trabajar ni hacer las tareas de la casa ni coger el coche o el autobús para ir de un sitio a otro. ¡Qué suerte tiene!».

Como cada día hice el desayuno para mí, para Coco, mi perro y para Joan, mi novio de aquel entonces.

Luego me fui al trabajo, donde yo era la única mujer que se dedicaba a la notaría, así que ya os imagináis el infierno que era ir a trabajar y que nada más bajar del coche tus compañeros de trabajo, entre ellos tu jefe, te griten a viva voz: «esta libre esta tarde», «tengo la casa sola», «te pagaré lo que quieras», etc.

Bueno y más cosas que me parecen innecesarias comentarlas. Esto empezó siendo solo una broma hasta que se convirtió en mí día a día.

Volvía a mi casa y antes de entrar, en el portal, vi al pajarillo que había visto esa misma mañana, pero dude si era el mismo porque sus plumas s habían oscurecido y ya no parecía tan contento como antes.

Después subí a mi casa, saludé a Coco y a Joan y me fui directamente a la cama decidiendo así, que no le contaría nada a Joan de lo que había sucedido en el trabajo.

Al día siguiente me levanté y decidí contarle a Joan lo que mis compañeros de trabajo me decían, se lo conté; él se enfadó mucho y quiso ir a pegarles, yo le dije que no lo hiciera, que era una tontería y se iba a buscar problemas. Entonces me acusó de acostarme con ellos y me dijo: «¿Por qué los defiendes?, ¿acaso no me quieres?».

Yo le dije que no los estaba defendiendo y que lo quería, entonces él me intento pegar y Coco me intento defender, pero se llevó una patada y se quedó inconsciente en el suelo, luego me pegó a mí en la cara y le dije llorando que ahora ya no le quería y que, por favor, se fuera de mi casa.

Se fue rápidamente y fui a curar a Coco, le di unos medicamentos y lo dejé dormido en su cama, y me tapé el cardenal del golpe con un poco de maquillaje para que no se notara y me fui.

Me monté en el coche y volví a ver por la ventanilla a aquel pájaro, me fijé en que sus plumas seguían oscureciéndose y su aleteo era cada vez más triste y débil.

Cuando después del trabajo llegué a casa me encontré al pajarillo en mi cocina, estaba moribundo y sus plumas habían cambiado totalmente a un color negro oscuro y apagado. Coco no estaba muy bien, apenas tenía pulso, luego me giré y vi a Joan, le dije que porque estaba en mi casa. Él no me respondió a esa pregunta solo me dijo: «Si no puedes estar conmigo, tampoco podrás estar con nadie».

Y oí como salía una bala de la escopeta de caza de Joan hacia mi pecho y así acabo mi historia.

A veces hay cosas, objetos o incluso seres que nos previenen de cosas, aunque no nos demos cuenta.

M. B. García.

ATRACCIÓN HACIA LA LUNA

Verónica de Luna González

14 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Una noche, un silencio, un suspiro y una mirada hacia la Luna. Una suave brisa le acariciaba. Podía sentir un escalofrío rozando su cuerpo. Ella al frotarse para quitarse el frío. Le rozó la cicatriz e hizo recordar el momento de oscuridad.

La noche era bochornosa, se podían apreciar las preciosas estrellas. El mar estaba tranquilo, la arena fría como el hielo. Ella se tumbó, mantuvo la mente en blanco y mientras, respiraba de forma serena para disfrutar de su alrededor. Podía sentir la luz acariciándola, haciendo que se olvidase de ese mundo que la condenaba. Por brillar entre las sombras de la envidia, y su resplandor llamaba la atención de cualquiera que la contemplaba.

A pesar del dolor y la soledad, ella se sintió invencible.

Ronie.

SUEÑOS DE AVENTURA

Carmen Vela Iglesias

14 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Y ahí estábamos los cuatro después de un largo día de estudios, Carl, Abby, John y yo, Alexandra MacGregor, sentados en la mesa de ese comedor tan feo y aburrido que había en el instituto Baker. Habíamos sido siempre amigos, desde que entramos en primero de ESO. Nos conocimos y vivimos muchas aventuras, aunque de eso hacía ya mucho y desde entonces no habíamos tenido más aventuras como esa. Era un rollo, pero por lo menos nos divertíamos escuchando las fantasiosas historias que soñaba Carl.

Un día descubrimos que una chica estaba muy sola en el fondo de la clase. Decidimos acercarnos a ver qué le pasaba. Nos dijo que se llamaba Miranda, se había mudado a nuestro barrio y este instituto le venía muy cerca. Además, cerca había una academia de corte y confección, ya que toda la ropa que llevaba era hecha por ella. La tenía bonita, fea, muy resultona... Había creado muchas tendencias (cosa que no llegaba a entender).

Empezamos a pasar más tiempo juntos hasta que nos dijo que había encontrado un mapa con una indicación. Tenía que encontrar la Piedra de oro junto a cuatro amigos, y nosotros, sin mentir, éramos los únicos que tenía.

Nos explicó dónde lo había encontrado, así que decidimos ir, aunque sin ella, después de clase a ese sitio. Resulta que era detrás de la pista de patinaje del Parque Montsouris, muy cerca del instituto. Cuando llegamos, descubrimos un hoyo en el suelo. Era justo del tamaño de una persona y allí estaba la X que marcaba el mapa. Y cómo no, Abby tenía miedo de que nos pudiera pasar algo. Era muy protectora, tanto con ella como con los demás, a veces demasiado.

Al final logramos convencerla para que entrara y bajara por las escaleras con cuidado. John encendió la lámpara de su móvil para que fuera más fácil visualizar lo que nos esperaba. Llegamos abajo y estuvimos andando durante horas. Carl se había parado a descansar unas veinte veces. Al final del camino había dos túneles diferentes. Cada uno llegaba a un sitio, así que decidimos separarnos. Abby, sin dudarlo, fue con John (se gustaban desde hacía tiempo pero nunca lo habían llegado a admitir), y yo fui con Carl. Llegamos a las profundidades de la cueva. Acordamos que cuando alguien encontrara algo nos escribiríamos un mensaje y para tener contenta a Abby que, ante cualquier señal de peligro, saldríamos y no volveríamos más. En esos mismos instantes, sin saberlo, entraba también a la cueva Miranda.

Cuando llevábamos andando un rato, me di cuenta de que a Carl le pasaba algo, pero me dijo que no era nada, que estaba un poco cansado. Aunque yo sabía que era más que eso, no le di más vueltas al tema. De repente, ¡pom!, escuchamos como un derrumbe de rocas y nos preocupamos mucho. Decidimos llamar a Abby con el móvil. Lo cogió muy asustada y llorando, porque decía que John se había quedado atrapado entre unas piedras. Reaccionamos y salimos de la cueva.

Carl se dispuso a llamar a la policía y a los bomberos. Yo mientras consolaba a Abby, que estaba muy afectada. Hubiera preferido mil veces que le hubiera pasado eso a ella antes que a John.

Los servicios de ayuda no tardaron en llegar. Pero, de repente, después de lo alterados que estábamos, escuchamos una pelea entre un anciano que pasaba, una mujer bombera y otra policía. El hombre se quejaba de que las mujeres no podían tener trabajos de hombres y que ellas se tenían que dedicar a la casa y a los hijos. Abby ante esta horrible situación, se dignó a plantar cara ante el anciano ya que, ¿por qué las mujeres no podían hacer esos trabajos? Tenían el mismo derecho que los hombres a realizar el trabajo que les gustara y para el que tenían aptitudes, ¿o por el simple hecho de ser mujeres tenían que renunciar a sus sueños? El anciano seguía repitiendo lo mismo sin entrar en razón, no podía entenderlo, pero los tiempos habían cambiado, aunque él no

quisiera verlo ni entenderlo. Cuando se cansó de repetir lo mismo una y otra vez, se dio media vuelta y se fue.

Tardamos apenas cinco minutos en contarles lo que había pasado. Intentaron salvar a John, pero fue imposible en un primer momento. Nos pidieron que nos fuésemos de allí, que harían todo lo posible por rescatarlo con vida. Nos fuimos muy tristes y, sobre todo, preocupados por John. Fuimos a su casa. Estaban su madre Melisa, su padre Adolfo y su hermana Carolina. Les contamos lo que había sucedido, pero ellos ya lo sabían, pues los había llamado un policía para informales y se estaban preparando para salir hacia el lugar.

Seguíamos muy preocupados y Abby, que hasta el momento no había hablado, propuso que esperáramos hasta el día siguiente y nos reuniéramos la mañana siguiente, a las siete, en la entrada de la cueva. Todos nos despedimos y cada uno se fue a su casa.

Esa noche no pude dormir ni creo que los demás pudiesen hacerlo. Abby había estado toda la noche conectada a WhatsApp y supongo que Carl escuchando a Ariana Grande, que le encantaba, como a todos, aunque él era el mayor admirador. Me puse la alarma a las seis para que me diera tiempo de ducharme y vestirme, ya que por la noche no lo había hecho.

A la mañana siguiente me levanté a la hora prevista. Aunque no había dormido nada esa noche, estaba bastante despierta. Tras una rápida pero relajante ducha, me vestí. Utilicé un poco de corrector para evitar que se vieran las ojeras. Revisé mi móvil por si había algún mensaje, pero nada, no había señales de ninguno de mis amigos. Me dirigí hacia al lugar acordado. Llegué la primera, como siempre. Era muy puntual. Entré y bajé. Unos bomberos acababan de sacar un cuerpo envueltos en mantas. Me asusté mucho. Llegaron los chicos y les puse en situación, todos estábamos muy preocupados, cuando de pronto a Carl se le ocurrió preguntar dónde estaba Miranda, entonces la llamó y me dijo que se había ido con John a buscar la Piedra de oro como habíamos acordado... Me iba a dar algo. ¿Cómo que con John? Resulta

que la tarde anterior, al ver que no nos encontraba decidió volver a su casa. En ese momento se encontró al otro lado del túnel con John, que milagrosamente se había salvado de quedar atrapado por el derrumbe.

– ¡¡Menos mal que estáis bien!! – grité –, creía que os había pasado algo y que John se había quedado atrapado entre las rocas.

– No te preocupes, estamos perfectamente – me contestó Miranda.

Quedamos todos en el parque para vernos y aclarar cosas. Cuando llegamos les dimos un gran abrazo a Miranda y a John y le explicamos que habíamos llamado a los servicios de emergencia porque creíamos que él estaba ahí dentro, ¡Menuda habíamos liado!

De repente, una señora tocó mi espalda. Resulta que era la madre de Pedro, el niño cuyo cuerpo había visto que sacaban y que, por fin, habían podido reconocer quién era. La mujer me dio las gracias y una indicación para encontrar la Piedra de oro, ya que nos había escuchado hablar sobre ello. También su hijo se encontraba allí para intentar encontrarla. Todos nos despedimos lamentando mucho su muerte.

Entonces seguimos nuestro camino hacia donde la mujer me había indicado, caminamos durante horas, no podíamos más, así que descansamos y nos bebimos unos batidos que habíamos llevado por si pasábamos mucho tiempo esperando en la cueva. Eran los favoritos de Carl, así que él bebió por dos. Proseguimos nuestro camino hasta llegar a una biblioteca, en ese momento Miranda y yo nos miramos, y a la vez creímos que esa mujer nos había engañado. Entramos y pasamos por varias salas repletas de libros hasta llegar a un pasillo en el que había una estantería con un libro dorado como aparecía en el mapa y decidimos mirar a ver qué era. Y, ¡allí estaba la Piedra de oro! Aunque era bastante pequeña nos encantaba haberla encontrado juntos, como unos grandes amigos. Me decidí a cogerla cuando, de pronto, todas las estanterías empezaron a caer una detrás de otra, como un dominó. Antes de que la última se me cayera encima, ¡zas!, Miranda cogió un trozo de tela que cosió en un momento (la verdad es que se le da genial

coser) y enganchó la estantería por arriba. Tiraron todos con fuerza y evitaron que me aplastara.

Cuando logré coger la piedra, les di las gracias y juntos leímos la nota que había junto a ella. Decía que la lleváramos al museo, que allí la exhibirían. Así hicimos. Llamamos a mi madre para que nos llevara, pues quedaba bastante lejos de allí. Cuando llegamos, le dimos la piedra al director del museo, quien nos dio las gracias y una recompensa por encontrarla y traerla.

Lo publicaron en el periódico. Yo no salía muy bien, como siempre, pero qué se le va a hacer. Por lo menos me ha encantado vivir esa aventura con mis compañeros y la repetiría mil veces.

¡Piiiiiiii! ¡Piiiiiiiiiiiiii!

Ya estaba esa dichosa alarma pitando. Cuando me digno a apagarla me paro en la cama y me pongo a recordar esa fantástica aventura soñada. ¡Qué divertido ha sido!

¡Y yo que creía que Carl era el soñador!

Violeta3.

RECUERDOS OLVIDADOS

Pablo Madroñal Sotomayor

14 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Hoy me he levantado más tarde que de costumbre. Al levantarme no me dio el olor de todos los días, no me has preparado el desayuno. Me tienes mal acostumbrada y lo esperaba. Te has ido muy pronto. No sé por qué, igual estás enfadado, pero no hay motivo y tampoco me has dicho nada.

Últimamente parece que me esquivas, te noto ausente. Después de tanto tiempo juntos, tantos años de convivencia, tantas vivencias. Ahora ¿nos vamos a distanciar?

Tú me has enseñado a vivir, me has hecho disfrutar de tantas cosas... Charlas, viajes, risas, confidencias... Has hecho que necesite de tu cercanía, me has hecho depender de ti. No sé vivir sin tenerte cerca.

Mientras estaba en la cocina, me pareció escuchar tus llaves. Pero no, no eras, no entraste. No has venido a comer. No sabes cuánto te extraño. Me he sentado en el sillón y mientras dormitaba, he sentido tu respiración en mi cara. Pero tampoco, solo soñaba contigo.

Ha llegado la noche y al acostarme, las sábanas desprendían tu olor. Siempre te ha gustado mucho perfumarte y tienes un olor que te identifica. Tu olor me llega, aunque he ido sola a la cama. Te sentía, quería sentirte.

La noche se hace muy larga. Siempre nos hemos ido juntos a dormir, hemos comentado lo que nos ha deparado el día. Hoy no estabas. Siempre he soñado con tener un compañero para compartir la vida. Creí tenerlo, y ahora no estás. No quiero esto. Tienes que volver.

Conciliar el sueño se hace complicado, pero el cansancio me vence.

Un nuevo día. Miro a mi lado y no estás. Entonces lo comprendo todo. La realidad es dura, pero hay que afrontarla. Te fuiste. Te fuiste para siempre un 19 de noviembre, con todo mi dolor y de todos los nuestros. Tus hijos, tus nietos a los que tanto querías.

Después de 50 años juntos. Te echo de menos. Me has dejado sola, aunque esté rodeada de los que me quieren. Tu vacío es irremplazable. Te quiero.

Y ahora te toca a ti, ahora le toca a una de las mujeres más importantes de mi vida, una mujer que me ha transmitido y enseñado tantas cosas como mi cabeza puede retener.

De ella aprendí el amor incondicional, cosa que le agradeceré toda mi vida. Los mejores desayunos, los mejores achuchones, los besos más sonoros, aquellos que me dejaban sordo. Además de otros cientos de cosas.

Cuando te miro a los ojos y veo que tu mirada, actualmente perdida, cobra vida al verme, que tu cara sin expresión me sonríe, que tus manos débiles cobren las mayores de las fuerzas al agarrar mi mano... Sin palabras, me lo dices todo.

Cada vez que te veo rememoro los inolvidables momentos que vivimos, aunque sean simples tonterías. Quiero que sepas, que nunca desaparecerán de mi mente. Todo lo que me has contado y transmitido de mi abuelo, que sin conocerlo hiciste que lo echara de menos. Para mí eres el vivo ejemplo, aunque inconsciente, de la fortaleza, la sabiduría, el amor, el respeto...

Ojalá pudieras leer esto, cosa que, debido a las circunstancias, es imposible. ¡Estás tan indefensa! Pero no importa, aquí estamos nosotros. Lo sabes, lo sientes, y espero que se te haya quedado grabado, antes de olvidar todo. Lo importante que eres para mí, para mi hermano, mis primos, mi madre, los titos... A todos los que estaban cerca de ti, les dejaste huella, todos hablan de ti con cariño.

Estás aquí sin estarlo, aunque siempre junto a mí. Te quiero.

A la memoria de mi abuelo Alfonso. Hace mucho que nos dejó y no llegué a conocerlo, pero siempre lo he sentido muy cerca a través de los míos. Y al amor que compartió con mi abuela Ana, que ahora no tiene memoria, pero nos lo hizo llegar antes de que se le olvidara. Nos cuidó y mimó como solo una abuela sabe hacer. Siempre he pensado que soy muy afortunado y se me llena la boca al decir que sí, lo soy.

Afortunado.

CORRIENDO HACIA LA IGUALDAD

Noelia Núñez Biedma
14 años
Dos Hermanas (Sevilla).

Cada día, sobre las 18:00 h, me preparaba para ir a correr. Era uno de mis *hobbies* favoritos.

Me apasionaba sentir el aire fresco azotándome ligeramente en la cara. El sentimiento de libertad que invade mi cuerpo al recorrer las calles de Madrid, era una sensación única que solo sentía en este momento del día. Por mis venas recorre una adrenalina inexplicable, difícil de entender, que solo aparece en mí cuando se acercaba la hora de atarme las zapatillas y salir de mi casa para recorrer todos los rincones de la ciudad. Era mi momento de escape de la realidad, de desintoxicación, de relajación. Elegía esa hora, simplemente, porque para mí, era perfecta. No hacía mucho calor ni tampoco mucho frío, exceptuando los días donde las temperaturas eran extremas y me privaba de este pequeño lujo. También, adoraba la belleza del cielo cuando el reloj marcaba las seis de la tarde. Tenía un tono rosado con pinceladas naranjas. Las nubes se difuminaban en el horizonte dibujando un precioso recorrido en el cielo.

Hoy era 14 de febrero, y todas las calles estaban abarrotadas de parejas enamoradas que celebraban este día. Había gente de todo tipo, las que le apasionaban las cenas románticas con mesas decoradas de forma extravagante, gente que prefería algo sencillo y optaba por hacer un pícnic en el parque bajo el cielo estrellado, y otros, como yo, que destetaban estas fiestas y las veían inservibles.

Yo era una chica soltera. No necesitaba a nadie para ser feliz. Me gustaba estar sola y disfrutar de las cosas simples, como ver una película, tomar un café recién hecho en la mañana o pedirme una pizza una noche de viernes. Mi familia era lo más importante para mí.

Todos los domingos nos reuníamos a comer y contábamos lo que nos había ocurrido durante la semana. Nuestros problemas, anécdotas, momentos divertidos. Todo lo decíamos en esa pequeña asamblea que formábamos los fines de semana. Por eso, no necesitaba tener un hombre en mi vida, porque mi felicidad se resumía en esas personas que me apoyan desde que era pequeña.

Cuando el reloj anunciaba las cinco y media, empecé a rebuscar en mi armario, esperando encontrar la ropa que me iba a poner ese día. Opté por la cosa más simple, unas mallas negras, una camiseta de manga corta rosa y una sudadera negra de Adidas. Me hice una coleta alta muy tirante. Preparé mi mochila con todos mis esenciales: una botella de agua, una toalla, mi móvil y unos auriculares. Cosas simples, pero imprescindibles en una deportista como yo. Me até fuerte las zapatillas, cogí las llaves de mi casa y bajé las escaleras corriendo.

Abrí el portal del bloque de pisos en el que vivía para disponerme a salir a la calle. Cuando mis pies tocaron la acera, comprobé mi reloj. Las seis. Hora de empezar a correr.

Empecé trotando para que mi cuerpo entrase en calor y así no sufrir lesiones. Fui aumentando la velocidad conforme pasaban las horas. Me concentré tanto en la música que iba escuchando, que anoheció. Nunca antes me había pasado. Miré la hora de mi teléfono. Las ocho. Mierda. Paré de correr bruscamente, quité los auriculares del orificio y miré a mi alrededor. Había caminado tanto, que me había adentrado en una calle por donde nunca había pasado. Era solitaria y lúgubre. Nadie paseaba por aquel lugar. Los comercios estaban cerrados. En los restaurantes se respiraba aire polvoriento. Ni una sola persona estaba sentada en la mesa tomando algo. Intenté mantener la calma y pensar en alguna solución. Se me ocurrió buscar la dirección de mi piso en Google Maps para que me pudiera guiar hasta allí, pero, al ir a coger mi dispositivo móvil, me di cuenta de que se le había acabado la batería. Me maldije a mí misma y pensé por qué no había cogido el cargador portátil antes de marcharme.

Segunda opción. Entrar en el bar y preguntar. Aunque iba con paso decidido, sentía miedo.

Era la única mujer que había por estas calles. Y todas las noticias que veía en la televisión sobre mujeres asesinadas por violencia de género, me invadían la cabeza. Pero intenté ignorar esa sensación y poner un punto final a esta situación.

Entré en el bar. El olor a frito invadía el local. Las mesas estaban sucias. No había rastro de personas. Paseé mi mirada por aquel sitio, y solamente encontré un rostro humano. Era un hombre. Tendría unos cincuenta años. Su aspecto era desaliñado, con una barba blanquecina mal cuidada. Su pelo era graso y desprendía un olor a sudor insoportable. Los ojos expresaban desprecio y tristeza. Estaba limpiando sin energía la barra. Pasaba el trapo una y otra vez, pero siempre parecía tener la misma suciedad. Después de rastrear el lugar, me acerqué a paso lento. Al estar apenas a diez centímetros de él, le pregunté:

— Perdona, ¿sabe usted cómo puedo volver a la calle Roque Rojas?
— dije con un hilo de voz, expectante a su respuesta.

Paró bruscamente de limpiar y levantó la mirada. Empezó a inspeccionar mi cuerpo, de arriba abajo. Fijó su mirada en cada parte. Me sentí incómoda. Ese tipo era repulsivo. De repente, comenzó a gritar.

— ¡Qué haces tú aquí, niñata! — gritó furioso. Su voz tambaleaba. Se notaba que había estado bebiendo alcohol y que se había pasado de sus límites —, este bar es exclusivo para hombres. Aquí solo entran mujeres para cocinar o lavar, que es para lo que servís.

Mis mejillas ardieron. La ira me consumía, pero una sensación de terror me invadió y me quedé parada, sin hacer ni decir nada. El hombre, al verme, salió rápidamente de la barra y empezó a amenazarme. Me empujó con fuerza. Me pegó y me echó del establecimiento a patadas. Cerró la puerta y me dejó allí tirada. No podía moverme. Sentí dolor en

cada parte de mi cuerpo. Vi mis brazos. Estaban llenos de moretones. Me acaricié la cara y mis manos se ensangrentaron. Lágrimas llenas de dolor invadieron mis ojos. Ignoré, una vez más, todo lo que acababa de suceder. Me levanté, haciéndome pensar que todo iba bien. Comencé a andar, más débil que antes, pero con el mismo objetivo: encontrar mi piso.

Caminé. Sin rumbo. La cabeza me daba vueltas. Las calles seguían desiertas y el cielo estaba aún más oscuro que antes. Ni una estrella brillaba. Después de casi dos horas desde que me levanté del suelo, escuché pasos. Pasos gigantes. Aterradores. Pisaban con fuerza la calle.

Miré disimuladamente. Un hombre. Empecé a aligerar. Me di cuenta de que él también comenzó a hacerlo. Me seguía. Empecé a correr. Él empezó a correr también. Me imitaba cada gesto.

El miedo se apoderó de mí. La calma pasó a segundo plano y los nervios fueron los dueños de mi cuerpo. Gotas de sudor resbalaban por mi cara. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. No podía más. Estaba cansada. Me paré un segundo, y ahí fue donde sucedió todo. Aquel extraño me alcanzó, me llevó a una calle sin salida y se declaró propietario de cada parte de mí. Hizo lo que quiso. Me hizo perder el uso de la razón. No pude pararlo. Era más fuerte, más frío. No tuvo sentimientos. Me agredió. Perdí la noción del tiempo. Al principio quise que parara, pero, al final, todo se tornó negro. Me volví débil. Nada tenía sentido. Me sentía inútil.

Asqueada. Despreciable. Mi corazón se rompió en mil pedazos y un dolor intenso apareció en mí. Finalmente, se cansó y se marchó. Me quedé tirada en la calle. Inconsciente. Sin fuerzas.

Nadie me ayudó. Nadie me buscó. Nadie.

Me levanté. Estaba en la misma posición, pero, extrañamente, el dolor había desaparecido. Me miré sorprendida cada parte. No había

signos de violencia. Contemplé a mi alrededor. La calle estaba llena de gente. Me incorporé y, al fin, pude levantarme. Me sentía enérgica. Con muchas ganas de comerme el mundo. La vida tenía otro aspecto. El aire que se respiraba era puro. Los árboles eran frondosos. Los restaurantes estaban llenos de parejas, familias, amigos que disfrutaban de una velada y que escondían su tristeza en un par de carcajadas. Pero, lo que más me sorprendió, es que las mujeres iban seguras andando por la calle. Se querían a sí mismas. Ningún hombre las despreciaba ni las miraba. Se sentían poderosas. No tenían que pensarse dos veces si salir a la calle o no, porque no había nadie que las hiciera sentir inferiores. Había igualdad. Tenían los mismos derechos y la misma libertad. Quería quedarme en aquel mundo, donde reinaba el amor mutuo y las ganas de vivir. Sin embargo, donde yo pertenecía era todo diferente. Las mujeres caminan con miedo por las noches.

Algunas se sienten amenazadas por sus parejas; otras, son agredidas sin motivo. Los hombres las tocan sin permiso. Les silban, les piropean, las miran. Pasamos por un grupo de hombres y nos sentimos observadas. Empezamos a invadirnos de preguntas. ¿Me harán algo? ¿Me secuestrarán? ¿Volveré a ser la misma persona de antes? Caminamos deprisa. Cambiándonos de acera una y otra vez para no toparnos con aquel tipo de la esquina. Cuando salimos de fiesta, no regresamos solas a casa. Nos insultan por nuestra ropa. Murmullos. Risitas. Guiños.

Basta ya. ¿Cuándo tiempo más tenemos que seguir así? 2019 y aumentan los asesinatos machistas, las violaciones, las agresiones. ¿Cuándo va a acabar esta pesadilla para las mujeres? ¿Cuándo va a haber un punto y aparte para escribir una nueva historia en la que haya igualdad, en la que no haya miedo, ni inseguridades? ¿Cuándo van a dejar de ser los titulares de las noticias “hombre ha matado a mujer”? ¿Cuándo vamos a poder divertirnos sin preocuparnos qué pasará de regreso a nuestra casa? ¿Cuándo vamos a vivir tranquilas? Estoy harta. Yo y muchas personas más. Que desaparezcan los comentarios machistas, conservadores y retrógrados. Que finalice. No quiero ver a más mujeres asesinadas.

Queremos ser iguales que los hombres. ¿Tan difícil es? No solo servimos para limpiar, para cocinar y complacer a los hombres. Somos algo más. Somos capaces de hacer todo lo que nos propongamos. Que acaben los prejuicios, los estereotipos. Que una mujer es bella siempre.

Sea como sea. Que no se la juzgue. Que somos preciosas. Que no solo nacimos para parir y para que un hombre nos resuelva la vida. Que somos independientes y hasta que no consigamos que pare todo esto, estaremos gritando cada vez más alto. Nos reivindicaremos.

Para que el mundo nos escuche. Alzaremos nuestras pancartas y estaremos unidas una vez más. Porque esto es una lucha de todas. Espero, que este sea el año en el que nos escuchen.

Espero, que todo este miedo, algún día, se convierta en una anécdota y que podamos decir orgullosas que lo conseguimos.

Nonubi.

LA FRÍA NIEVE

Rodrigo Guerra Carbonell

14 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Corría, corría sin parar, hasta que no pudiera con el peso de mis piernas, entre pinos y pequeños arbustos, el frío viento de medianoche rozaba mis mejillas y las hacía enrojecer. Las lágrimas recorrían mi gélido rostro hasta caer en la nieve de aquella montaña.

Mi respiración se aceleraba por momentos, no sabía hacia dónde dirigirme, no sabía si seguir, si parar, si volver hacia atrás o si enfrentarme a aquello que me acechaba y me vigilaba a cada paso que daba. Tan solo me quedé quieta, miré a mis alrededores y decidí que seguir adelante sería la mejor opción, aunque esta vez lo haría con más cautela y conociendo mi posición.

Comencé a caminar y después de unos segundos fui consciente de que mis manos se encontraban a una temperatura crítica y que incluso no las sentía.

Un olor a humo inundaba todo mi ser, me recordaba a aquel humo que sale de una chimenea en pleno invierno, aquel humo que me traía recuerdos de mi hogar, el lugar donde todo sucedió.

Por alguna razón que desconozco, seguí aquel olor como si de mi objetivo se tratase, caminé hasta llegar a una pequeña casa.

Cuando llegué a lo que parecía la puerta, exhausta, golpeé un par de veces aquella robusta madera que poseía la casa.

A los pocos minutos, un hombre anciano, de baja estatura, abrió la puerta con dificultad.

— ¿Desea algo? — aquellas palabras sonaban muy de fondo dentro de mí, mi cabeza estaba aturdida, sentía que mi cuerpo era demasiado pesado —. ¿Jovencita?

En aquel momento todo se volvió oscuro, más oscuro de lo que por sí ya estaba, no sentía nada, salvo un calor que me arropaba y me acomodaba. Me sentía, por un momento, en casa.

Y como si de una máquina se tratase, mi cabeza empezó a reproducir aquellos recuerdos, aquellos por los que había llegado allí.

En el primero se podía apreciar que estaba en la nieve, presenciando el atardecer, junto a mi madre, sonriendo y disfrutando de la corta libertad de la que podíamos disfrutar.

Un segundo recuerdo comenzó a difuminarse en mi cabeza, en el que aquello se acercó a nosotras, aquel monstruo que nos silenciaba del mundo, que nos encerraba en una burbuja y no nos dejaba salir.

Mi madre me protegió, me apartó de aquello, que, con sus gigantescas manos, dañaba tanto a mi madre que en cada golpe que le propiciaba, la dejaba en el suelo, sin casi poder moverse.

Yo intentaba defenderla, intentaba salvarla con todas mis ganas, ella era lo único que me quedaba, pero aquella cosa era superior a mí, y cuando quise darme cuenta, mi madre ya era simple polvo.

Aquella bestia se acercaba a mí, con intenciones de encerrarme en su burbuja, con aquella exasperante mirada que penetraba en mis ojos en forma de perversas ideas.

En un último recuerdo se podía apreciar como corría y corría en busca de ayuda, esa cosa me seguía, quizás no llegaba hasta donde yo llegaba, pero en mi cara se representaba el angustiante sentimiento de que tarde o temprano me encontraría.

Y cuando los recuerdos terminaron, yo misma pude sentir como mi cuerpo descansaba de aquella tensión que había tenido y mis párpados, poco a poco, iban abriéndose, mientras un foco de luz tenue iluminaba mi rostro.

Cuando pude enfocar del todo bien la imagen, una señora mayor me miraba. Era una señora de estatura baja, algo robusta y con vestimenta de campo algo antigua.

La mujer poseía unas grandes mejillas que la hacía parecer muy adorable. La señora se acercó a mí y puso su mano en mi frente. Mi respiración empezó a acelerar ya que cualquier cosa me producía un terror enorme, no sabía en quién confiar en aquellos momentos.

—Tranquila, cariño, todo va a salir bien —decía la anciana acariciando mi cabellera la cual estaba repartida por la fina almohada en la que mi cabeza se apoyaba—. Debes comer algo, pareces hambrienta.

Ella acercó una bandeja con un plato de comida y una refinada copa la cual contenía algo de agua. Yo me incorporé y tomé la bandeja con algo de vergüenza, me sentía algo incómoda.

—Gracias —fue lo único que pudo salir de mí—. De verdad.

La señora tan solo me miró y sonrió, cerró la puerta y me dejó allí. Mi estómago se encontraba totalmente vacío y no pudo resistirse a aquel olor que inundaba esa pequeña habitación. Pocos minutos tardó el plato en quedarse vacío.

Me levanté y anduve por el cálido suelo de madera que poseía la buhardilla en la que me encontraba. Anduve por los alrededores de la cama y pude comprobar que la habitación contenía una pequeña ventana redonda.

Una curiosidad enorme llenaba mi cuerpo y me obligaba a acercarme a la ventana y visualizar a través de ella. Y lo hice. La

ventana conectaba con una bonita vista a las blancas montañas y a sus incontables pinos. Me encantaban aquellas vistas, me hacía recordar los pocos recuerdos felices que tuve allí.

Al poco tiempo, me puse a investigar a través de esta y pude ser consciente del anciano con el que había hablado la última noche. Él estaba utilizando su hacha cortando leña. No entendía cómo ese hombre podía tener tanta fuerza. Era realmente mayor, pero parecía que se había dedicado a ello durante toda su vida.

Busqué la puerta de la buhardilla y la abrí. Pude comprobar que al salir de la pequeña habitación había una gran escalera que llevaba a una planta inferior.

Debido a mi curiosidad infinita, bajé las escaleras y fui consciente de la gran sala en la que me encontraba. Había algunos muebles, una chimenea, un sofá y una pequeña cocina. La anciana se encontraba en la cocina preparando algo.

—Hola —decía acabando con el rotundo silencio que había en la sala acompañado del sonido de las llamas en la chimenea

—Oh... hola —al girarse la mujer esbozó una tierna sonrisa—, ¡Bill, la chica ya está despierta! —La mujer dejó la olla con la que preparaba algo a un lado de la pequeña encimera.

—¿Me has llamado, Rose? —decía el anciano, entrando por una puerta lateral, frotando su mano contra su frente, acalorado— Ah, estás aquí.

—Hola —decía, algo aterrada.

—¿Has dormido bien? —me preguntó el anciano, sentándose en una alargada silla.

Yo solo asentí con mi cabeza.

—¿Qué te ocurría anoche, cariño? —me preguntó la mujer, acercándose a mí y acariciando mi cabello—, estabas exhausta.

—Escapaba del monstruo —decía, mirando hacia el suelo algo incómoda.

Los ancianos se miraron algo sorprendidos.

—¿Del monstruo? —me preguntó el anciano, confuso por mi respuesta—, ¿a qué te refieres?

—Al monstruo que vivía con mamá y conmigo —decía acomodando mi ropa.

Los dos ancianos se miraron esta vez algo aterrados. Parecía que la situación les había afectado. Y unos minutos después, volvieron a mirarme, como si hubiesen formado un plan.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó la mujer, curiosa

—Mi nombre es Beth —decía, mirando los arrugados ojos de la anciana

—Beth, cariño, vas a quedarte con nosotros hasta que encontremos a tu madre, ¿vale? —me decía la mujer, fingiendo una sonrisa esperanzadora.

—Mi madre... ha dejado de existir —al pronunciar esas palabras, los ancianos se quedaron en silencio, y sus caras provocaban una gran desolación.

En aquellos momentos, los dos ancianos se acercaron a mí y se estremecieron en mi cuerpo, consiguieron que sus cuerpos robustos se forjaran con mi esbelto y pequeño cuerpo, formando un bonito abrazo.

Algunos sollozos de la mujer se escuchaban en el silencio estremecedor que se había formado en aquella sala.

—Estaremos junto a ti, por y para siempre —decían los dos ancianos a la vez, como si coordinados estuviesen.

Y simplemente así fue.

El monstruo jamás volvió a aparecer en mi vida, ni en mis sueños, ellos me protegieron de cualquier adversidad. Gracias a ellos, había vuelto a encontrar mi hogar.

Extrañaba a mi madre, sus caricias, sus mimos. Extrañaba aquella cabellera rubia que la caracterizaba.

Lo que conseguía que aquella nostalgia no fuese tan difícil de sobrellevar para mí, eran los recuerdos que guardaba con ternura en mi memoria.

Jamás supe cómo conseguí sacar tantas fuerzas de mi ser para llegar hasta allí, para poder conseguir todo lo que conseguí. Supuse, que tanto tiempo resguardada en la burbuja de monstruo me hizo ganar fuerzas y así, poder alejarme de él.

Y tras el transcurso de tanto tiempo, me he dado cuenta de que monstruo era una pequeña palabra que poco definía la maldad que él llevaba dentro.

Jamás pude entender por qué él poseía tanta maldad, esa maldad que yo no había heredado.

Tampoco jamás pude comprender, debido a las múltiples diferencias, por qué yo era su hija y por qué él era mi padre.

Mad Max.

EN BUSCA DE UNA SONRISA

Andrea Martínez Ramos

14 años

Dos Hermanas (Sevilla).

En el colegio hay a un chico se llama Carlos, me resulta peculiar, no habla con nadie, no suele sonreír, etc. Un día decidí acercarme a él y empezamos a hablar, yo no vi nada raro hasta que le pregunté por su familia... entonces se calló y se fue, decidí ir detrás para decirle que no hacía falta que me lo contase pero que no se molestara conmigo. Pocos meses después empezamos a coger mucha confianza el uno con el otro, siempre estábamos juntos, parecía que fuésemos amigos de toda la vida.

Un día habíamos quedado para tomar algo, cuando estábamos cenando Carlos me miró serio y dijo:

— ¿Te acuerdas el día que me preguntaste por mi familia?

Yo me callé unos segundos, me había desconcertado la pregunta, hasta que reaccioné y contesté:

— Sí.

Entonces empezó a contarme una historia.

— Hasta hace 5 años yo vivía en Buenos Aires con mis padres Violeta y Nicolás, y mi hermano Mateo —el chico tragó saliva y continuó—. Cuando todavía vivía en Buenos Aires iba al colegio con Mateo que por aquel entonces él tenía 16 años, a mi hermano no le iba muy bien... tenía pocos amigos, sacaba malas notas... Cada día le costaba más trabajo ir a clase, porque los compañeros no le aceptaban ni le trataban bien. Un día cuando fui al colegio pensé que iba a ser un día como otro cualquiera, pero ese día cambió toda mi vida, al principio todo fue

normal pasaban las horas y él seguía en el colegio, como siempre, pero fue entonces cuando me llamó una profesora, me dijo que recogiese las cosas que me iban a recoger. Cuando vi a mis padres supe que algo no iba bien... mi madre estaba llorando, lo primero que hice fue preguntar por Mateo, mi padre me abrazó y me contó que Mateo estaba ingresado en el hospital. Le pregunté a mi padre que por qué.

— ¿Y qué fue lo que hiciste? — comencé a llorar.

— Me contó que cuando fue al colegio dos compañeros le pararon y le amenazaron que o le daban todo el dinero que tenía encima o le hacían mucho daño, pero mi hermano no se lo creyó y decidió seguir hacia adelante. Entonces cumplieron lo que le dijeron.

Cuando llegamos al hospital mi madre solo pudo ver a Mateo, cuando le vio ya apenas tenía fuerzas. Sus últimas palabras fueron «mamá, te quiero». Los días, las semanas y los meses siguientes se nos hacían cada vez más pesados. Al cabo de un año parecía que todo había vuelto a la normalidad, volvimos a coger rutina, salíamos a la calle, pero mi madre... Seguía teniendo un vacío enorme por dentro, necesitaba pastillas para dormir. Un día ya no quiso luchar más y decidió tomarse el resto de pastillas que quedaban en el frasco, cogió el licor que tomaban para las grandes ocasiones y poco a poco fue cayendo en un sueño profundo del cual no pudo despertar.

»Cuando me desperté me di cuenta de que mi madre no me había llamado para ir al colegio, decidí ir a su habitación, vi que mi madre estaba dormida, al ver que no despertaba me asuste, mi padre entró por la puerta, venía de correr, y quedó confuso al ver que yo no estaba en el colegio y escuchaba como llamaba a mi madre, entonces fue a la habitación y confirmó lo que temía, Violeta había ido en busca de Tomás. A los pocos días mi padre dejó el trabajo para intentar que siguiera para adelante, todas las tardes me llevaba al parque, me compraba chuches, veíamos películas de dibujos, me dejaba dormir en su cama junto a él... Al cabo de los meses mi padre consiguió que recuperara parte de la alegría que había perdido tras tanto sufrimiento, decidió que ya podía

volver de nuevo al colegio y reincorporarse con mis compañeros, lo que le vendría bien para volver a ser el de antes. Al ver que me adapté bien, mi padre decidió volver al trabajo, primero intentó volver al trabajo que había dejado, pero no pudo, porque la empresa tenía demasiados trabajadores, echó el currículum en muchas más empresas, hasta que un día le contrataron como guardia de seguridad.

»El nuevo trabajo de mi padre era por las noches, por lo cual siempre esperaba a que me durmiese para irse a trabajar. Por las noches mi padre se iba a trabajar y me dejaba con una niñera en casa, pero una noche mi padre se fue y la niñera no pudo venir, yo ya me había dormido, por lo cual no sabía que ese día la niñera no podía venir, la mala suerte que tuve fue que me desperté y al verme solo en casa empecé a llorar, pasaba el tiempo y seguía llorando uno de mis vecinos se despertó, y como yo no paraba de llorar llamó a la policía... La policía llamó a casa yo como cualquier niño de 7 años, al verme solo allí decidí abrir, preguntaron que dónde estaba mi padre, yo le conteste que estaba trabajando, al poco tiempo amaneció y mi padre entró en casa, la policía estaba conmigo, se llevaron a mi padre detenido, yo no entendía por qué tenía siete años, mi padre me dio el abrazo más largo del mundo, yo entendí que algo malo iba a pasar, decidí ir detrás de él, pero la policía me detuvo. A la mañana siguiente hubo un juicio, a mi padre le quitaron mi custodia por haberme dejado solo en casa.

–Entonces, ¿por eso estás en Madrid hoy por hoy?

–Sí, me llevaron a un orfanato, y allí mi nueva familia me adoptó. Yo tenía nueve años, por eso hasta hoy vivo aquí.

Yo me quedé callada no sabía que decir respecto a la historia que me había contado. Cuando supe cómo reaccionar le dije:

–Bueno, al menos con tu nueva familia estás bien, te podrían haber tocado unos padres adoptivos insensibles, pero has tenido suerte.

—Sí, es verdad que estoy muy bien con mi nueva familia, me tratan genial, y se nota que me quieren mucho y yo a ellos, pero echo mucho de menos a mi madre y a mi hermano, por desgracia a ellos no podré verles nunca más, pero si al menos pudiera estar con mi padre, es al que más echo de menos ahora mismo, no sé nada de él desde que tenía siete años y daría lo que fuese por reencontrarme con él.

Yo cambié de tema, vi que al hablar del padre los ojos se le llenaban de lágrimas, ese día no hablamos más de la familia.

Cuando llegué a mi casa pensé que a lo mejor podría buscar al padre de Carlos que, aunque fuese algo casi imposible encontrarlo, y tardará muchísimo si lo consigo merecería la pena. Primero busqué en internet el hombre y los apellidos del padre, pero no encontraba nada, pero al cabo del tiempo vi una noticia que te hablaba sobre el padre, te contaba todo lo que me contó a mí Carlos antes, pero no contaba nada que me diese una pista para encontrarle. Al día siguiente, busque su nombre en Instagram y me informe en todos los usuarios que había, pero no conseguí dar con él, también le busque por todos los usuarios de Facebook, pero no conseguía averiguar nada. No sabía qué más hacer, el curso estaba acabando, dentro de poco nos darían las notas, y no sabía si Carlos estaría aquí en el verano o se iría de vacaciones. Una semana antes de que acabase el colegio, mis padres me dijeron que para las vacaciones nos iríamos a Argentina. Solo se me ocurrió pensar que era mi gran oportunidad para encontrar a Nicolás, aunque claro ¿y si resulta que no visitamos Buenos Aires?

Así llegó el día. Me voy a Argentina. Solo pensaba en lo mismo una y otra vez: ¡tengo que encontrar al padre de Carlos! Cuando llegamos, fuimos hacia el hotel, estábamos en Bahía Blanca, íbamos a estar solo dos semanas, sería lo suficiente para encontrar a Nicolás. Nunca antes había estado en Argentina, y no conocía los lugares, tampoco había tenido tiempo para informarme, mi padre nos preguntó que qué lugares queríamos visitar, yo sin pensarlo dije: Buenos Aires.

A los dos días visitamos Buenos Aires, era muy bonito, pero yo solo buscaba a una persona. En la página de Google que entré vi una foto de él, por lo cual ya sabía cómo era, estuvimos andando muchísimo tiempo, por todas las calles de Buenos Aires, pero no encontré a nadie.

Creo que ya era hora de rendirse, yo no quería, pero ya no había más oportunidades para encontrarlos, el tiempo se agotaba, apenas quedaban tres días de vacaciones, había estado trabajando durante mucho tiempo en encontrarlo, y esta era mi gran oportunidad pero por mucho que buscase, por mucho que me recorriera todas, las calles de todos los sitios que habíamos visitado de Argentina, por más vueltas que le daba ya no había ninguna otra forma de encontrarlo. No quería rendirme después de todo el trabajo, pero ¿qué más podía hacer? Mis padres vieron que los últimos días ya no estaba disfrutando, que había estado estresada durante todas las vacaciones, pero... ¿Cómo querían que disfrutaré si no había encontrado a Nicolás?

El último día antes de irnos, visitamos Mendoza, ese día no quise pensar más en el padre de Carlos ya que eso era una misión imposible. Allí visitamos el Valle de Uco, el Cerro de Gloria, y antes de volver hacía el hotel donde pasaremos la última noche, fuimos a un bar, se llamaba Bar Latina. Mi padre pidió algo para picotear y las bebidas.

Cuando estaba en la mesa de aquel bar, disfrute bastante, no me preocupaba nada, no pensaba en Nicolás, estaba hablando todo el tiempo con mi familia, hasta que... Escuche a un hombre decir: “¿Qué pasa, Nicolás? ¿qué tal todo?”.

El corazón se me aceleró, fije rápidamente la vista hacia el lugar de donde provenía el sonido, era la barra del bar. Cuando le vi estaba de espaldas, no me quise entusiasmar, habría muchos hombres que se llamasen Nicolás

Lo primero que hice fue acercarme hacia la barra, mis padres me preguntaron que dónde iba, pero tenía demasiada prisa como para contarles toda la historia.

Me acerqué hacia la barra, y sin comprobar si realmente era él, pregunté: “¿Nicolás?”. De inmediato él se giró y... ¡Era él! Le conté que conocía a su hijo, que me contó toda la historia de su familia, que iba a su mismo colegio, sabía dónde vivía, y quienes eran sus padres adoptivos. Antes de continuar el padre me interrumpió y me preguntó: “¿Su nueva familia le trata bien?”. Yo conteste que sí que le trataban muy bien, y de inmediato se puso a llorar, me interrumpió y me dijo que ahora volvía que necesitaba que le contase más sobre Carlos, cómo estaba en el colegio, si le trataban bien, etc.

Yo sabía que se había ido para relajarse, estaba muy emocionado, aproveché y le conté a mis padres toda la historia. Mis padres me dijeron que no sabían cómo una niña tan pequeña como yo había llegado tan lejos, con tan poca información. Pensé que tal vez lo que me dijeron era verdad, pero a lo mejor solo había sido un golpe de suerte.

Mis padres fueron a hablar con Nicolás y yo le conté más sobre Carlos. Mis padres le pidieron, por favor, que se fuera España con nosotros, que a lo mejor todavía quedaban plazas para una persona en el vuelo. El padre aceptó.

Era el día de volver a casa, yo estaba súper nerviosa, cómo reaccionaría Carlos al ver a su padre. ¿Y si la policía prefiere que siga con sus padres adoptivos? O peor aún... ¿Y si Carlos prefiere a su familia adoptiva? En ese momento me surgían un montón de dudas a la cabeza.

Por fin llegamos a España, mis padres le pidieron a Nicolás que viniese a nuestra casa. Cuando llegamos, cogí el teléfono para llamar a Carlos, le dije que viniera para mi casa que era muy urgente.

Carlos en menos de media hora ya estaba en mi casa.

Sonó el timbre, era él...

Le pedí que entrara en la cocina... y pasó: vio al padre, el padre se puso a llorar y fue a abrazarlo. Carlos, al recibir ese abrazo de su padre, también se puso a llorar. Cuando se separaron Carlos no hacía más que darme las gracias, Nicolás también, tanto a mí como a mis padres por acogerlo. Carlos llamó a sus padres adoptivos. Cuando llegaron les presentó a su padre vieron que la intención de Carlos era que quería volver a estar con su padre. Estuvieron hablando con Nicolás mucho tiempo, yo no sé lo que les diría, se encerraron en la cocina. Cuando salieron todos estaban llorando, los tres, fueron hacia Carlos y le dijeron:

—Carlos, llevamos cuatro años contigo, eres el hijo que siempre quisimos, pero nunca pudimos tener, te queremos mucho, pero no queremos que estés en casa si prefieres estar en otro sitio.

Carlos se secó las lágrimas y dijo:

—Con vosotros me lo he pasado muy bien, me habéis tratado genial, y pienso que sois los mejores padres adoptivos que he podido tener, pero, llevo mucho sin mi padre y es el único familiar de sangre que me queda, y hace tiempo le dije a Michelle que daría lo que fuese por volver a estar con mi padre.

En ese momento se levantó y se fue hacia sus padres adoptivos, les abrazó y le dio las gracias, entonces se fue hacia Nicolás le abrazó lo más fuerte que pudo y se refugió para llorar en su hombro.

A los dos días fue el juicio, el padre contó todo lo que pasó esa noche, el porqué dejó a Carlos solo. Carlos contó lo bien que se portaba su padre con él, yo lo bien que me había hablado de él, y los padres adoptivos hablaron genial sobre Nicolás.

La jueza dudó, le devolvió la custodia a Nicolás. Después del juicio vi a Carlos más feliz que en todo el tiempo que había estado con él y solo pensé una cosa: nunca más me daré por vencida si no consigo algo, a veces la última llave es la que abre la puerta y gracias a tanto tiempo de búsqueda conseguí hacer que mi mejor amigo tuviera la sonrisa más

sincera del mundo, y que me recordase lo importante que es la familia, a valorarla más porque nunca sabes qué puede pasar, y si algún día te deja puede que te arrepientas por cómo la trataste.

Michelle.C.R.

A TRAVÉS DE UNA SONRISA

Sandra Macías Anaya
14 años
Dos Hermanas (Sevilla).

Muchas veces podemos pensar que todo está en orden, que nada podría ir mejor, que nadie puede quitarte la sonrisa... pero ¿y si no fuera así? ¿Y si las cosas no fueran como realmente piensas?

A menudo, nos pueden surgir dudas de todo tipo, de qué pasaría si repentinamente pensáramos que algo va mal, si no te sintieras totalmente tranquilo, grato contigo mismo.

No siempre podemos manejar la situación, ni siquiera mantenerlo todo perfecto.

Aunque no podemos cambiar las cosas de sitio, siempre podemos cambiar la forma de verlas. La manera de cómo nos afectan las circunstancias en las que estamos puede influenciar muchísimo en cómo te sientes realmente.

Quizás parezca algo realmente complicado, arduo, o incluso algo prácticamente imposible. Y es verdad, es verdad que cuando no te sientes con humor no es nada fácil normalizar o dirigir el ambiente. Y es que la situación del entorno es verdaderamente notable en cómo te encuentres.

En el momento en que nos sentimos inferiores al resto, es cuando más nos comienza a bajar la autoestima. Nos empezamos a sentir infravalorados, insignificantes, olvidados. Y, sentirse intimidado puede hacer bastante daño. Ahí es cuando más sentimos que el mundo se viene abajo, que tu vida está cayendo y que no hay nada que puede salvarte.

¿Cuántas veces nos hemos cruzado con personas por la calle, dándote la sensación de que están en su mejor momento, radiantes, cuando en verdad están pasando por una de las etapas más difíciles de su vida? Puedo asegurarte que muchas veces.

Cuando estamos desanimados y sin ganas de nada, nos cuesta muchísimo relacionarnos con los demás y responder a cómo nos encontramos en ese momento, pues es mucho más simple y dócil que empezar a dar explicaciones de tu situación. Realmente pensamos que la manera más liviana de solucionar las cosas es ocultarlas tras una grande y amplia sonrisa. Al hacer un gesto tan ordinario y afable, podemos llegar a pensar que todos nuestros problemas desaparecen, se desvanecen. Aunque verdaderamente no es así, simplemente déjame demostrártelo.

Segundo tras segundo, minuto tras minuto, día tras día Karen siente dolor. Tan grande como el que he explicado antes. Sin embargo, nadie lo sabe. Salvo yo.

Todos suponíamos que era una más. No alguien popular, ni alguien maniática, ni nadie que destaca. Simplemente alguien más, pues era bastante ordinaria.

A pesar de ello, me percaté de que algo iba mal. No soy muy habladora, más bien me caracterizo por ser alguien bastante observadora, puesto que siempre me ha dado curiosidad por saber cómo se sienten las personas. He de admitir que nunca antes me había fijado en Karen, ya que como indiqué antes, no tenía nada que resaltar. Sin embargo, había algo. Últimamente había algo que no me terminaba de convencer.

Si algo sé de ella, es que no tuvo un pasado fácil. Entrando en detalles, llegó nueva hace dos meses, tras la muerte de su madre. Lo único que conozco es que se mudó a este pobre y escondido barrio para vivir con sus abuelos. Menos aún sé acerca de su padre.

Ella tampoco era de abrirse mucho a los demás. Aunque sí que tenía amigas y sí que se paseaba por las clases junto a ellas con una resplandeciente sonrisa. Al menos hasta hace menos de una semana. Pero me temo que ya no es la misma.

No tiene la misma sonrisa de hace dos meses, se ve más apagada. Señal de que algo no va bien.

Me gusta descubrir el carácter y el modo de ser de las personas, pero nunca suelo ir más allá de eso. No acostumbro a acosar a otros con la mirada, a ver qué están haciendo en cada momento, ni siquiera con quién se juntan. Sin embargo, tenía la sensación de que con Karen tenía que hacerlo. Debía hacerlo.

Y eso hice.

Continué observándola durante unos días más hasta que caí en la cuenta de que iba sola, ya nadie la acompañaba en el transcurso del día como antes, y eso me extrañó.

Ya iba sola. Y nadie se percataba de eso.

Ahí es cuando me di cuenta de lo despreocupados que podemos llegar a ser a veces. A no ser que te pares a observar a alguien detenidamente, pasas por alto como se encuentra. Y solo le preguntas un despreocupado y superficial “¿estás bien?”, cuando te fijas en la expresión de su rostro. No sabemos ver a través de la sonrisa, los ojos, la actitud de las personas que nos rodean, ni siquiera a través de las personas con las que compartimos clase, con las que pasamos juntos todos los días.

Sin embargo, lo que me llamó la atención fue otra cosa. No fue que no somos capaces de identificar cómo se encuentran los demás, sino cómo lo afrontaba Karen. Ella era fuerte, se mantenía firme y no se derrumbaba. Siempre permanecía en pie, pasase lo que le pasase.

Y eso lo admiraba. Lo admiraba porque yo no había sido capaz de acercarme ni a una sola persona en todo lo que llevaba en este triste instituto y ella, a pesar de lo que pasaba (que todavía desconocía) conseguía levantar la cabeza, acercarse a los demás y sonreír. Disimular, hacer como si nada hubiera pasado y normalizarlo todo.

Como dije al principio del relato, no es la mejor opción. Aunque sin duda alguna, debo admitir que es bastante valiente.

Pero valiente solo al principio. Ya entenderéis por qué.

Pasaron ya varias semanas desde que la vi por última vez. Decidí prescindir de todo este asunto, puesto que reparé en que no llegaría a ninguna parte. Fuera lo que fuera que ella ocultase, lo hacía demasiado bien, y consiguió que desviara mi atención hacia otro tema. Ninguno en particular, simplemente veía a la gente pasar, en busca de algo interesante que analizar, sin éxito alguno.

Sin embargo, me arrepentí enormemente de haber tomado esa decisión justamente al verla de nuevo. Otra vez, solo fui yo la única persona que apreció su nuevo estado.

No solo tenía una mirada y sonrisa tristes, tenía ojeras y los ojos hinchados y algo rojos.

Pero esta vez no conseguía mantener su papel de niña valiente, esta vez no era capaz de levantar su cabeza más allá de la altura de su hombro. Ahora no le resultaba tan fácil el poder forzar una simple sonrisa, ni siquiera el poder mirar a sus compañeros a los ojos.

Pasaban los días, y seguía viéndose con un nuevo grupo. Hablaban, reían, e incluso se hizo una buena amiga. Se lo contaban todo, bueno, casi todo.

Aunque poco a poco sin poder evitarlo se fue sintiendo más excluida del grupo. Sintiéndose más solitaria, sin compañía.

Y como ya sabréis, hay personas que están destruidas por dentro y aun así intentan construir a otros.

Bien, esa podría ser una buena definición para Karen. Karen tenía el gran don de ver lo invisible, aunque no fuera en ella.

Ella se sentía pequeña, inferior. A pesar de que ella evitaba los problemas, siempre los acaba encontrando.

“No siempre vas a caerle bien a todo el mundo, Karen”, le decían. Pero ella no se daba cuenta de que no era cuestión de caer bien o no. Karen estaba permitiendo poco a poco que cosas pequeñas destruyeran su vida.

A menudo, desconectaba de la realidad y dejaba su mente vagar por donde sea, simplemente no pensaba en nada. Quizás así se olvidaría de todo, quizás así todo volvería a empezar.

“¿Qué te preocupa?”. Siempre respondía: “Nada”.

Dejaba al lado sus problemas para poder seguir adelante.

Estaba permitiendo que la gente se metiera con ella, que la gente se riera de ella, que la gente la hiciera ver como alguien inferior. Todo lo estaba permitiendo, y no hacía nada por evitarlo.

A veces me llego a preguntar si realmente era consciente de todo esto, o si simplemente pensaba que todo era normal aquí.

El curso siguió avanzando, aunque Karen no lo llevaba bastante bien.

No conseguía concentrarse lo suficiente en clases, no paraba de pensar y repetirse una y otra vez, “¿me estarán esperando fuera?”. Quizás con miedo a que le hicieran daño, quizás con inseguridad por no saber realmente lo que pasaba, o quizás algo molesta por no saber la

respuesta a su pregunta. “¿Estarán?”, seguía preguntando. Una y otra vez, y otra vez, constantemente en su cabeza.

Sinceramente no creo que se refiriera a su grupo de amigos.

Recibía varias llamadas de atención al día, pero nada. Incluso creo que tuvo que hablar con el director por su repentina bajada de calificaciones. Aunque tampoco sirvió de gran ayuda.

En cuanto a sus amigos, no es que se preocuparan mucho que digamos.

Recuerdo perfectamente un día en concreto, era martes. Martes dos de abril. Surgió un rumor por todo el instituto.

No sé quién lo empezó, pero realmente fue una broma de mal gusto.

A partir de ahí, fue cuando la gente empezó a conocer más a fondo a Karen Jones. Karen Jones, la supuesta niña anoréxica.

Es verdad que Karen últimamente estaba adelgazando bastante, y demasiado rápido, diría yo. Nunca llegué a verla merendando, aunque no me resultaba sospechoso ya que no era algo en lo que me fijaba.

El rumor se expandió más de lo normal, ya que tuvieron que hablar muy seriamente con ella. No sé exactamente qué le dijeron, pero dudo que le sentara bien.

Desde ese día, la empezaba a ver menos veces rondando por los pasillos.

Seguramente no le haría mucha ilusión que todos la vieran después de lo que le había pasado. Solo es un rumor, puedes pensar. Pero cuando gira en torno a ti la cosa puede cambiar bastante.

Dejó de verse tanto con sus amigos, solo se reunía con su mejor amiga, Claudia. A mí no me resultaba una amiga de verdad, pero supongo que eso no es asunto mío, después de todo.

Simplemente llegué a esa conclusión porque su amiga no hizo nada para que el rumor desaparezca, más bien se avergonzaba de Karen, de su propia mejor amiga. Aunque creo que a Karen no le pareció para nada correcto, al fin y al cabo, era la persona en la que más confiaba. Pero hizo lo mismo que con todos sus problemas, se lo guardó y fingió la sonrisa más sincera que pudo, sin mucho éxito.

Faltaba poco para que acabara el instituto, y todos tenían muchas ganas de que esto acabara. Especialmente Karen.

Había pasado ya un mes desde lo del rumor y parecía que nadie se acordaba de eso, cosa que alivió muchísimo a Karen. Ella deseaba que la dejaran en paz, aunque bueno, cada vez le importaba menos. Teniendo en cuenta que la llevaban molestando bastante tiempo, creo que se fue acostumbrando poco a poco al hecho de comer a escondidas en los cubículos del cuarto de baño, a seguir por los pasillos a su supuesta mejor amiga y al tener que salir corriendo de clases para no tener que encontrarse por medio con alguien inesperado.

Finalmente, creo que todo lo fue asociando a una especie de rutina.

Una rutina que no todo el mundo podría superar.

Todavía sigo con la duda de si Karen sería ya consciente de lo que le estaba pasando. Quizás seguía pensando que no era nada importante y que no debería preocuparse más de lo que ya estaba.

En mi caso, si yo fuera la protagonista de todos estos hechos, no sabría lo que hacer. También me paro a pensar que Karen no tenía a nadie con quien contar, en quién apoyarse, que la entienda de verdad.

A veces uno cae en depresión, y solo quiere abrazar a alguien para desahogarse, pero no hay nadie a quién abrazar.

Duele no tener buenas notas, no ser delgada, ser inútil, decepcionar a tus seres queridos. Duele no ser suficiente. Duele odiarse.

¿Qué cuál era el problema de Karen? Su problema era que no sentía que encajaba en ningún lado y que no sabía si sería especial para nadie, ese era su mayor y principal problema.

Pensaba que era un fracaso. Ella se estaba destruyendo y solo sonreía.

Tenía mucha inseguridad, más de lo que puedes creer.

Karen quería gritar y decir lo que sentía, pero prefería callar y guardárselo todo.

Y los días seguían pasando. Durante varios días estuve sin ver ni saber nada acerca de Karen, aunque no le di mucha importancia.

Aproveché para seguir un poco con mi vida diaria y descansar un poco de mi *misión de investigación* respecto a Karen. Observé un poco a su amiga Claudia. Sí, ya sé que antes dije que no le estaba dando mucha importancia, pero había algo dentro de mí que me vinculaba a saber más y más.

Como iba diciendo, me dediqué a acechar con atención y con cautela, sin ningún motivo en mente. simplemente quería ver, quería saber algo de ella.

Y así estuve hasta cinco días. A Claudia no le importaba el estado de su amiga. Pero bueno, supongo que era de esperar.

Al pasar la semana, Karen volvió. Francamente, no tenía muy buena cara.

Estaba algo pálida, tenía los ojos algo irritados y se le veía muy cansada y débil, dando a entender que había estado enferma durante el tiempo que no asistió a clases.

Pasaron varios días y todo seguía igual de siempre, aunque esta vez sin Claudia.

Faltó otra semana completa. Y así otras dos veces más.

Continuó faltando algunos días sueltos y eso no ayudó mucho a que mejorara sus notas. Venía muy pocos días y los que venía digamos que estaba algo... perdida. No se concentraba lo suficiente y andaba con titubeo e indecisión.

Hasta que un día faltó, de nuevo y no volvió más.

El único y último mes que quedaba para acabar el curso había estado ausente. No sé qué le había pasado, ni siquiera nos dieron explicaciones los profesores de por qué no se presentaba a la escuela.

Pero lo único que sé es que no volvió.

Desde entonces no sé nada más acerca de Karen Ruiz. No sé cómo acaba su historia, aunque dudo que bien.

Actualmente, me arrepiento de no haber hecho nada por ella cuando todavía podía. Observé su situación, y cómo iba empeorando cada día, cómo se iba sintiendo más despreciable.

Quizás podría haber arreglado la situación. Pero decidí ser solo la que observa, preferí ser cobarde. No tuve la osadía ni el coraje de hacer algo por ella.

La culpa me carcome por dentro, y me duele.

Por mucho que haya intentado desentenderme, siempre acabo torturándome pensando que esto es por mi culpa, por no haberla ayudado.

Tal vez todavía haya alguna manera de ayudarla, aunque sea más difícil de lo que yo crea.

K.Jones.

NUNCA ES DEMASIADO TARDE

Bárbara Gómez Espada

25 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Era el primer día de clase y llegué a la puerta del instituto acompañada de mi mejor amiga Bibiana, o Bibi, como solía llamarla cariñosamente. Al llegar, había una algarabía de adolescentes saludándose y charlando, pero la mayoría de la multitud se agolpaba en una de las paredes del Centro. Supuse que era dónde se encontraban las listas de clase y no me equivoqué. La cara de algunos jóvenes mostraba expresiones de alegría y euforia al mirar aquellos papeles, porque compartirían clase con sus amigos. Sin embargo, otros proyectaban una mezcla de tristeza y resignación al comprobar que tendría que relacionarse con nuevos compañeros o que les tocarían soportar a ciertos individuos con los que no se llevaban especialmente bien. Al acercarnos a la multitud, saludamos a varios colegas y antiguos compañeros de clase. A muchos de estos últimos no los veía desde final del curso anterior. Uno de mis amigos llegó donde nos encontrábamos.

—Hola, chicas. ¿Habéis visto ya las listas?

—No, aún no nos ha dado tiempo. Ahora vamos a mirarlas — comenté.

—Tú y yo —nos señaló a ambos—, estamos en la misma clase junto con Carlos y Vero.

—¿Y yo? —preguntó Bibi un poco decepcionada al no ser nombrada.

—No sé. En 2.º B no estás. Al menos yo no te he visto. Mira en las otras clases.

— Bueno — dije intentado animarla —, vamos a mirar nosotras mejor por si acaso Fer no se ha dado cuenta de que estamos en la misma clase.

Pusimos rumbo a la pared donde colgaban los papeles que decidirían nuestro futuro, o al menos el más próximo. Conseguimos hacernos un hueco entre el tumulto y buscamos nuestro curso. Cuando lo encontramos, hicimos un rápido recorrido visual, buscando el apellido de Bibi y por consiguiente su nombre, pero no estaba. Definitivamente, su clase no era 2.º B como nos había adelantado Fer. Vi como su cara se entristecía. No estaríamos juntas durante el curso. Ya no tendríamos los mismos profesores, ni la misma fecha de exámenes, ni casi nada en común. Finalmente, encontramos su nombre en el 2.º C. Sonó el timbre y algunos profesores aparecieron en la puerta gritando el nombre de clase de la cual serían tutores. Los alumnos pertenecientes a dicha clase, los seguían cuales ovejas a su pastor, aunque con mayor desorden. Escuché a una profesora gritar 2.º B y la seguí mientras le hacía gestos con las manos a Bibi para que me esperase a la salida y así, volver juntas a casa.

— Vaya mierda de horarios. Tengo Educación Física el lunes a las 8:15 h, ¿tú ves eso normal? — le comenté mientras regresábamos a casa.

— Pues anda que yo que tengo *Mates* los viernes a última hora. Eso sí que es la muerte.

— Pero mi tutora es la Culebra, así que no te quejes. — Reí —. Bueno, ¿quiénes son tus compañeros de clase?

— Pues justo esas dos. — Señaló a dos chicas que caminaban delante de ellas.

— ¿En serio? Tú sabes quiénes son, ¿no?

— No, pero me parece que es mejor no tener problemas con ellas.

—Son *la Desi* y *la Mari*. Evítalas. No son de fiar —le advertí.

—Pues a *la Desi* la tengo sentada detrás de mí.

Fueron pasando las primeras semanas, pero a pesar de no estar juntas en clase, seguíamos viéndonos en el recreo. Yo me había hecho muy amiga de algunas compañeras de clase y Bibi se había integrado muy bien en el grupo que habíamos formado. Todo parecía transcurrir con normalidad a pesar de que Bibiana era reticente a contarme cosas sobre sus clases y lo que ocurría en ellas. Rápidamente cambiaba de tema desviando el foco hacia mí o hacia otra compañera. Yo, en esos momentos no le di importancia, creía que no sucedía nada interesante digno de compartir. Fue un fallo garrafal por mi parte. Debí investigar más sobre ello cuando estuve a tiempo. Es algo con lo que tendré que vivir siempre. Un día cercano a las vacaciones de Navidad, estábamos Bibi y yo saliendo de los baños en la hora del recreo cuando nos encontramos con *la Desi* y *la Mari*.

—Tú, *gafotas*. Cuando entremos en clase, me das tu cuaderno de inglés que tengo que copiar los ejercicios —señaló *la Desi* en un tono amenazante.

—Sí, claro —dijo Bibi agachando la cabeza.

La Desi empujó a mi amiga apartándola de su camino. Ella casi cae al suelo. Me quedé perpleja ante aquella situación.

—¿Qué se supone que es esto que acaba de ocurrir?

—Nada.

—¡Cómo que nada! Te han insultado y casi te caes al suelo.

—No es nada, de verdad. Olvídate lo que ha ocurrido.

—A la próxima, no me quedo callada.

– No hagas ninguna tontería. Déjalo estar. ¿O es que quieres que la tomen contigo también?

Dejé pasar este suceso y lo tomé como un hecho aislado. Otro fallo garrafal por mi parte. Finalizaron las vacaciones de Navidad y volvimos a clase de nuevo, pero a partir de ahí, todo empezó a cambiar. Bibiana comenzó a no salir al recreo y a quedarse en la biblioteca. Al principio le insistí para que saliese, pero siempre alegaba tener mucho que estudiar. Ella siempre había sacado buenas notas y era una excelente estudiante así que no me pareció raro que hiciera aquello. También dejó poco a poco de salir los fines de semana y prácticamente casi ni hablábamos. Ni en persona ni por WhatsApp. Yo intentaba seguir en contacto con ella, pero era Bibiana la que me estaba apartando de su vida. Finalmente, desistí. Estaba cansada de ir tras una persona que me ignoraba y no entendía por qué lo hacía. Me enfadé por su actitud y yo también comencé a ignorarla. Todo lo que sabía sobre ella era lo que se comentaba por los pasillos del instituto. Al parecer, le escondían las cosas, le ponían chinchetas en el pupitre, se caía en la clase de educación física, y había comenzado a suspender algunos exámenes y los profesores le habían llamado la atención. Esto último me alarmó. No era propio de Bibiana suspender exámenes. Algo le tenía que estar ocurriendo para que hiciera eso, así que tragándome mi orgullo decidí ir a hablar con ella cuando sonara el timbre para el recreo. Fui a la puerta de su aula y me asomé en el interior. Reconocí su mochila y su estuche en un pupitre pegado a la ventana, pero ella ya no se encontraba allí. Maldije para mis adentros. Antes de marcharme vi como algunos alumnos, entre los que se encontraban *la* Desi y *la* Mari, colgaban un folio justo encima del pupitre de mi amiga. Me fijé atentamente y vi que era un dibujo de Bibi donde se distinguían líneas de olor saliendo de su cuerpo y se podía leer “lávate apestosa”. Lo que veía no me estaba gustando un pelo así que decidí actuar por mi cuenta. Esperé a que se quedara la clase vacía y arranqué el folio de la ventana. Guardé la prueba por si fuera necesaria en un futuro. No fue hasta una semana más tarde cuando por fin pude ver a Bibiana en el instituto. Era el momento de hablar con ella y sacarle información de lo que estaba ocurriendo porque aquello ya olía raro. Pero si ella no

me contaba qué le estaba sucediendo, yo no podía hacer nada y, por consiguiente, no podía ayudarla. No tenía los poderes de adivinación de Sandro Rey para saber lo que le pasaba. La divisé en la mitad de las escaleras. Me disculpé con mis compañeras y avancé lo más rápido que pude para poder llegar a Bibi. No iba a permitir que se me escapase, pero ocurrió algo inesperado. Cuando me encontraba a tres metros de donde estaba ella, vi como *la Desi* se colocaba a su lado y alargaba el brazo disimuladamente propinándole un leve empujón a Bibiana. Esta, por su parte, perdió el equilibrio y rodó escaleras abajo. Corrí hasta el final de las escaleras, empujando a la gente que se interponía en mi camino, entre ellos *la Desi*. Por fin llegué hasta una dolorida Bibiana que yacía en el suelo emitiendo quejidos de dolor. Un profesor se nos acercó y la llevó hasta la sala de profesores. Media hora más tarde, Carmen, la madre de Bibi, vino a recogerla y posteriormente la trasladó al ambulatorio para que le realizaran algunas pruebas médicas y así poder determinar el alcance de las lesiones. Por la tarde llamé a su casa y me contestó su madre que me explicó que no había sufrido daños graves. Había estado tan preocupada a lo largo del día que no me había parado a analizar la situación fríamente. Cuando ya se me calmaron los nervios, recordé la escena de las escaleras además de otras que ocurrieron en semanas anteriores. En mi cabeza sonó un clic. Todo comenzaba a encajar. Las ausencias, los desplantes, las caídas, los suspensos... Bibiana estaba sufriendo *bullying* y ni yo, ni nadie, al menos nadie con capacidad de solucionarlo, nos habíamos percatado de ello. Estoy segura de que sus compañeros de clase sabían perfectamente qué estaba ocurriendo, pero callaban por miedo a represalias por parte de las acosadoras. En muchas ocasiones, estas situaciones se confunden con “chiquilladas” pero que en el fondo no lo son y se debe llamar por su nombre, acoso escolar o *bullying*.

Pasaron algunos días hasta que Bibi se recuperó y volvió al instituto. En ese tiempo estuve meditando mucho la situación y ver qué podía hacer para ayudarla. Llegué a la conclusión de que en primer lugar debía tener una charla con mi amiga para que me lo confesase todo y a partir de ahí, el siguiente paso más sensato sería contárselo a sus padres y profesores. Además, tenía pruebas reales del acoso. Por

suerte, aún guardaba aquel dibujo y yo claramente había visto como *la Desi* la empujaba por las escaleras. Con eso debería de ser suficiente para tomar medidas o al menos se investigase sobre ello. Era martes por la tarde cuando fui a ver a Bibi a su casa, dispuesta a que soltase la sopa. Al llegar a la puerta de su bloque, llamé al timbre y me abrió su madre que me saludó muy efusivamente. Pregunté por Bibiana y ella me dijo que no estaba en casa pero que la encontraría en la azotea. A ella le encantaba subir allí cuando hacía buen tiempo para tomar el sol o simplemente leer. La azotea era amplia y la mayoría de los vecinos del bloque la usaban para tender ropa. Había dos muros a media altura en forma de L, donde si te asomabas, se divisaba la avenida principal. Mientras subía los escalones que me llevaban a la azotea, sentí un escalofrío. Un mal presagio. Deseché la idea rápidamente y lo atribuí a una corriente de aire. Llegué al final de las escaleras y empujé la puerta por la cual se accedía a la terraza. Miré a ambos lados y no vi a nadie, por lo que decidí buscarla por el lado posterior. Giré la esquina y allí estaba. Sentada en el muro con los pies colgando hacia la calle. Al verla así no me alarmé. Estaba acostumbrada a verla así sentada a pesar de que no me gustase ni un pelo que lo hiciera. Le recriminaba que cualquier día podría caerse y darnos un disgusto a todos.

—Por fin te encuentro.

Bibiana me miró con cara de sorpresa. La misma que ponen los niños cuando alguien los descubren haciendo una trastada.

—No te acerques —dijo al ver que tenía aquella intención.

—Tranquila. Vengo a ayudarte. Sé que estás sufriendo *bullying* en el insti.

A Bibiana se le abrieron los ojos sorprendida ante aquella revelación, pero volvió a cambiar su expresión a una neutra.

—No quiero tu ayuda. Es mejor que lo dejes estar. ¿O acaso quieres ser la siguiente?

—Nadie va a ser la siguiente. A esas dos las van a echar del insti y tú vas a poder recuperar tu vida con la ayuda de todos. Vas a salir de esta.

—No. No lo haré —contestó con una seguridad que me alarmó—. Es tarde para mí.

—Nunca es demasiado tarde. Si lo cuentas, seguro que muchos chicos en tu situación se animan a contarlo también.

—No puedo más. Me han destrozado la vida —comenzaron a aparecer unas lágrimas por su rostro.

—Sí la tienes. Yo te ayudaré. Juntas saldremos adelante. Confía en mí. Por favor.

—Ya es demasiado tarde. Diles a mis padres que los quiero y que lo siento.

—En una milésima de segundo, Bibiana se impulsó con sus brazos y se precipitó al vacío.

—¡No lo hagas, Bibi! ¡Por favor! —grité ya demasiado tarde, corriendo hacia ella.

—¡Nooooooooo! —volví a gritar de una forma desesperada mientras veía cómo mi amiga caía y no podía hacer nada por ella.

Era demasiado tarde. Me asomé por el muro y allí estaba. La imagen era aterradora. El cuerpo de Bibiana yacía en el suelo. Inerte. Sin vida. La sangre comenzó a acumularse a su alrededor al igual que los transeúntes que pasaban por su lado alarmados por semejante escena. No pude más que llorar y gritar por la impotencia que sentía al ver aquella estampa. Eso que jamás debería de haber ocurrido ni ocurrirle a nadie jamás, pero que desgraciadamente es más común de lo que nos creemos. Bajé corriendo los escalones que me separaban del cuerpo de

Bibiana. Las lágrimas salían a borbotones y casi no podía respirar entre la carrera y la angustia que me embargaba. Por fin llegué hasta ella y la abracé desesperadamente como si eso fuera a devolverla a la vida. Lloré hasta que todo se volvió oscuridad.

7 MINUTOS

Jesús Rodríguez Moreno

27 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Martes, seis de la mañana, yo revoloteaba a solo un metro de las olas que luchaban por ganar la batalla a la arena, pero que irremediamente morían en la orilla una detrás de otra. La oscuridad tapaba como un manto toda la costa, siendo solamente iluminada por la luz artificial que alumbraba el paseo marítimo, no se oía ni un murmullo, ni unos pasos, ni siquiera el sonido de un vehículo cuyo dueño iría adormilado porque tiene que entrar a trabajar temprano. Solo estaba él, Juan, un tipo de unos cincuenta años, algo desaliñado y muy demacrado, con la barba descuidada y bastantes pelos ya canosos en ella. Se notaba que el tiempo no le había tratado bien. En la costa, solo se escuchaba el sonido de mi grupo de gaviotas que buscábamos algún pequeño bocado para llevarnos a la boca, calmando de esta forma el hambre que nos recorría el estómago después de haber pasado una noche entera en ayunas.

Juan se acercó a su caseta, era una pequeña cabaña con una única ventana. Situada al final de la playa, pegada al muro de contención que daba pie al paseo marítimo, era pequeña, la madera estaba corroída debido al salitre del mar que se encargaba de ir poco a poco maltratando la madera, en la parte inferior tenía algo de verdina y su interior era frío y húmedo, tenía un pequeño hueco por el que entraba el viento silbando y se encargaba de enfriar la pequeña caseta. Abrió el armario que había al final, junto a la ventana, también era antiguo, de metal, cuando abrió la puerta chirriaba como si estuviese cansado de tantos años de trabajo, soportando sol, lluvia, viento, frío, y el corrosivo salitre que se colaba por las pequeñas grietas de la caseta. Juan sacó su ropa de faenar, se sentó en el pequeño banco miró fijamente al suelo y suspiró. Ese suspiro era una mezcla de cansancio y resignación, no tenía más remedio que salir un día más a pescar para tener algo para comer y me imagino que para su familia también.

Comenzó a vestirse, se fue colocando toda la ropa poco a poco, hasta que llegó a las botas, unas botas de agua grandes y negras, con un fuerte olor a pescado y dijo: «Un día más, viejas amigas».

Salió de la caseta, parecía que comenzaba a despuntar algunos rayos de luz, la oscuridad ya no era total, podía apreciarse con más claridad el *skyline* de la playa con los edificios de fondo. Juan se montó en su barca, era blanca muy desgastada, probablemente debido a tantos años de trabajo en el mar. En uno de los lados había algo escrito, me imagino que sería el nombre de una mujer, no sé por qué los humanos tienen la manía de poner nombre a objetos, principalmente a los objetos que les tienen cariño como era esa pequeña barca. En muchos de mis vuelos matutinos he visto barcos inmensos, capaces de almacenar kilos y kilos de pescado que si yo los cogiese jamás volvería a pasar hambre. He visto barcos tan rápidos que eran capaces de cruzar el mar entero en apenas varios días, pero a Juan le gustaba su barca, esa pequeña y antigua barca con el nombre pintado en el lado.

Era una barca muy peculiar, lo que más me llamaba la atención de ella era una pequeña medalla que llevaba siempre en la cabina de mandos colgando del timón, tenía que ser alguien muy importante para él ya que siempre antes de salir a pescar le decía: «Querida amiga, protégeme y sé tú mi faro, la que me abra mis caminos y la que guíe mis mandos».

Como no iba a ser de otra forma volvió a pronunciar las mismas palabras. Arrancó el motor de la barca y salió a navegar, iba sorteando las olas, la barca navegaba y se iba adentrando cada vez más y más. Como era un viejo lobo de mar sabía dónde tenía que ir y sabía dónde estaban los bancos de peces lo suficientemente grandes como para que le haya servido el viaje. Yo que soy una gaviota curiosa me atreví a seguirlo, a ver si de esta forma encontraba yo también mi tan ansiado manjar.

Navegaba a un ritmo lento, suave, dejándose llevar por el movimiento de las mareas, sin alterar mucho el movimiento del mar,

parecía que no quería despertar de su letargo a los bancos de peces que nadaban como si no fuese con ellos el pequeño ruido que producía esa vieja barca de pescador.

El día se antojaba tranquilo, sin ningún tipo de contratiempos, Juan no había conseguido un gran número de peces, le parecía poco botín haber cogido escasos kilos de pescado. «¡Si yo tuviese un manjar así! Dejaría de buscar comida durante varias semanas», se decía.

Pero poco a poco y sin apenas darnos cuenta comenzó a nublarse todo, cada vez estaba más oscuro, el cielo azul dio paso a una nube gigantesca y negra. Tenía rayos en su interior y los iba soltando y azotando el mar con muchísima fuerza, parecía que estaba enfadada y quería descargar toda su ira contra el mar, impactaban contra el mar con tanta violencia que cualquier ser vivo que estuviese cerca se estremecía, y a mí me recorría un escalofrío por todo mi cuerpo solo con verlo. Allí en medio estaba Juan con su pequeña barca y su medalla tambaleándose.

Las fuertes olas superaban los 4 metros de altura, el mar junto con la tormenta comenzaba a descargar toda su furia contra la pequeña barca de Juan que se mantenía regia y fuerte frente a semejante tempestad, Juan descolgó la medalla y se la entrelazó entre los dedos. Agarró el timón con fuerza y mirando la brújula buscaba el sureste para volver a la costa, pero la fuerza del mar era mayor. Pude observar cómo una ola golpeaba la proa de la barca, la levantaba y separaba del mar algunos metros, luego el impacto de la caída destrozaba la popa e irremediamente Juan caía al agua. Estaba fría, tanto que la sensación era como la de decenas de cuchillos clavándose todos a la vez por todas partes del cuerpo, pero eso no era lo peor. Juan se vio envuelto en un remolino de agua que lo succionaba hacia el interior, dio 3 vueltas sobre sí mismo, sentía como si alguien le empujaba a un lado y hacia otro, siendo tanto el movimiento que estaba totalmente desorientado.

Yo podía apreciarlo todo desde la altura, y quería comprobar cómo reaccionaba ante tan difícil situación. No podía hacer nada, había

sido su decisión la de salir a faenar, también había sido su decisión la de quedarse por querer más comida y no volverse, por lo tanto, estaba yo ahí mirando semejante espectáculo. Como si fuese alguien del público que presencia una pelea entre gladiadores en un coliseo en la antigua Roma, pero esta vez la pelea era entre la vida y la muerte.

En ese mismo instante la marea puso a Juan bocarriba y este, impotente y exhausto de tanto trabajo, intentó dar una bocanada de aire con la única consecuencia de que sus pulmones se llenaron de agua, se le abrieron los ojos y su mirada se cruzó con la mía y esa mirada me penetró hasta el alma. Pude ver todos sus pensamientos, pude sentir lo que sentía y pude conocer hasta el más profundo de sus sentimientos.

Fueron siete minutos, siete minutos donde se resume la vida de los hombres y se concentra en ese mismo tiempo la diferencia entre la vida y la muerte, las ganas de vivir o de morir y el conocimiento de uno mismo con sus puntos fuertes y debilidades.

El minuto uno fue un intento de lucha desesperado por salir del agua, esa agua que muestra cómo es la muerte y como nos sentimos muertos cuando esa situación te sobrepasa y no sabes qué hacer ni cómo salir de ese problema, pero Juan luchaba, luchaba con todas sus fuerzas, agitaba brazos, piernas, cabeza y lo peor es que no sabía dónde estaba la superficie y donde estaba el fondo. Solo luchaba y luchaba por salir de ahí.

El minuto dos fue un momento en el que se dio cuenta de que su salvación no dependía de él. Después de tanto esfuerzo y tanta lucha no había conseguido nada, se había dado cuenta de su debilidad, había comprobado que después de tanto esfuerzo sus fuerzas le fallaron y no podían dar de sí mismo, por lo tanto, pensó que solo le quedaba resignarse a lo que pudiera pasar.

En el minuto tres notaba cómo la presión del agua le comenzaba a apretar, sentía que le fallaban las fuerzas, el esfuerzo físico y el esfuerzo cerebral consumían demasiado oxígeno, oxígeno que no podía

malgastar debido a la situación en la que estaba. Sabía que no podía respirar, si lo hacía se acabaría todo antes de tiempo, sus pulmones se encharcarían y sería el final. La angustia no le dejaba pensar no le dejaba actuar.

En el minuto cuatro se dio cuenta de que todas sus pertenencias y posesiones que llevaba encima no le ayudaban, sus ropajes se llenaron de agua, sus viejas botas, a las que tanto cariño les tenía se inundaron, tanto los pantalones como el abrigo que llevaba pesaban varios kilos más por culpa del agua. De modo que tomó la decisión de deshacerse de todo, se fue despojando de sus ropajes hasta que quedó semidesnudos, únicamente llevaba sus calzoncillos.

En el minuto cinco dejó de ver cualquier cosa, todo estaba oscuro, aunque abriese los ojos no podía ver nada, no sabía si era porque la falta de oxígeno por lo que no podía ver o porque estaba tan profundo que ahí no llegaba la luz del poco sol que habría en la superficie. Únicamente escuchaba sus latidos, notaba como le recorría la sangre que bombeaba su corazón por todas las partes del cuerpo, notaba esa sangre que cada vez le costaba más trabajo llegar al cerebro y que este no estaba realizando sus funciones correctamente.

En el minuto seis los dedos de las manos comenzaron quedarse paralizados, a estos le siguieron los pies, utilizó todas sus fuerzas para dar una última brazada, pero los brazos y las piernas ya no le respondían, lo único que quería era que alguien le ayudase y le sacase de esa situación. Notaba como si la cabeza le fuese a explotar, la cara cada vez estaba más azul era como si se fuese a quedar dormido. Cuando todo parecía que estaba perdido empezó a ver que su mano derecha se le iba hacia arriba levemente, le estaba flotando. «¿Cómo podía ser?», se preguntó a sí mismo.

Sintió que era la medalla que aún la llevaba enrollada entre sus dedos, era esa vieja medalla que siempre le acompañaba. Debía estar rellena de algún tipo de material poco denso y capaz de flotar en el agua. Ella sola se encargó de elevarlo poco a poco hacia la superficie.

Minuto siete, la agonía iba a llegar a su fin, todo iba a acabar, pero esa pequeña medalla casi sin comerlo ni beberlo le acercó la superficie, justo antes de llegar a la tan ansiada superficie intentó dar una bocanada de aire, con la consecuencia de que se llenaron de aire los pulmones y las pupilas se dilataron. Allí estaba yo en el cielo, esa gaviota curiosa pendiente de todo lo que pasaba. Me pude ver a través de sus ojos y su pensamiento.

Salió del agua y respiró tan profundo que llenó los pulmones de aire limpio, ese dulce y suave aire que llenaba de vida los pulmones. Tosió, lo hizo lo suficiente hasta que vació los pulmones del agua que había tragado. El temporal había terminado, apenas caía algo de lluvia inofensiva. Vio que a escasos quince metros se encontraba su barca, estaba destrozada, pero aún se mantenía a flote. Sacó fuerzas de flaqueza y nadó hasta ella. Cuando por fin agarró la escalerilla para subirse, tomó impulso con los brazos y los pies, subió un escalón, agachó la cabeza, tomó nuevamente aire y volvió a subir, repitió la misma operación tantas veces como escalones había hasta que por fin de un salto cayó en la cubierta de la barca, se desplomó y llorando comenzó a besar la medalla y a decir: «¡Gracias, gracias!».

Chasqueoanular.

LAS LUCES QUE RIELAN

Alejandro González Delgado

30 años

Dos Hermanas (Sevilla).

No estaba el sol: no había llegado; apenas una lumbre penosa sonrosaba el horizonte y ya gimoteaban las gaviotas con voces crudas sobre el río. Se desprecaban los árboles, cuajadas las copas de rocío y duermevela, y aventaba la brisa la ropa tendida con un estertor. Triana rielaba —ella tan distraída— sobre el Guadalquivir.

¡Con qué cadencia se contoneaban sus andares por las aceras sucias! Resonaba la copla de sus tacones por calles estrechas con palmeo de risas y secretos. Un bucle pendía sobre el escote y —como una saeta— el carmín deslucido. A la hora de los grises volvía «Lunares» a sus silencios, al espejismo barato de sus días sin sombras, dejándose atrás el nombre y la vergüenza. La mañana —apenas roto el crepúsculo— ya olía a abril.

Descalzo junto al río, con el hambre en el aliento, Gregorio la vio pasar. ¡Qué delirio el vaivén de su prisa repentina! La contempló sin fuerzas, entrecerrando los ojos, y algo en él perdió la memoria; ella se deleitó con el perfume de su avaricia, con sus pestañas secas y su delgadez, y en un arrebato tardío le arrojó un guiño y sonrió para sí. Allá trotaban de nuevo sus tacones. Los cafetines hedían a achicoria.

La tarde cayó temprana sobre la ciudad, con su encaje de brumas y sus golondrinas; el albero en las plazas tartamudeaba con un resplandor mezuquino. Con el lucero, Lunares se sacudía la desidia de esos relojes innecesarios y volvía a Triana harta de tedio y de desazón. ¡Qué bulería inmundada y qué fandango fatigado! Por el tablao de los desdichados se arrastraban con garbo beldades de rancia ojera y flamencos sin plumaje que anidaban allá donde encontraran buen cobijo. Peinando las aceras, Lunares cantaba así:

— ¡Vamos, *gachós!* ¡*Acercarse*, que no *sus* voy a *comé!* No tenerme *mieo'*, que yo no muerdo; o a lo *mejó* sí...

Y caracoleaba sus penurias y retorció los pesares como el que retuerce tirabuzones, en busca de un amor pasajero. Era ella la reina de las comedias sin gracia; con su callejear se encendía la madrugada trianera.

— ¿No le vais a *echá* cuenta a una *gachí* como yo? — canturreaba con una sonrisa —. ¡Que aquí está la *Lunare* y no *tié toa'* la noche!

De entre las sombras asomaron dos luces brunas y un palpitar furioso. Tocado por un sombrero de un negror infausto, Gregorio escupió sobre la cobardía y, creyéndose más viejo, anduvo hasta ella.

— Buenas *noche* tenga *usté'*, señora.

Ella lo miró con la boca abierta; bajo un cielo encapotado, oteó horizontes por llegar.

— Buenas —replicó melosa—. Yo a ti te conozco: ¿tú no *ere* el *chavea* que estaba *ayé* en el río?

— El mismo.

— ¿Y qué *hace* aquí?

— La estaba buscando.

— ¿A mí? ¿*Pa'* qué?

— *Pa'* conocerla.

— ¿*Pa'* conocerme...? —El retintín en el timbre y los ojos, como dos brasas—. Anda, tira *pa'* tu casa antes de que te *chore* los que *lleve* encima.

— Pero quería...

— ¿Qué *quería* tú? ¿Conocerme? Ya me *conoce*; yo soy la *Lunare*. Ea, lárgate.

Él dudó. Ella se apiadó de ese temblor en la mano.

— ¿Tú no te *da* cuenta de que este no es sitio *pa' churumbele*? Nos *juntamo* aquí *to'* los *perdíos*: los *borracho*, los *malaje* —Suspiró—, *nosotra*... Más te vale irte.

— A mí eso no me da miedo —sentenció impávido—. Yo voy a *sé* torero, tan grande como el Manolete.

— ¿Torero...?

— No me va a *faltá* el *parné*, se lo juro. —Le chispeaba la mirada—. Y *usté'* podrá venirse conmigo, de gira por *toa* España, a mi vera por *tos'* sitio —afirmó con su pericia pueril.

Se hizo de pronto el silencio; parecieron los claveles palidecer turbados. ¿Quién querría llevarla a ella a su lado salvo un imberbe de mirada enorme? Bajó Lunares los párpados; bajó la voz también.

— ¿Y qué iba a *decí* tu madre si te viera *aparecé* a la sombra de una como yo?

— Eso no importa.

— ¡Qué me gustaría creerte! —Hizo un mohín—. ¿Te imaginas? La *Lunare* *vestía* como las mujeres *decentes*, como la Rosita Díaz Gimeno, lejos de estas *callejuelas*, de esta mala *vía*... Paseando por el barrio de Santa Cruz sin que me dijeran los hombres *na'*, sin que tuvieran que mirarme malamente las *mujere*... Ay, gachí... —Sonrió, y fue su sonrisa lo mismo que el invierno—. ¿Cómo te *llama*?

—Gregorio...

— *Po'* nos hemos *entretenío* los dos un rato, Gregorio, pero te vas a *tené* que ir a otra parte, porque una tiene que *trabajá*, que a mí los *sueño* no me quitan el hambre.

— Vente conmigo... — Y hubo prisa en su susurro.

Ella frunció los labios. Sobre el puente de Triana parpadeaban — bizcas — algunas estrellas.

— Yo seré lo que soy, pero tengo mi *dignidá*: no me voy con *niño*. Conque lárgate de aquí y vete a *buscá* a alguna otra que te apague las *lumbre*. De mí, olvídate.

— Yo no soy ningún niño, tengo *dieciséis*; y no quiero a cualquiera, la quiero a *usté*.

— ¡Si no me has visto en tu vida! — protestó ella.

— ¿Y qué? La vi *ayé* y me *quedao prendao*. Por eso he *venío* a camelarla, como *tie* que *se*.

— No me *ronees*, *chabal*.

— Por *favó*, véngase conmigo esta noche, a *dá* una vuelta, *na' má'*. No le *pío* otra cosa.

¡Qué flemática perfidia la de los que se atreven a soñar! ¡Y qué extenuante el bamboleo de camas desiertas, de albas a traición! Podría Lunares haberse lamido las heridas, como tantas veces, por seguidillas; podría haber arrancado una flor para encumbrarla a la peineta, sin inquietarle la decadencia de su primavera proclive, lo mustio de su destino; podría haberle pedido a Cupido la cuenta y estafado al alma a base de mentiras... Pero ¿por qué será que los naranjos la encontraron taciturna? ¿Por qué será que le brillaba a mediodías la mirada?

— ¿Y adónde me quieres *llevá*?

— A *paseá* Triana de mi percha.

— Ay, Triana... —Hizo un aspaviento—. La tengo ya *mu'* vista; me la sé de memoria, fíjate lo que te digo. No tiene *na'* que enseñarme.

— Pues esta noche va a *se* diferente — Con un rubor en las mejillas.

«¿Quién eres tú, que siendo tan nuevo ya te creo?», pensó ella para sus solas. «¿Quién eres tú...?»

Lo mismo que dos niños perdidos, recorrieron las callejas, los corralillos, bebiéndose en la mirada del uno, saboreándose en los besos del otro. Hubo voces afiladas que hendían las horas pardas de la madrugada; un ajeteo en los patios y un quejido en las plazuelas. Cien marineros tiznados de sal rezaban a santas impías y otros cien guitarristas de cuerdas quebradas callaban el hambre con roces sedientos. El arrabal hervía de pura solera.

«¿Qué sabes tú, Sevilla? ¿Qué has aprendido de los amores furtivos?».

Gregorio sostenía gallardo a su amante infiel. ¡Ay, el lienzo saleroso y esa pintura relamida! La melena zaina le cosquilleaba la piel del hombro; con una mano ruda y un pestañeo, él se la apartaba. Deambularon así por la Cava vieja, dónde los árboles mugían *soleás*, y en los balcones de Pureza despuntaban rotas las peteneras. Se santiguaron en Santa Ana por salmos rozados y a orillas del Altozano fueron a desembocar, allá donde el Fillo mamara por bulerías.

Bajo un palio infinito de brea y estrellas, Lunares olvidó sus sábanas, sus desaires, sus tardes de fracasos con sabor a sangre, sus clavos y hasta sus lunares. Un niño habría de enseñarle lo que jamás supo darle un hombre.

— Ven, vamos *pal* río; quiero que veas mi barca.

Lo miró la joven de frente.

— ¿Tiene algún nombre, chiquillo?

— «La Reina de los Mares» — soltó arrogante; ella se estremeció — . Se lo puse pensando en ti...

A la orilla del Guadalquivir, plantada entre juncuales y malas yerbas, esperaba corroída y farruca la barca de Gregorio. ¡Cuánto beso salobre para una quilla tan desnutrida! ¡Cuánta penuria y cuánta fatiga!

— Sube, no tengas *mieo'*.

— ¡Yo no sé *nada!* — protestó — . Todavía me caigo al agua y me ahogo aquí mismo.

— Tranquila, que si te caes, ya estoy yo *pa'* rescatarte — respondió bravío.

Ella lo aceptó. Sentada junto a la proa, le acariciaban los flecos el agua negra como el olvido. Era una daga fina el río en su immaculado tránsito de luces dementes; de los cirros colgaba la luna ondulada en sus cuernos. Divisaba Lunares los muelles de perfil, con la quietud del que ha ganado el cielo o lo ha perdido por completo. ¿No hermana a virtuosos y a irreverentes la misma serenidad sin traba? ¿No recitan, en el fondo, el mismo verso de siempre? Curaba con sal la brisa esa piel sudada de puro abril y se desplomaba una luz marchita por los rincones de su geografía. Gregorio, en silencio, contemplaba su belleza de mármol, su elegancia y su pena, y le corrió por la sangre con tronío una pasión sin nombre, el afán por poseer una piel bajo su piel, por desdeñar las fronteras de sí mismo y descubrir la verdad última en las pupilas de otra persona.

Rondó sus hechuras con la saliva acedada y sintió el ocre perfume de su melena y sus volantes. Azahar, canela y jazmín en su sudor... Quiso callar su voz en la de ella, ahogarse en sus falsas promesas, y así bebió de sus besos como bebe el sediento del manantial, hasta olvidar que una vez tuvo sed. Pero apenas se fue de ella y ya volvía a morir de pura gula. «¡Que afluayan tus lunares por mis entrañas! ¡Que desemboquen tus noches

en mí!». Rozó sus curvas, aterrado y consumido, y ella afloró como una rosa, vestida de escama y puñal. Ajetreados bajo las ropas, se comieron sin permiso, mofándose de la luna y su soledad.

—Que *Undebel* permita mi flaqueza —dijo ella sin aliento— y seas *pa'* mí un hombre.

—Quítame el fuego del alma, *Lunare*. —El timbre, engolado—. Guárdalo donde yo no lo vea.

Pronto no quedaba nada que decir y todo por saciar. Él conquistó sus formas, las líneas turbias donde ella terminaba, donde acababa su deseo; correteó con apremio por sus faraloes y se impacientó en las colinas de su desazón. Sintió el peso de la necesidad en el alma misma y quiso tragársela de un mordisco y acabar, por fin, con su agonía. Así descendió en besos por sus arcos morenos, aquellos que tantos habían hurgado y ninguno había querido. Lisonjeó el vello fino que cubría su cuerpo, el hilo sedoso de sus formas de mujer. Las estrellas murmuraban, muertas de envidia.

Maldijo Lunares su indecencia, su desatinado destino, ese rendirse ante el fortín del que no enarbola las armas sino su franqueza, y calló... Se dejó arrastrar por la sonrisa de aquel niño amante, aquel perfecto inexperto, y esa súplica en la mirada, de pronto tan abatida. En su aliento encontró un hambre que le amargaba las entrañas; sabía a abril su cuero desnudo, a madrugadas de humedad entre las sábanas y a silencio. Lo miró sin un lugar en el que refugiarse y se perdió en la calima de su parpadeo. «¡Maldito sea, Gregorio!», pensó. «¡Maldito tu calor sobre mi cuerpo!».

Sobre una barca roída se daban el uno al otro; se regalaban caricias y concedían abrazos; se desalmaban y se rendían al vaivén de la marea. Y Triana ojeaba extasiada...

—Quiero que seas mía, *Lunare* —susurró él—. Y que sea yo tuyo. Quiero que Sevilla sea solamente nuestra, porque a Sevilla no le importará más *naide* que tú y que yo.

Ella, desahuciada de toda concordia, abjurada y sola, comenzó a creer. Agarró con fuerzas su alegría y, boqueando de viva gana, dio cobijo a un niño perdido. Entraron el uno en el otro; fueron un ardor unísono, un aleteo de besos, un crujido feroz y un cuerpo solo. Gregorio insistió en su zozobra y ahogó sus quejidos roncós en el vaho de sus collares. Murió por ella y volvió a nacer. Vio encenderse la noche de abril y, cuándo más hermosa cantaba la luna, vino el delirio y lo derrotó.

Y Lunares cayó también en su trampa.

Quedaron deshechos y ruines, como dos flores ajadas, como dos poemas sin rima. Él escrutaba sus temblores, y ella acunaba sobre el escote dos faroles inmensos de niño grande que todo querían ver y nada querían mirar. Y soñó... Soñó despierta con albas piadosas de camas templadas, con verbos gentiles en las madrugadas y amores lucidos en primavera; con caricias; con besos; con buenaventura.

La panza rosada de una nube los distrajo de su bonanza; ardía el cielo de añil y magenta, de violetas y malvas. La ciudad se desvelaba sobre la Torre del Oro y el río bullía de reflejos cansados.

—Mira, *Lunare*, está amaneciendo. ¿No es maravilloso?

Lunares apenas se incorporó. Tenía la mirada fija en Gregorio, en sus facciones suaves, en su pelo engarzado y en su inocencia; guardaba aún su sabor en la saliva y la memoria. Quizá para ella también habría de amanecer — ¿quién sabe? —; quizá la luz hubiera llegado por fin a sus tinieblas, para arrasar con dedos soleados su cuarteada melancolía; quizá hubiera el Guadalquivir de llevarse sus lunares a la deriva, lejos de sus tardes y de sus canas venideras.

Acarició entonces la cara lisa de Gregorio. Se bebió a sorbos su mirada. Sonrió.

—Lo es, mi alma — en un suspiro —. Lo es.

Andy Schiele.

LA ESTRELLA

Ester Salguero Amaya

33 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Era media mañana y Sonia llegó acompañada por su madre a la casa en la que ambas convivían. No era una casa especialmente grande, pero sí coqueta y acogedora. Suficiente para que la joven Sonia se sintiera a gusto allí. Y protegida.

Sonia se dirigió a su habitación con un nuevo libro bajo el brazo. Aunque su madre le había insistido en que aún tenía muchos libros por leer y que no necesitaba uno nuevo, Sonia se había sentido especialmente atraída por ese pequeño libro de color claro. Que precisamente no parecía nada nuevo.

— Por favor, madre. Es tan pequeño y desvalido que nadie se fijará en él — había argumentado Sonia un rato antes en el mercado.

— Bueno, supongo que otro libro no te hará mal, pero ya conoces las condiciones — le recordó a su hija.

Desde que nació Sonia había desarrollado una rara enfermedad que la hacía ser muy delicada y débil. Tanto que cualquier incidente desafortunado podía tenerla varios meses en cama para recuperarse y que su energía se recobrará. Ni que decir, que esto le había impedido tener una infancia normal. Sonia acababa de cumplir hace poco los diecisiete años, aunque su extrema delgadez y su baja estatura la hacían parecer una niña de menor edad. Y así es como se sentía. Sin embargo, estaba orgullosa de su hermoso pelo castaño que cepillaba varias veces al día. Pues realmente, no tenía mucho más que hacer encerrada en su casa, aparte de leer y leer. Debido a su enfermedad, su madre Carolina, una mujer recatada de aspecto impecable, la obligaba a permanecer en la casa y nunca permitía que saliera sola, por temor a que algo le pasara

y no pudiera ayudarla. A pesar de lo estricto de esta norma, Carolina había dedicado su tiempo a convertir su casa en una amplia biblioteca, llena de libros de todo tipo, con los cuales podía tanto enseñar a Sonia sobre diversas materias como permitirle a su hija tener una ventana hacia el mundo exterior y tener compañía en las largas etapas que pasaba postrada en cama. En una de estas terribles convalecencias, Sonia había preguntado en apenas un hilo de voz:

—Madre, ¿podré algún día visitar los lugares de los que hablan estos libros?

La mujer viendo la desesperada situación de su hija, supo que algún día crecería y sentiría la necesidad de abandonar su estricta protección. Era una pregunta a la que había estado temiendo, pero había llegado y estaba preparada.

—Sí, algún día llegará el momento. Yo no podré cuidarte siempre y no tenemos a nadie más. Pero debes prometerme que hasta que no hayas leído todos los libros que se encuentran en esta casa, no abandonarás sola este lugar. Prométemelo.

—Lo prometo... —fueron las palabras de Sonia sin apenas fuerzas para decir nada más.

Con esta condición, sabía qué si su hija volvía a plantearle sus anhelos de libertad, solo tenía que recordarle que aún le quedaban muchos libros por leer. Además, estaba al tanto que la muchacha solo tenía contacto con la pequeña librería del mercado, en la que aparecía un libro nuevo un par de veces al año. Por ello, no era consciente de que nunca podría abandonar esa casa y cumplir sus sueños. Ya se encargaría ella de que siempre tuviera libros por leer.

Cuando tenía que hacer compras, se llevaba a su hija para no dejarla sin protección en la casa. Como esto mismo podría suponer un peligro para la enfermiza chica, trataba de acudir a primerísima hora para no toparse con el bullicio de compradores y gritos, sin embargo,

era inevitable que en algún despiste la niña tropezara o se hiciera daño con cualquier cosa que llamara su atención. Pues debido a su aislamiento del mundo, Sonia había desarrollado una gran curiosidad ante todo lo que encontraba y mucho más si antes había aparecido en algunos de sus libros.

Por eso no pudo negarle, aquel pequeño y estropeado libro del que su hija se había encaprichado. Pero si hubiera sabido lo que contenía lo habría quemado en el mismo momento en que sus ojos se cruzaron con él.

Sonia seguía con su vida rutinaria, llevaba un libro por la mitad de la lectura y aunque no acostumbraba a dejarlos, la nueva adquisición le llamaba especialmente la atención. Tanto que al segundo día de poseerlo, cerró el texto que estaba leyendo y cogió con cariño el pequeño libro antiguo. Al hacerlo, comprobó que algunas páginas estaban sueltas.

— Es tan delicado como yo. Si fueras una persona podríamos llegar a ser buenos amigos — le dijo al ejemplar que sostenía en su regazo, del cual no obtuvo evidentemente respuesta.

Observándolo, reconoció que se trataba de un libro especial, pues no poseía ni siquiera título. Eso es lo que llamo en primer lugar su atención. ¿De qué trataba un libro sin título? Podría ser sobre cualquier cosa. Lo único que lo diferenciaba era una estrella en relieve en su portada. Seguro que tenía alguna relación esta imagen con el contenido del texto. Entusiasmada con estos pensamientos, abrió el ejemplar y se dispuso a comenzar a leer para descubrirlo.

Descubrió que se trataba de un cuento que narraba la historia de un vendedor de estrellas, a las que podías pedir cualquier deseo. El texto estaba lleno de detalles que hacían a la muchacha ver todo lo que le estaban contando nítidamente en su imaginación. Pudo ver al tendero, de rizados cabellos castaños, bigote y prominente barriga. Alcanzó a ver la dirección de la tienda y menuda sorpresa, había

visto esa calle en un mapa del pueblo en el que vivía. Dragón dorado. Menuda coincidencia, recordaba cómo le había atraído ese peculiar nombre que tanto le recordaba a sus libros favoritos, los de fantasía. ¿Realmente sería la misma calle que la de su pueblo? ¿Alguien había escrito un cuento inspirándose en ese lugar que a pesar de vivir en él tan poco conocía?

Continuó inmersa en la lectura, buscando más detalles que le indicarán que estaba en lo cierto. ¡Estaba conociendo a su propio pueblo a través de un libro!

Ahora la trama la conducía al mercado con el que estaba familiarizada, las descripciones de los puestos de verdura, de las tiendas de carne y derivados, todo. No cabía duda, se trataba de su propio pueblo.

Terminó de leer el relato en el que el protagonista conseguía su sueño gracias a una de las estrellas vendidas por el peculiar tendero. Estaba intrigada por este personaje, era un ser mágico que vendía deseos a los demás en su tienda de colores azules y que apenas aparecía insinuado en la historia. Y, sin embargo, le parecía tan familiar. Varias preguntas se repetían en su mente ¿Sería el autor del cuento? ¿Viviría en el pueblo? ¿Se habría cruzado con él en algún momento y por eso le resultaba familiar? Y lo más importante ¿tendría aún alguna de esas estrellas que le permitirían curarse y así conocer el mundo?

Sacó el libro de mapas donde recordaba haber visto el nombre de la calle. La encontró y se hizo un esquema mental de cómo podría llegar allí desde el mercado. No parecía muy complicado. Pero claro, ya empezaba a sentirse asustada. Nunca podría llegar hasta la tienda descrita en el libro. En su imaginación todo salía a la perfección. Acompañaría a su madre al mercado y una vez allí le pediría que la llevase a esa tienda. Se imaginaba la conversación:

— No, Sonia. Es mejor que no vayas por lugares desconocidos.

– Pero... puedes acompañarme. Me gustaría ver esa calle...

– Ni hablar, tenemos que volver a casa y recuerda tu promesa.

Siempre le recordaba la promesa. Sonia sabía que era imposible que pudiera leerse todos los libros, ya que era consciente de que cada año debían de escribirse cientos o miles de ellos, de los cuales su madre añadía unos pocos a la colección. Su madre pensaría que era tan tonta que no se daba cuenta de que era ella quién hacía crecer la colección, para que no pudiera abandonar la casa atada por la promesa. Pero debido a su afán de lectura, sus conocimientos habían aumentado y la hacían darse cuenta de lo que pasaba. Sin embargo, esto no era suficiente. En su imaginación todo era posible, pero en la vida real siempre tenía miedo de actuar. ¿Qué podría hacer?

Al día siguiente acompañó a su madre al mercado. Esta notó que su hija estaba inquieta, pero no le prestó mayor atención al asunto. Sonia iba meditando sobre cómo podría conseguir lo que deseaba. Comprendía que tenía que actuar, dejar los miedos atrás y plantar cara ante las imposiciones de su sobreprotectora madre. Sabía que su madre la quería y que lo que hacía era para protegerla, pero a cambio de privarla de vivir su propia vida. No podía seguir así y no podía esperar a terminar de leerse todos los libros del mundo. Necesitaba vivir las experiencias que en ellos se narraban.

– Vamos Sonia, no te separes de mí. Hoy estás más atontada que de costumbre, ¿qué te pasa?

Sonia la miro ofendida. Ya no era una niña, aunque lo siguiera aparentando, no quería que la siguiera tratando como tal. Y así se lo hizo saber a su madre.

– No, madre. Lo que me pasa es que ya estoy cansada de seguir tus normas. ¿Cuándo me vas a dejar elegir en mi propia vida?

– Recuerda tu promesa. Sabes cuándo será.

– Pero eso es imposible. Me marchitaré encerrada toda mi vida, sin conocer el mundo que me rodea. ¿De qué tienes tanto miedo?

– De que te hagan daño, pequeña. Como a mí. Ya sabes lo que me hizo tu padre. Consiguió que me enamorara de él, y luego nos abandonó a ambas para dedicarse a su estúpido negocio...

– Lo sé, pero no todo el mundo es así. En mis libros aparecen todo tipo de personas, buenas y malas. No todas querrán hacerme daño y de todas formas no podrás protegerme siempre.

– No querrán hacerte daño, pero te lo harán.

– ¿Es qué no te das cuenta? En tus ansias de protegerme del daño del mundo, eres tú la que me estás torturando. Me tienes encerrada sin poder conocer nada. Y todo porque a ti una vez te hicieron daño. No quiero vivir más con miedo y tú tampoco deberías.

Carolina miró con renovada admiración a su hija, descubriendo que ya no era una niña pequeña. Arrepentida, reconoció su error.

– Tienes razón. He sido cruel contigo. Pero tenía tanto miedo... no quiero perderte. Quiero cuidarte, y por eso te debilitaba para que enfermaras. Yo... lo siento...

Al oír estas palabras, Sonia intentó no creerlas. Le dio la espalda a su madre y salió corriendo. Es cierto que lo llevaba sospechando hace tiempo, pero no podía creer que su propia madre la envenenara para retenerla a su lado, débil, necesitada de los cuidados maternos. Por eso, hacía tiempo que no caía enferma, desde que dejó de tomar el jarabe que su madre le llevaba todas las noches antes de dormir. No sabía que haría después, pero ahora tenía que encontrar la calle y la tienda del tendero. Esperaba que su libertad hubiera merecido la pena y que su madre no tuviera razón en querer sobreprotegerla.

Al llegar, encontró la tienda cerrada. No había ningún cartel indicando que el tendero volvería pronto. Había una nota en la pared algo borrosa por el paso del tiempo, pero se podía ver un sello con forma de estrella al igual que en el libro y un mensaje que decía: si lo intentas puedes alcanzar tus sueños. Entonces comprendió.

No eran las estrellas las que cumplían los deseos, eran sus portadores los que motivados por esa idea luchaban por alcanzarlos.

Sacó el libro de su bolsa y acarició su superficie en relieve. Esa marca había sido realizada con una de las estrellas que vendía el tendero. No había obtenido una de ellas, pero si había iniciado el camino para conseguir sus sueños. Había conocido un pasaje descrito en uno de sus libros y no sería el último.

Maya Guero.

4.2.- POESÍA

AVES

Marta Ponce Romero
12 años
Dos Hermanas (Sevilla).

Las aves son libertad,
también felicidad.
Las aves se expresan
con solo volar.

Unas cazan
y otras cantan.
No hace falta
un telescopio,
ni ser profesional,
si tienes paciencia,
alguna te sorprenderá.

Con distintos plumajes,
tamaños variables.
Tan distintas,
pero a la vez
tan iguales.

Todas preciosas
y muy asombrosas.
No pasa desapercibida
una colorida abubilla.
También llama la atención
ver el picado de un halcón.

Me dijeron una vez,

— ¡Chi-chi-pan!,
¡Chi-chi-pan! — :
dice el carbonero
y como cualquier afición,
empezamos desde cero.

FELICIDAD

Angélica Aguilar Jurado

12 años

Dos Hermanas (Sevilla).

La felicidad es un sentimiento
que debemos conservar.
No importa dónde, cuándo o cómo,
mientras tengamos naturalidad.
Al levantarnos cada día,
una sonrisa debemos mostrar.
Y cuando llegue la noche,
con una sonrisa nos tenemos que acostar
¡Qué bonita es la felicidad!

La estrella rubia.

FÚTBOL

Alan García Santana

12 años

Dos Hermanas (Sevilla).

¿Cómo vas a saber lo que es un balón?
¡Si nunca has jugado al futbol!
¿Cómo vas a saber lo que es marcar un gol?
¡Si nunca has tocado un balón!
¿Cómo vas a saber lo que es ganar?
¡Si nunca has marcado un gol!
¿Cómo vas a saber entonces lo que es el fútbol?
¡Si nunca lo has sentido con el corazón!

Nala.

MI MUNDO

Inés Sánchez Canet

12 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Yo me imagino un mundo lleno de paz,
donde puedas salir sin pensar mal,
un mundo sin maldad.
Mi imaginación, mis reglas, nada de violencia ni mal estar,
sin cárceles en el mar.
Un mundo en el que los informativos no tuvieran que desagradar.
En mi mundo no habría calentamiento global,
ni gente quemando bosques para fastidiar.
Claro que ese mundo fantástico tendrá educación y sanidad,
si esto fuera realidad yo sería Alicia y lo demás el país de las Maravillas sin pensarlo más.
La imaginación puede crear, pero no será realidad sin pensarlo más,
claro que, si todos lo imaginamos,
se podrá hacer real,
pero es mi imaginación no la de los demás.
Cuando abro mis ojos y veo el mundo real echo a llorar,
al pensar en la realidad,
que hay gente que siempre tendrá maldad.

Inesuki.

BULLYING

Manuel Orozco Vela

13 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Un día, navegando por internet,
una palabra muy rara encontré.
No sabía qué significaba.
Pero veía qué mal algunos lo pasaban.
Duras burlas las de los demás.
Querían salir corriendo de allí,
no mirar atrás.
Pero no los dejaban,
les empujaban, les pegaban.
Todos los días, cuando llegaban a casa,
sus padres les preguntaban qué les pasaba.
Pero no contestaban.
Se volvieron introvertidos,
se quedaron sin amigos.
Afortunadamente, con su familia contaban,
se hicieron fuertes,
decidieron enfrentarse a ese tipo de gente.
Esa gente que los acosaba y maltrataba...
¡¡¡Y así pudieron ganar la batalla!!!

Contraelbullying.

ELLA
Ian Inurria Jiménez
13 años
Dos Hermanas (Sevilla).

Nunca llegué a ver lo que ocurría,
jamás lo hubiese imaginado.
Un día lo escuché gritarle,
otro día, un empujón,
incluso una mala mirada.
Es lo normal, ¿no?
Tan cerca de ella
y a la vez tan lejos,
oyendo, pero no escuchando,
mirando, pero no viendo.

El guerrero del lazo morado.

LÁGRIMAS DE SANGRE

Minerva Camas Abadía

13 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Ya descansas en paz.
Ya no gritarás jamás.
Ya no te hará sufrir,
ni vivirás en un sinvivir.

Vuela alto y libre.
Vuela sin lágrimas.
Vuela, sé feliz.
Todo tiene su fin.

Tus lágrimas de sangre y tus silencios
se los ha llevado el viento.
Tus cicatrices y tu dolor
ya no tienen solución.

¡Ay, cuánto llanto!
¡Ay, cuánto padecer!

Cuéntaselo a los ángeles,
que aquí nadie lo ha visto.
Cuéntales lo que ha pasado.
¡Y que hagan justicia
a tanto sufrimiento!
¡Vuela alto!

Mine.

XVI

Ana Cano Salguero

13 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Tengo una cosa que decir.
No es fácil para mí.
Un problema, no es grave.
Se puede solucionar
con un simple giro de llave.
O eso quiero pensar.
¡Que esto algún día se acabe!
¡Eso le pido a Dios!

Ricaime.

SÉ TÚ MISMO
Martina Alfaro Plaza
13 años
Dos Hermanas (Sevilla).

Nunca creas que eres superior
porque mi personalidad sea más reservada.
No pienses que tu crueldad
es superior a mi humildad.
No te creas más que yo
por agachar la cabeza en mi desolación.
Porque al final lo que manda en todo
es nuestro corazón.
Jamás cambiaría el mío por uno
que solo desprende rencor y humillación.

Right.

ANDALUCÍA, ¡QUÉ RICA!

Daniel López Gómez
13 años
Dos Hermanas (Sevilla).

¡Qué hermosa y rica eres,
mi querida Andalucía!

Todo en ti es arte,
hasta tu excelente gastronomía.
Heredera de Al-Andalus,
llegas hasta nuestros días
con infinidad de platos
regados con aceite de oliva.

De Sevilla, la cola de toro
y las huevas aliñás;
de Huelva su jamón
y su marisco espectacular.

De Córdoba, su salmorejo
y de Almería degustar
sus patatas a lo pobre
que nadie puede mejorar.

Unas habitas con jamón
en Granada te las comes mejor.
Y si unas sardinas
te quieres comer,
los espetos de Málaga
te van a convencer.

Y en “la tacita de plata”,
¿qué te vas a pedir?

El pescaíto frito que
en mi Cádiz vas a repetir.

Y en Jaén una pipirrana comerás
regada eso sí
con el mejor aceite mundial.

Claro está que no voy a olvidar
tomar gazpacho con tomate natural
y pasteles típicos para merendar.

¡Andalucía, para comer,
eres genial!

El andaluz orgulloso.

ME MIENTES

Rocío Sánchez Pinto

14 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Quisiera verte.
Como hacía siempre.
Mirar esos ojos negros
que me dan la muerte.
Quisiera tenerte.
Amarte y cuidarte
como hacía siempre.
Pero ese corazón oscuro
siempre me miente.
Ya me lo dijeron y a nadie quise creer.
Pero es verdad que no merece la pena quererte.
Quisiera olvidarte,
pero no te saco de mi mente.

Me dicen loca...

TÚ ME DICES

Andrés González Durán

14 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Tú me dices que soy fea
y no me da por llorar.

Me miro, camino y sonrió
sin que me pueda afectar,
pues jamás querría gustarle
a alguien que no da más que
un “Tú, fea” por las mañanas y
un “Tú, fea, por fin te vas”.
Sobre todo, porque tengo
un espejo donde mirar.

Los que me dicen bonita,
mis amigos de verdad.

Estrella.

EL REFLEJO DEL ALMA

Paula González Durán

14 años

Dos Hermanas (Sevilla).

El reflejo del alma es la lágrima que se derrama.
Cae por mi mejilla con terrible sufrimiento y temor.
Escucho voces en mi cabeza, voces que hacen que me sienta mal,
que pierda la confianza a mi alrededor, que tenga ganas de morir...
Mi piel sonrojada se convierte en tormenta.
Mis ojos, en pantanos llenos de agua.
Mi cuerpo es cada vez más débil.
Mi alma, negra, negra como el carbón.
Me tiemblan las piernas,
como si hubiera un terremoto.
Mi niñez está desapareciendo lentamente.
Mi estómago está vacío, vacío como mi alma.

Luna.

POEMA A LOS SUEÑOS
Adrián Luis Bastardo Recarey
17 años
Dos Hermanas (Sevilla).

No ha llegado el invierno y ya te siento,
No en el hastío, en la ira, ni en la soledad siquiera
Te presencio en las hojas, las fuentes, las bellas sonrisas
Aunque en primavera me ignoraste,
En el estío me perdiste
Y ya partió el otoño y no tengo de septiembre el consuelo
Años han pasado y te digo, lo siento
Pues vivo, tan apartado de la vida, de la angustia, de lo bello
Y agonizo, por congoja, pues soy condena, fugaz y triste
Y vives para la vida, vida que llenas rebosante de encantos y armonías
Mientras muero por no vivir una vida que más que vida es un sufrir.

Sísifo.

HACER EL AMOR

Sara Campillo Falcón

17 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Acabo de hacer el amor, sí.
Me he tumbado en su pecho
y acariciándolo con mis manos
he tocado el techo.

He notado los latidos de su corazón,
penetrando mi órgano auditivo,
deseando ser eterna
para pasarme la eternidad contigo.

Nuestras manos se han unido suavemente,
en un intento de encontrar la libertad,
haciéndose cosquillas recíprocamente,
queriendo volver una vez más.

Podría hablaros de cómo me besaba,
de lo suave que era su piel,
de que cuando él me abrazaba
todo estaba bien.

Podría hablaros de mil y una noches
que he deseado su aliento en mi espalda,
mientras cosquilleaba mi estómago,
durmiendo con calma.

Hemos hablado de dinosaurios,
de estrellas, de lo que se nos pasa por la mente,
de un futuro juntos, de ayer, de mañana,
hemos hablado del y yo, unidos, para siempre.

Y se ha ido.
Dejándome sola,
con su olor recorriendo cada rincón de mi habitación,
recordando cara caricia,
estrechándome el corazón.

Dokee.

MI YO LIBRE

Alicia Marín Cumbreira

19 años

Dos Hermanas (Sevilla).

Te quiero tanto que asusta,
me paraliza saberlo.
Te quiero tanto que tiendo
a dejar de querer
a quién más debería:
a mí, que por mis venas
corre mi sangre y, en ese estado,
parece que solo corres tú.
Te entregaré el valor que merezco,
porque tú eres una extensión
de mí misma y yo lo soy de ti.
Porque lo que plasme en ti,
lo veré en mí.
Será mi cosecha y,
no, ya no quiero ver un campo vacío,
yermo, desierto.
No quiero un campo
de mentes vacías,
ni corazones podridos.
Quiero ver almas desprendiendo luz,
mentes evolucionando,
raíces fortaleciéndose
y cielos abrazando mi vuelo.
Soy luz,
mírame volar.

SESENTA POR CIENTO
Fernando Jesús Romero Muñoz
30 años
Dos Hermanas (Sevilla).

No conozco nada más parecido al Amor que el Agua.

No tiene forma.
Puede adaptarse a cualquier molde.

Vibra,
con un solo soplo de aire que roce su superficie.

Tiembla,
con un mínimo golpe en su recipiente.

Cuando es atravesado por la luz tiene la capacidad de engendrar al
Arco Iris
y, al mismo tiempo, puede albergar en su interior remolinos y
huracanes.

El Agua es condición para la Vida.

Agranda la imagen de lo todo lo que contiene
y hace que todo lo ajeno parezca más pequeño y deformado.

Puede congelarse,
y condenarnos a cien mil años glaciares
de vagar nómadas perdidos
en la duda, el dolor y la ignorancia.
Y contener la Vida.
Y contener la Vida.
Y contener la Vida.

Puede evaporarse,
para precipitarse siempre en otra parte.
Y dar Vida.
Y dar Vida.
Y dar Vida.

Nunca vi nada tan parecido al Amor como es el Agua.
Nunca hubo tanto Agua en mí como al besarte.

Agua.



AYUNTAMIENTO DE DOS HERMANAS
DELEGACIÓN DE JUVENTUD, SALUD Y CONSUMO

20 HERMANAS
0 DIVERTIDA

